Alejandro Silva Bascuñán

UNA EXPERIENCIA SOCIAL CRISTIANA

POLITICA Y ESPIRITU - SANTIAGO DE CHILE
EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

LIBRARY OF PRINCETON
NOV 15 1985
THEOLOGICAL SEMINARY

F
309
.S51
1919

Requiem

Dos Políticas de Aspiración Cristiana, por Alejandro Silva Bascuñán, es el segundo libro de las publicaciones de Política y Espíritu, revista mensual de Cultura, Política y Economía Social.—Casilla 3126.—Santiago de Chile.

Es propiedad. Derechos reservados para todos los países. Inscripción N.° 12185. Copyright by Editorial Del Pacífico S. A. Ahumada 57.—Casilla 3126.—Santiago de Chile, 1949.

IMPRESO Y HECHO EN CHILE
PRINTED AND MADE IN CHILE
IMPRENTA UNIVERSITARIA

Alejandro Silva Bascuñán

UNA EXPERIENCIA SOCIAL CRISTIANA

NOV 15 1985
THEOLOGICAL SEMINARY

POLITICA Y ESPIRITU · SANTIAGO DE CHILE
EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/unaexperienciaso00silv

UNA EXPERIENCIA SOCIAL CRISTIANA

UN AMBIENTE UNIVERSITARIO.

El ambiente en que transcurren los años que el hombre dedica a los estudios superiores ejerce una influencia definitiva en la formación política.

Para nuestra generación ese tiempo coincidió con el de la dictadura del señor Ibáñez.

El curso a que pertenecí se incorporó a la Universidad en los mismos días de Abril de 1927 en los cuales ese militar manifestaba al país su decidido propósito de asumir el control absoluto del poder, y se retiró de las aulas cuando Chile gozaba con delirio del término de su predominio y del restablecimiento de la libertad.

Tales cinco años fueron muy poco apropiados para inclinar a una juventud a la lucha cívica.

Siempre es ésa la época indicada, en circunstancias normales, para consagrarse a la acción partidista, porque requiere decisión, generosidad, entusiasmo, altruísmo, y el empleo de largas horas. De ordinario, de todo ello dispone la juventud, y una actividad que es pasional en considerable proporción, calza con la edad que se señala por el vigor de los sentimientos.

En dicho quinquenio, sin embargo, la cosa pública no revestía ningún atractivo inmediato y dejaba nada más que la tranquilidad necesaria para soñarla radicalmente distinta en el porvenir.

Las colectividades políticas exhibían una existencia lánguida, puramente nominal, con sus programas olvidados y sus hombres sometidos, silenciosos y, algunos pocos, perseguidos. Estos últimos resultaron, por cierto, mucho más numerosos cuando ya la administración había concluído....

En mi recuerdo nada pinta mejor la atmósfera que se respiraba al iniciarse el período en referencia que un hecho insignificante.

Empezaba la primera lección de Derecho Romano don Alberto Cumming, cuando divisó la figura de un caballero en la concurrencia.

De inmediato se dirigió a él en forma enérgica: "Vea, señor. Haga el favor de retirarse porque yo no admito soplones en mi clase".

Era en realidad el padre de uno de nuestros compañeros.

La tensión del momento hizo olvidar al distinguido profesor la tradición universitaria de admitir con respeto a todos quienes deseen escuchar. Pero vivíamos los días del espionaje político hasta en los clubs....

No parecerá extraño que los alumnos, ayunos de inquietud política, que no se entregaban a los paseos, se dedicaran de lleno —cosa hoy casi excepcional— a estudiar con seriedad, convencidos de la grave responsabilidad de prepararse para la acción futura.

En ambas Universidades y en todas sus Escuelas bullía en las aulas una multitud de muchachos preparados y capaces.

Conocí de cerca a quienes profesaban Derecho en la Católica. Para no referirme sino a algunos de los que han tenido actuación pública más tarde, citaré a Bernardo Leighton, Manuel Bulnes, Mario Ríos, Raúl Marín, Luis F. Laso, Diego Lira, Alfredo Bowen. En el curso que nos seguía, que nosotros calificábamos el de los "niños prodigios", se encontraban Eduardo Frei, Lorenzo de la Maza, Víctor Delpiano, Ladislao Errázuriz, Jorge Rogers, Pedro Opazo, Alvaro Covarrubias, Paul Aldunate, Sergio Fernández, Eduar-

do Hamilton, Patricio Santander, Pastor Román. Y en otros cursos, carreras o Universidades, Manuel Francisco Sánchez, Ignacio Palma, Manuel Garretón, Tomás Reyes, Julio Philippi, Manuel Francisco Beca, Julio Santa María, Ignacio Echeverría, etc.

No sólo se notaba aplicación para asistir a las clases y realizar los trabajos complementarios. Existía también en los Centros y Academias, y dentro y fuera del plantel mismo.

La Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (A. N. E. C.) mostraba abiertas permanentemente sus puertas para recibir en su local de la Alameda la desbordante actividad intelectual de los universitarios de entonces y para ser el más sano y acogedor club de amistad y compañerismo.

Cada grupo constituía espontáneamente sus centros de estudios y sus sociedades literarias. Formé parte, por ejemplo, de un círculo que dirigía animosamente Enrique Lira Urquieta, que subrayaba la inquietud del mundo en los problemas económico-sociales, y de la Academia Carlos Walker Martínez que, en la propia A. N. E. C. o en la amplia casa de Mario Ríos Padilla, reunió por varios años a numerosa y seria concurrencia dispuesta a hacer eco cordial a muchos primeros ensayos sobre temas variadísimos, en su mayoría trascendentales. "R. E. C." era la publicación periódica que daba a conocer las primicias de las plumas juveniles.

Los Jesuítas, en el Colegio de San Ignacio, no atraían únicamente a sus ex-alumnos, sino que convidaban a todos los universitarios, que volvían a encontrarse allí alrededor del Padre Jorge Fernández Pradel y de su bien surtida biblioteca o del Padre Francisco Correa y de su Congregación Mariana no circunscrita a los actos de piedad, ya que después de ellos tenían lugar activas discusiones sobre tópicos religiosos y filosóficos reflejadas en las páginas de la revista "Efemérides Marianas". En esos años

sufría, según siempre se sostuvo, un verdadero ostracismo el talentoso Padre Fernando Vives Solar, reintegrado poco después al país con renovados impulsos de combate en sus ansias de redención proletaria.

CAIDA DE UN REGIMEN.

Puede así comprenderse con qué vigor esa promoción juvenil se lanzó a ensayar sus consistentes pero inexperimentadas reservas de energía en la ayuda al movimiento colectivo que llevó al derrocamiento del General Ibáñez.

Eran gargantas que jamás habían gritado en manifestaciones callejeras las que pedían clamorosas el término del régimen y lo celebraban jubilosamente pocos días después.

Una pléyade de jóvenes dispuestos a entregarlo todo por su patria hostigaban temerariamente a los carabineros, a quienes trataban entonces con apasionado rencor. El control de la Casa de Bello, asumido por Bernardo Leighton y otros jefes juveniles, fué un elocuente símbolo de la voluntad de combatir, tal como lo fué, glorioso y heroico, el sacrificio de Jaime Pinto Riesco.

Por fortuna el régimen ibañista se derrumbó con la facilidad con que se deshace al soplo un castillo de naipes. Bastó la expresión decidida de la voluntad de la nación.

Quedará imborrable para quienes lo vivieron el estallido de unánime alegría que explotó el 26 de Julio.

Sin embargo, hay siempre espíritus que contemplan los acontecimientos desde un punto diverso que la multitud.

Cuando en esa memorable fecha marchaba, radiante de felicidad, por los caminos del medio de una Alameda repleta del entusiasmo popular, un caballero se acercó a expresarme su escándalo ante la inconsciencia colectiva. Me recordó los numerosos beneficios que, a su entender, había aportado el gobierno del señor Ibáñez, la necesidad de que los pueblos sean conducidos con firmeza, los progresos que acababa de comprobar en su reciente visita a

la Italia de Mussolini. Lo escuché en silencio con la sorpresa que puede calcularse. No le discutí. Mi satisfacción era de aquellas que están por encima de todo debate. Mi sensación se parecía a la que puede tener una persona con plena vocación profesional a quién el mismo día de recibir su título se la quiere convencer de la inutilidad de su carrera. Además, aquel caballero era un hombre culto que infundía respeto. Mucho después vine a darme cuenta de que se trataba del Dr. Calvo Mackenna.

CANDIDATURA QUE SE IMPONE.

Los primeros pasos en la nueva etapa nacional resultaron providencialmente fáciles. La disciplina y la cordura se impusieron con limpieza que expresaba consolador progreso en la cultura cívica.

La candidatura del señor Montero resultó de cajón. Nadie podía oponérsele seriamente.

No obstante, como era de esperarse por su idiosincrasia, don Arturo Alessandri creyó una vez más que "su chusma" lo requería y se propuso volver a tocar la misma nota de 1920, ahora mucho más aguda. No tuvo quién lo convenciera de lo grotesco y ridículo de su farsa.

Y por cierto que no le faltaron algunos entusiastas....

Entre ellos, un caballero elegantemente vestido con quien nos enfrentamos cierta tarde que repartíamos con Hernán Toro proclamas en favor de don Juan Esteban Montero.

Cuando mi amigo fué a pasarle un ejemplar, lo arrojó airadamente, sin mirarlo.

"Perdone, señor, —le dijo mi compañero— creí que sabía leer".

Puede imaginarse la furiosa expresión que pudo lograr como único comentario. Era pueril que explicara que había divisado el retrato de Montero en el papel y que su esperanza estaba cifrada en Alessandri.

DESORIENTACION POLITICA.

Con el pleno imperio de la normalidad jurídica, que para esa juventud coincidía con la edad electoral, llegaba el momento preciso de que ingresara de lleno a la vida política.

Pero esa generación estaba, a pesar de su acervo ideológico, completamente desorientada. En aquellos mismos días trataba por mi parte de explicar a los hombres maduros cuáles eran las causas de esa situación anormal, de vacilación cívica.

"Presenciaba el país desborde colosal de riquezas materiales que producía una atmósfera de comodidad y de goces en el presente y de confianza y despreocupación en el porvenir, que aparecía con reservas inagotables. Las carreras políticas y administrativas no necesitaban gran preparación, y al revés, se abrían las puertas a los llamados "hombres nuevos" precisamente a los menos escrupulosos y los más audaces, en tanto que eran pospuestos los méritos adquiridos por la práctica y el saber. Por otro lado, las banderas ideológicas y partidistas se recogían para dar paso a una filosofía social con principios más sencillos, si pueden llamarse tales la investigación afanosa de los mejores métodos para proporcionarse el dinero y para gastarlo con un mínimum de previsión y un máximum de satisfacción momentánea.

"¿Y qué hace mientras tanto nuestra juventud? —preguntaba—. Los más, han despertado a una realidad, que después de las ilusiones de la víspera, les parece bien desgraciada y dolorosa. La minoría, algo más preparada, escéptica y pesimista, no hace otra cosa que contemplar desde el balcón el desarrollo de los acontecimientos y continúa desorganizada en elucubraciones teóricas y metafísicas. ¿Por qué ésta conducta? Carece de jefes que le señalen el camino. Existe una profunda separación entre dos generaciones. Los padres reconocen en sus hijos una sufi-

ciencia y pedantería que no recuerdan haber tenido cuando jóvenes. Para aquéllos, en efecto, los senderos estaban trazados, sentían sobre ellos mismos personalidades dignas de imitar y que satisfacían sus aspiraciones, principios y programas que vieron siempre con valentía sustentar. El país llevaba —buena o mala— una marcha definida. Harto más obscuro y sombrío se muestra ahora el porvenir" ("El Diario Ilustrado", Mayo de 1932).

En medio del libertinaje de prensa que caracterizó el gobierno del Sr. Montero, algunos jóvenes aprovechamos para convertirnos en redactores cotidianos de "Acción", diario de propaganda social católica dirigido por Luis Pizarro Espoz. Pero los más permanecían en una posición del todo negativa.

La inactividad e indecisión cívica se presentaba más contraproducente e inadecuada a los propios ojos de esa misma juventud desde que ella sufriera hondamente con la expulsión del señor Montero, el 4 de Junio de 1932. He aquí que, cuando estimaba afianzado para siempre el limpio juego democrático, una simple escaramuza de regimientos nos hundía nuevamente en vergonzosa ilegalidad y hacía notable la urgencia de fortalecer las instituciones libres destruídas por la dictadura.

Los jóvenes de entonces comprobaron de modo convincente su falta de influencia política, porque ni su amor al sistema constitucional, ni su veneración por el virtuoso Presidente, fueron capaces de mantenerlo en el poder ni devolverlo al ejercicio del mando que le fuera inicuamente arrebatado.

La profunda emoción sentida por dicho acontecimiento, no tuvo otra forma de manifestarse que en numerosas reuniones privadas en que se discutía estérilmente acerca de lo que pudiera hacerse, y se cambiaban opiniones sobre el momento político.

Eran justas de mera academia. Guardamos un memorándum de fecha 12 de Junio de 1932, confeccionado con el

propósito de resumir el pensamiento que nos congregaba: "Debemos aspirar a la sustitución del actual concepto atomista de la sociedad política por el organicista y, en consecuencia, implantar necesarios correctivos al sufragio universal y propender a que una de las Cámaras represente la organización de los intereses mientras la otra continúe reflejando las opiniones. En el orden social, corregir las funestas consecuencias de la libertad de trabajo por la corporación, que servirá, además, para reemplazar paulatinamente el sistema de salario por otro que establezca más estrechos vínculos entre el capital y el trabajo. Conviene ir pronto a la subdivisión de la propiedad agrícola hasta conseguir que cada familia tenga la suya porque dado este paso se opondrá el más serio obstáculo a la propaganda subversiva. En el orden económico, robustecer nuestras fuentes productivas y con ello alcanzar una estabilización de la moneda que se sostenga no con el oro extranjero sino por la vitalidad de nuestro organismo productivo".

Por cierto que esas aspiraciones doctrinarias no tenían eficacia para lograr el retorno inmediato a la legalidad....

TRAYECTORIA DEL CONSERVANTISMO.

La identidad de convicciones y de sentimientos palpable en esa generación juvenil católica no la llevaba, sin embargo, a una solución uniforme en el terreno de la política.

Se observaba una esencial discrepancia en lo relativo a la apreciación del Partido Conservador. Todos comprendíamos, que para aprovechar la ventaja de la admirable unidad ideológica que nos estrechaba, debíamos desarrollar nuestra acción dentro del mismo organismo partidista, pero la inmensa mayoría resistía profundamente realizarla en la tienda conservadora. Eran entonces poquísimos los que buscábamos ardientemente que esa nueva savia se inyectara en la vitalidad del viejo tronco pelucón.

No es difícil resumir tantos años después los argumentos con que el bloque de esa generación repugnaba íntimamente el Partido Conservador.

Fué, en efecto, esa la materia de discusión de tantas conversaciones en el espacio de varios años.

No se negaban, desde luego, las valiosas contribuciones del Partido Conservador a lo largo de su historia.

Formado en torno de quienes construyeron la República después de Lircay, se separó de Montt en el segundo período y tomó carácter confesional al combatir la tendencia regalista del gran defensor del patronato eclesiástico.

Unido con los liberales conquista el poder brevemente en la administración Errázuriz Zañartu, y lo pierde luego, para transformarse en el paladín de todas las libertades, de la libertad electoral contra la abusiva intervención de los gobiernos, de la libertad de enseñanza contra la implantación del monopolio estatal, de la libertad de conciencia contra las leyes antirreligiosas.

En la república parlamentario (1891-1925) toma una actitud defensiva en todos los frentes: en el religioso, para impedir el divorcio vincular y la separación de la Iglesia y del Estado; en el educacional, para atajar el progreso de la instrucción laica; en el político, tanto para sostener el régimen legal como para buscar las combinaciones y los medios aptos para mantener su influencia moderadora en la dirección de los negocios públicos; en el social, en fin, para sujetar la fuerza avasalladora de las reformas colectivas.

Fué el señor Alessandri en 1920 capaz de levantar con resonancia nacional la bandera de las reivindicaciones populares, legítimas muchas de ellas, pero que no pudieron ser patrocinadas por el Partido Conservador, vinculado y dando base al Partido Liberal y en apoyo de la señorial pero fría figura de don Luis Barros Borgoño. "Yo afirmo, con absoluta franqueza —decía don José María Cifuentes en conferencia dada en Mayo de 1921 en el Club Con-

servador— que en estos momentos de efervescencia social en que el pueblo se enardece con la esperanza de reformas —algunas aceptables, pero muchas utópicas e injustas— en que las chispas del incendio ruso vuelan amenazadoras sobre el mundo, hay una suprema imprudencia en tomar el puesto de "avanzadas de la reforma".

En la turbulenta primera administración del Presidente Alessandri hace crisis el sistema político y en un solo día se aprueba la copiosa legislación social cuyos proyectos dormían largos años en los archivos.

Durante la discusión de las reformas constitucionales, el Partido Conservador defendió, hasta donde pudo, el texto de la Carta de 1833 y en especial la forma breve y enérgica en que ella consagraba el derecho de propiedad, y puso también lo mejor de sus medios para que la separación de la Iglesia del Estado se hiciera de modo que se posibilitara "la amistosa convivencia" buscada por el Presidente, el Arzobispo don Crescente Errázuriz y el hábil Nuncio de S. S., Monseñor Masella.

La Historia podrá decir por qué los valientes líderes conservadores, que tanto vigor pusieron para combatir al señor Alessandri, quisieron o tuvieron que hacer fácil el camino al Ministro de Guerra del Excmo. señor Figueroa, que pasara, por imperativo de su ambición, a la Jefatura del Estado. En hombres íntegros y sinceros no pudo haber sólo móviles personales para explicar esa conducta inconsecuente.

El Iltmo. y Rvdmo. señor Errázuriz quiso que la paz religiosa recientemente conquistada trascendiera de la letra constitucional a la vida misma del país y dió las más enérgicas instrucciones de prescindencia absoluta del clero en la política activa. Por desgracia, no había sido antes siempre efectivo en Chile el propósito tradicional de la Iglesia de mantener a sus personeros alejados de las contiendas cívicas.

No es raro que un Partido que por varios decenios había

tenido que gastar sus principales esfuerzos en la defensa de los intereses religiosos, se desconcertara ante la misma satisfacción de su ideal y, falto de otro objetivo concreto e inmediato, dejara inactivos a los medios en que antes reclutara sus adherentes y los sumiera en el abstencionismo.

La Convención de Diciembre de 1929 hace patente la vaciedad producida por el arreglo de cuestión tan esencial de su fisonomía política, el problema religioso. En el discurso inaugural, don Arturo Lyon recomienda, respecto del programa, la "supresión del capítulo "Religión" que daba el Partido el carácter de partido oficial de la Iglesia Católica. Hemos presentado esta reforma para adelantarnos a los deseos y corresponder a las declaraciones de la Iglesia, que no quiere, dentro de su universalidad, reconocer a determinado partido en desmedro de otro".

"Se observan en el nuevo Programa—, dijo por su parte don Alfredo Barros— cierta moderación y falta de espíritu combativo; esa es la exigencia del momento actual, que han comprendido también otros Partidos Políticos, y que es la unión patriótica de todos los hombres de orden para procurar, en primer término, la tranquilidad del país, y el funcionamiento normal de las instituciones, después de los graves trastornos que acabamos de pasar".

Una colectividad que así se presentaba en los precisos momentos en que la juventud universitaria ambicionaba grandes reformas para el país, guardaba tal vez fidelidad perfecta con el vocablo que le servía de etiqueta, pero era lógico que no provocara sus entusiasmos. Porque el Partido no aparecía puramente "conservador" cuando cimentaba la estabilidad política después de la anarquía pipiola ni cuando sostenía la libertad contra el avasallamiento del poder, pero así se proyectaba, en el significado más estrecho, cuando se reducía a apoyar a un gobernante que, en el sentir de las mentes juveniles, debía dejar cuanto antes un sillón usurpado a su tenedor legítimo.

REPAROS FORMULADOS POR UNA GENERACION.

Pero no eran los que nacían de las ideas precedentemente expuestas los más grandes reparos que nuestros amigos formulaban entonces al Partido Conservador.

Los jóvenes despreciaban la máquina electoral conservadora, basada en la aceptación filosófica de la venalidad, que consideraba como un hecho a un mismo tiempo inevitable e incurable, con el cual debía contarse y que cabía explotar con el mayor provecho posible. No podían ellos resignarse a contemplar el soborno del elector como algo fatal y definitivo, porque, además de escandalizar la pureza política de una generación que no entraba todavía a las contiendas partidistas, le parecía contradictorio con un propósito sincero de tender hacia la cultura ciudadana. No lo aceptaban justamente por su misma fe en la solución que vendría de los ideales proclamados, opuestos diametralmente a todo lo que ese vicio representa. Juzgaban preferible lograr pocos asientos conquistados en el corazón de las multitudes, que muchos conseguidos en el derroche eleccionario.

Tampoco podían comprender esa línea totalmente defensiva, debido a que la estimaban reflejo de un sentimiento de inferioridad, incompatible con la íntima convicción de la necesidad y conveniencia de sus postulados. Veían al Partido siempre dispuesto a evitar las luchas, miedoso del combate, buscando combinaciones y dando apoyo a otros hombres y a otras fuerzas políticas ante quienes se comportaba como el pariente venido a menos.

Pero el punto de mayor resistencia era por cierto el problema económico social.

Nadie podía discutir que el orden social cristiano figuraba en el texto del programa, pero se ponía en duda que fuera realidad que a él tendía con todo el desprendimiento del propio interés individual o de clase que exige la implantación de los postulados del catolicismo social.

Lo más grave nacía de que ese tropiezo no derivaba

únicamente del natural egoísmo humano. Provenía de la adhesión íntima de sus conductores a una doctrina que no era la del cristianismo, que había sido condenada categóricamente por los Sumos Pontífices: el liberalismo económico, el capitalismo liberal e individualista que vino a sustituir la vieja tradición española de sus monarcas y leyes hondamente desconfiadas del fuerte y empapadas del propósito de buscar el bien general y la defensa de los débiles.

En el período de don Manuel Montt fué contratado por el gobierno chileno el sabio profesor francés Juan Gustavo Courcelle Seneuil. Era un entusiasta de dicho pensamiento, románticamente defendido en las "armonías económicas" de Bastiat, de que era un entusiasta admirador. Fué ese ideario el que enseñó por largos años en la cátedra de la Universidad de Chile y allí se empaparon del mismo los jefes conservadores desde el talento esclarecido de don Zorobabel Rodríguez o el distinguido publicista don Miguel Cruchaga Montt hasta los que hemos conocido en tiempos posteriores.

Constituye la médula de la concepción liberal la íntima creencia de que la solución más sabia y constructiva es la que proviene de la libre iniciativa individual porque de ella, a la corta o a la larga, brota espontáneo el resultado más conforme con la general conveniencia. La intervención del Estado es, por lo tanto, en principio, para ella, perjudicial, desde que no hace más que impedir el curso de las leyes naturales que imperan soberanamente en los procesos económicos. La ley fundamental de la oferta y la demanda lo fija todo: salarios, utilidades, precios. En consecuencia, si se hace indispensable cierta medida estatal, debe ser lo más suave y fugaz que sea dable.

La filosofía católica sostiene algo bien diverso. La tarea del gobernante es buscar el bien común. El bien común no emerge por sí sólo del ejercicio de la libertad de los individuos. Cada uno sigue su propio interés. Hay que respetar la inclinación egoísta, porque si se suprime la li-

bre iniciativa y la propiedad individual y hereditaria, desaparece una palanca esencial del mecanismo económico. Pero ese respeto debe ser simultáneo con la desconfianza, a causa de la debilidad del hombre, que no se mueve de ordinario por fines altruístas. La gestión del bien común no es por lo tanto pasiva y estática; al contrario tiene que ser dinámica, diligente, activa. La libertad absoluta es la tiranía del fuerte sobre el débil, la acumulación ilimitada de los bienes, el uso inmoderado e insolente de la riqueza. Hay que evitar que la libertad de los unos impida la de los otros. Aún más, hay que lograr que la actividad de cada uno se ejerza conforme y en colaboración con el bien de todos. Hay que conocer por cierto los fenómenos económicos pero de éstos no pueden salir leyes fatales que se coloquen sobre el hombre. La economía ha de someterse al servicio de la humanidad. Lo está la naturaleza. Con mayor razón debe estarlo una actividad "humana", como es la económica, por tanto, regida por la ordenación racional, por la ley moral. Los precios, si son legítimos, no pueden prescindir de los costos y de un provecho halagador. Los salarios para ser justos tienen que considerar las necesidades del hombre que vive de ellos y de su familia. Las utilidades son aceptables hasta donde signifiquen para el capital una distribución proporcional del provecho y no en cuanto prescindan de los otros factores que las han generado o de la sociedad entera que las paga en definitiva. No puede admitirse que el amontonamiento de recursos en unos pocos ponga a muchos en la miseria. Los bienes han sido creados para utilidad de todos y con esta mira ha de usarlos su propietario. Todos tienen el derecho de unirse para discutir y defender sus mismas aspiraciones.

La juventud universitaria de 1931 comprendía que cuando el Partido Conservador suscribía su ideal de cristianismo, defendía todo y mucho más de lo que acaba de expresarse, pero observaba que no faltaba luego quien, representándolo, en sus escritos y en sus actividades, demostraba

prácticamente que, en lo hondo, no creía en esto sino en aquello, en esa bella, cómoda y provechosa tesis liberal.

Los jóvenes de mi generación comenzaban en este punto una larga enunciación de hechos y casos que desmentían la aspiración programática: la resistencia a medidas inspiradas en ella; el silencio dispuesto en torno de los documentos de la autoridad eclesiástica que con valentía la explicaba; la persecución de clérigos y seglares que se consagraban a practicarla; el fracaso de todas las tentativas organizadas para dar al Partido una orientación francamente social.

Por nuestra parte, quienes nacimos en el Partido tratábamos de convencernos de que había una exageración en los reparos indicados, y estimábamos que un sentimiento de gratitud hacia el pasado, y principalmente las mejores conveniencias de la doctrina por la que unos y otros pretendíamos luchar, aconsejaban conquistar a esa juventud para el Partido. Aquilatábamos en tal forma por una parte lo que éste representaba y por otra lo que valía la nueva generación, que no nos cabía dudas de que juntos formarían la más formidable y eficaz herramienta al servicio colectivo.

Algunos nos hicimos, pues, en aquellos días, por un acuerdo tácito, el más decidido propósito de consagrarnos a la tarea de reconciliar con el Partido Conservador a esa pleyade juvenil que con tanta tenacidad le resistía. Tarea de varios años y frágil juntura, por desgracia.

EN BUSCA DE UNA JUVENTUD.

En aquellos tiempos la Asamblea de Propaganda Conservadora daba tribuna para la actualidad política en Santiago y a los jóvenes la posibilidad de ensayar las primeras armas en estas actividades.

Vida lánguida y asistencia poco numerosa tenía en esa

época, pero en dicho organismo, indiscutiblemente, debían colocarse los primeros puntos de contacto.

Se observaban siempre las mismas caras: Enrique Cañas, Ricardo Boizard, Ricardo Latcham, Raúl Recabarren, Homero Varela, Julio Pereira, Luis Araos, Gustavo Loyola, Enrique de Mesa, Guillermo González Prats, y no muchos más.

Guardo el texto de un discurso pronunciado allí el 2 de Agosto de 1932, que comprueba la fidelidad del propósito indicado.

Recordaba con entusiasmo el pasado del Partido Conservador.

"En este organismo político —expresaba— han florecido con abundancia los sacrificios y los heroísmos. Se ha sabido mandar, y se ha sabido también —lo que es más difícil— obedecer. Cuando se han conocido bien de cerca ejemplos vivientes de cómo, lejos de esta capital, se cumplían con una generosidad y una abnegación sin límites, con un olvido y un desinterés ejemplares de las propias conveniencias, las órdenes que los dirigentes impartían desde aquí, entonces, no se puede dejar de pensar en lo admirable de la organización y de los fines que a través del territorio de la República producían tamaños frutos de obedecimiento indiscutido y de férrea disciplina".

Reconocía que había reaccionarios peligrosos, quienes torcían las doctrinas en beneficio de sus propios intereses.

"Pero existe otra clase de reaccionarios —agregaba— que son artificiales porque son producidos por el choque con los reformadores impetuosos e intemperantes. Estos viven y aman sinceramente la misma idea que los innovadores pero, al contacto de quienes buscan impacientes nuevos caminos, se enamoran de las viejas fórmulas, de los modos cómo han luchado, de los medios de que se han servido, del ambiente en que les tocó actuar".

"Esta reacción es la que hay que anular, la que es preciso que no aparezca. Basta para ello, proceder con tacto,

con tino, con prudencia. Es necesario convencerlos de que la historia en su evolución atraviesa por estados y situaciones muy diversas; que los peligros sociales pueden ser unos hoy, otros mañana; que ahora convendrá insistir en tal aspecto de la doctrina y después será aconsejable insistir en otro diferente; que un sistema de propaganda que fué eficaz no le es ya; que es imprescindible luchar conociendo aquello contra lo cual van a dirigirse los ataques para adaptar, según el caso, los medios conducentes. Y es ésta la reacción que se está provocando, el empecinamiento en las formas superficiales. Estas formas superficiales, sin embargo, desempeñan importante papel en la penetración de las masas que cuando tienen poca cultura, son esencialmente sentimentales y volubles".

"No podemos ni debemos olvidar que la juventud católica en porcentaje desolador en número, y en calidad sobre todo, se aleja de estas huestes, y sólo volverá cuando vea en ellas unión en todos y comprensión de la gravedad de los problemas que hoy se agitan. No podemos ni debemos olvidar tampoco que la masa de los chilenos va abandonando este Partido para quedar desilusionada en la indiferencia o para abrazar la palabra vana pero embriagadora del socialismo frente a cuyas promesas de cielo en esta tierra, resulta bien ridículo ofrecerle el simple juego de las leyes naturales...".

"Dentro de esta colectividad no tienen por qué asustar los restos que pudieran haberse infiltrado de liberalismo y de individualismo; ellos van de por sí en retirada, y esa retirada, con un poco de tacto, fácilmente no será dolorosa".

MANIFIESTA DISCREPANCIA DOCTRINARIA.

La tarea de acercamiento se dificultaba debido a que el Partido no parecía corregir las inclinaciones que chocaban a la mentalidad juvenil.

No se trataba únicamente de su órgano periodístico, que

entonces reconocía encontrarse al servicio del pensamiento oficial conservador, y que con frecuencia insertaba en sus columnas artículos que la herían de frente y algunos de los cuales, es cierto que con fácil acogida, tuvimos oportunidad de rebatir.

Fué principalmente la Convención que esa colectividad política realizó los días 24 y 25 de Septiembre de 1932 y el elocuente discurso con que ella se inaugurara por don Héctor Rodríguez de la Sotta, lo más contraproducente para el objetivo que perseguíamos.

En verdad sorprende cómo tantos jóvenes entusiasmados por un ideal diametralmente contrario en un aspecto al que daban primordial importancia, pudieron, poco después de ese mismo dicurso, llenar las filas conservadoras; al mismo tiempo que admira la fidelidad largamente mostrada por un político a los puntos de vista sostenidos sin claudicación ni desfallecimiento en medio de las circunstancias más diversas.

En ese brillante documento se ataca vigorosamente al sufragio universal y se propugna un voto restringido y plural. "El comunismo debe ser considerado como un delito de lesa humanidad. Los comunistas no deben ser ni electores ni elegidos".

La disconformidad recaía gravemente en el plano económico y social. El señor Rodríguez defiende, casi sin beneficio de inventario, al régimen capitalista. No es éste, a su juicio, el que está en bancarrota. Es el socialismo. Los defectos del capitalismo, que se referirían más bien a casos particulares, pueden corregirse con una intervención sumamente moderada y prudente del Estado y estimulando la cooperación. "Pero, la regla general, después de la formidable organización de los obreros, que hoy imponen la ley a sus patrones, y de la legislación social de los últimos treinta años, es que el capital se defiende desesperadamente en sus últimos reductos, para obtener una mínima remuneración".

La cuestión social es de producción, circulación y consumo de bienes. La existencia de pobres y ricos es natural, y su gran correctivo es la caridad: "El campo de acción de la justicia es muy limitado, y de efectos verdaderamente desalentadores".

Resulta en extremo impresionante la comparación de este discurso con el contenido de la Pastoral Colectiva que el Epicopado chileno había publicado quince días antes, el 8 de Septiembre de 1932, sobre "la verdadera y única solución de la cuestión social" con el fin de dar resonancia a la Encíclica de S. S. Pío XI Quadragésimo anno, acerca del mismo tema.

La carta colectiva a que nos referimos, tal vez la más extensa dirigida por los obispos chilenos, es un tratado completísimo de la doctrina social cristiana. Atribuye primordialmente el génesis del problema social al enriquecimiento excesivo de unos pocos que trajo el desarrollo de la industria, y condena enfáticamente los errores del liberalismo individualista, que niega a la Iglesia el derecho de intervenir en la economía y sostiene que el fin de la vida es adquirir riquezas; el trabajo, un puro medio de producción; mera mercancía el salario, sometido a la ley de la oferta y de la demanda y a la voluntad de los contratantes; y el Estado, simple guardián de los derechos individuales y no promotor del bien común.

A la inversa, según ese documento, en todo, capital, propiedad, trabajo, salario etc. el principio directivo de la economía en el concepto católico es el de la justicia y la caridad, y la libre concurrencia es aceptable sólo dentro de ciertos límites. La justicia es tan esencial que la caridad no puede suplir lo que es defecto de aquélla. "Las instituciones públicas y toda la vida social de los pueblos han de ser informadas por esa justicia; es muy necesario que sea ésta verdaderamente eficaz, o sea que dé vida a todo el orden jurídico, y la economía quede como empapada en ella. La caridad social debe ser como el alma de ese orden;

la autoridad pública no debe desmayar en la tutela y defensa eficaz del mismo.... Finalmente, las instituciones de los pueblos deben acomodar la sociedad entera a las exigencias del bien común, es decir, a las reglas de la justicia; de ahí resultará que la actividad económica, función importantísima de la vida social, se encuadre dentro de un orden de vida sano y bien equilibrado". Las frases transcritas son afirmaciones del Papa que los Obispos ponen en especial relieve.

En resumen, según el Vicario de Jesucristo, el papel de la justicia es primordial y esencial; según el Sr. Rodríguez de la Sotta, su campo de acción es muy limitado y de efectos verdaderamente desalentadores.

Tal disparidad de juicios en materia tan esencial llega a la raíz misma de la discrepancia que tiene que proyectarse en el orden práctico.

Porque se trata de dos miras absolutamente diversas para contemplar el panorama colectivo.

El orden económico-social imperante es fundamentalmente justo y la caridad debe completarlo por las obras que tiendan a reparar los efectos desgraciados pero inevitables de la desigualdad social, de la diferencia de capacidades, de la enfermedad, de la pobreza, etc. Posición del Sr. Rodríguez de la Sotta.

El actual régimen económico social tiene en su estructura misma graves defectos y errores, frutos del capitalismo liberal e individualista en que se ha construído, y es esencial que la justicia informe la vida de los pueblos y sustente la ordenación jurídica que se base en el bien común. La caridad no puede suplir aquello que corresponde según la justicia sino que debe ser el alma de una recta disposición colectiva. Posición de los Sumos Pontífices.

Tamaño divorcio entre el pensamiento oficial católico y el de quienes trataban de proyectarlo en el campo político debía atribuirse al exceso de partidismo notable en los afiliados al conservantismo, el cual les llevaba a dar más peso

a la autoridad y tradición de sus filas que a la voz auténtica de la Jerarquía. Esa anomalía se expresaba en la diferencia con que se recibían las declaraciones de una y otra fuente, ya que mientras con fruición deleitada se bebía el contenido de los manifiestos de la Junta Ejecutiva o los discursos de sus presidentes o líderes, las encíclicas y pastorales eran postergadas u olvidadas, so pretexto de que bastaba la fe del carbonero, con la misma buena intención con que virreyes y gobernadores se imponían de las órdenes de la corona acatándolas pero no cumpliéndolas.

Si el fondo de los conceptos del Presidente del Partido Conservador actuaba como balde de agua fría sobre las aspiraciones de mejoramiento de la juventud, de poca gravedad resultaba el tono despectivo y burlesco con que pone en solfa los entusiasmos de sus ansias de renovación social. "Yo mismo me libré de todo este proceso evolutivo tan frecuente. Durante mi juventud, fuí un demócrata cristiano ardoroso y decidido; en Economía, un devoto de la Economía Social; y en Política Comercial, un convencido del Proteccionismo".

"Con el transcurso de los años, un poco más de estudio, y un mucho de experiencia y de encarar las teorías con las duras realidades económicas, todos esos ideales se fueron adormeciendo y debilitando en mi espíritu, hasta llegar por lo menos a un completo escepticismo".

Una evolución diametralmente opuesta se produjo, —según confiesa en sus sencillos y fragmentarios, pero valiosos y elocuentes apuntes íntimos, todavía inéditos,— en una personalidad tan vigorosa como la de don Rafael Luis Gumucio:

"Si en mis doctrinas políticas no he cambiado y he permanecido donde antes estaba, he cambiado en criterio social.

"Yo era individualista.

"A pesar de que nunca me preocuparon las cuestiones económico sociales, era individualista cerrado, con la cerrazón del que poco sabe.

"Lo era por formación. Lo era por tradición política. Lo era por cierta inclinación de analogía: partidario de las libertades políticas, me sentía arrastrado a serlo de las libertades económicas. Lo era por antipatía a los predicadores de la llamada democracia cristiana: la mayor parte de ellos habían sido habladores sin sinceridad que formaban dentro del partido movimientos de democracia cristiana como plataforma para ser candidatos. Lo era especialmente por ignorancia: las encíclicas sociales de León XIII y de Pío XI las había leído de mala gana por la invencible repulsión que me producía el estilo pesado, ampuloso y oscuro con que las han vertido al castellano los abominables traductores españoles que merecen una tunda por el irreparable daño que han hecho convirtiendo en ilegible los documentos pontificios.

"La lectura de las encíclicas las había hecho nada más que para averiguar si mis ideas estaban o nó condenadas y me había tranquilizado por no encontrar una condenación precisa en la confusa vaguedad de las frases.

"Con todo, me preocupaba una tensa inquietud.

"En 1934 estuve gravemente enfermo y me decidí a estudiar las encíclicas, no para ver si estaba o nó en el error, sino con el propósito de averiguar lo que el Papa decía y deseaba y aceptarlo ampliamente y con buena voluntad".

LA CANDIDATURA RODRIGUEZ DE LA SOTTA.

La esperanza de término de los sucesos oprobiosos que se conocen por "la República Socialista", se fortalecía por momentos y el Presidente de la Corte Suprema don Abraham Oyanedel asumía el mando, que le entregaba el 1.° de Octubre de 1932 don Bartolomé Blanche, para dar paso así a la vuelta de la normalidad y a la elección de un nuevo Presidente de la República.

Pronto se diseñaron las candidaturas de don Arturo

Alessandri y de los señores Enrique Zañartu y Marmaduque Grove Vallejos.

El Partido Conservador, después de fracasadas las gestiones de unidad en torno a un solo personero "civilista", rompiendo un hábito que parecía connatural a su misma estructura, por haberlo practicado tres cuartos de siglo, tuvo la audacia de proclamar esta vez su propio postulante en la persona de su distinguido Jefe don Héctor Rodríguez de la Sotta, quien con tanta valentía se había opuesto al señor Ibáñez.

La postura resuelta que con ello tomaba, colmó de satisfacción a la juventud del Partido. Su diversidad de criterio frente al problema social no alcanzaba a destruir a sus ojos la apreciación de los méritos personales del político conservador, hombre inteligente e íntegro, católico practicante y sincero, que tenía sólido prestigio por la entereza que había demostrado en su comportamiento en defensa de la libertad ciudadana.

Sin embargo, luego se vió que dos de los otros pretendientes conquistaban fuertes simpatías en las tiendas conservadoras, los señores Zañartu y Alessandri, en especial este último, en cuyo favor se hacían valer fuertes argumentos relacionados con sus mejores expectativas de triunfo.

La presión interna subió a tal punto que el Directorio General Conservador fué convocado con el objeto preciso de acordar el retiro de su abanderado. Debía por mi parte expresar la oposición juvenil.

Dada la premura de las circunstancias, y alterando una antigua costumbre, la sesión tuvo lugar en la noche, el 23 de Octubre de 1932.

La sala del viejo local de la calle Huérfanos se hacía estrecha para contener a los asistentes y entre ellos podían verse todas las notabilidades del conservantismo.

Los oradores inscritos fueron numerosísimos y se extendieron en complejos razonamientos, casi todos cimentados en cifras electorales, para llegar a la conclusión de que era

temerario para los intereses del mismo partido y de Chile sostener en las urnas el nombre del Sr. Rodríguez.

Según el orden de la mesa, correspondió el último lugar al representante de la juventud.

Era más de la una de la madrugada y cuando se le cede al palabra y muestra las hojas escritas, un murmullo de protesta general brota espontáneamente en la sala.

A los pocos instantes, sin embargo, la misma figura claramente infantil del personero de la nueva generación, que contaba con la edad mínima para el cargo, contribuyó tal vez a que el silencio fuera absoluto.

Habló menos de 15 minutos.

Inició sus palabras expresando el juicio de los jóvenes acerca de la conducta de sus mayores ante la dictadura:

"Este Partido resistió en mejores condiciones que los otros el vendaval —dijo—. Sus dirigentes tuvieron en el alma la energía necesaria para no venderse, para no usufructar de las prebendas palaciegas, para no colaborar en la obra nefasta de los que se instalaron en el poder. Omitieron lo que podía mancharlos. Pero, muy pocos cumplieron íntegramente su deber. No hubo lacayos; pero se contaron pocos héroes y en ciertas ocasiones es indispensable que los haya. A quien Dios otorga muchos bienes da también graves responsabilidades. Los pequeños en la escala social, satisfacen su deber con omitir; los grandes tienen además graves obligaciones positivas de acción enérgica en el momento del peligro colectivo. . . ."

Alabó en seguida la contribución del Partido al restablecimiento de la vida cívica, y en especial la de los señores Rodríguez, Gumucio y Walker, y expresó los motivos de alegría que para la juventud había constituído la decisión de llevar candidato conservador.

"Parecía que con esta campaña se abandonaban de una vez para siempre los sistemas de componendas y de transacciones. . . . Vislumbrábamos gozosos una reacción de cordura y se nos presentaba posible la idea de un futuro no

lejano en el que nuestro Partido ceñiría la gloria de haber reconstruído la República que él formó".

Expuso después la desilusión que causaba la mera idea de retirar al candidato y, aludiendo a los señores Gumucio, Gutiérrez Alliende y demás defensores de las postulaciones extrañas: "¿Puede llamarse disciplinados —preguntaba— a estos grandes dignatarios de nuestra agrupación que, desautorizados por la mayoría de este organismo central, siguen rebeldes tratando de imponer su sentir en reuniones extraoficiales? ¿No cumplieron acaso con su deber ante la historia dejando estampada su opinión en las actas? ¿No existe, entonces, entre la actuación individual y la actuación colectiva la enorme diferencia de que en ésta debe seguirse el parecer de la mayoría formada después de la expresión libre y sincera del pensamiento de cada cuál?"

El vocero juvenil procuraba deshacer los argumentos con los que se sostenía la conveniencia de prescindir del nombre del Sr. Rodríguez de la S. y analizaba las condiciones de los otros aspirantes. No podía "permanecerse indiferente ante el señor Lafferte afiliado a la Internacional Comunista; ante el señor Grove, traidor, criminalmente responsable del 4 de Junio; ante el señor Zañartu... que propicia una política económica que en nada se parece a la justicia social que defiende nuestro partido".

La crítica resultaba especialmente dura respecto del señor Alessandri.

"Se ha dicho que abunda una enfermedad de anti-alessandrismo. Más exacto sería afirmar que hace algunos años tenemos en Chile un grave y molesto enfermo, el señor Alessandri. Los que han leído el libro de Stephan Zweig sobre "Fouché" se habrán convencido de que la ambición de mando es un vicio como cualquier otro, con la diferencia de que sus desastres los sufre la sociedad entera. Es precisamente el caso del señor Alessandri. No digo que sea la única causa —sería muy simplista y los simplistas nunca tienen razón—. Pero es la causa ocasional de casi todas

nuestras desgracias y ponerse en la ocasión, tanto en moral individual como en moral política, es casi lo mismo que perecer en ella".

"De todas sus culpas no voy a recordar sino una sola: su enorme responsabilidad en la gestación del 4 de Junio al no ser capaz de sacrificarse una sola vez por la patria Si venciendo su malsano deseo de mando, se hubiera abstenido en la última contienda presidencial, y, después de la derrota, no se hubiera constituído en el líder de la obstrucción al gobierno del señor Montero; si hubiera aportado sus fuerzas de caudillo y su inteligencia de político a la tarea de reconstrucción nacional, que encarnaba el señor Montero, esa fecha bochornosa no existiría y viviríamos momentos mejores bajo la dirección de un mandatario eminente y digno. Pero, con ello, al señor Alessandri no se le habría presentado tampoco la ocasión que le ofrecen nuevamente las desgracias de Chile de subir por otro período las escalas bien gastadas y sucias de la Moneda...".

La candidatura conservadora fué mantenida.

Pero se la combatió tenazmente con el tema central del temor de que ninguno de los aspirantes obtuviera la mayoría absoluta y correspondiera la elección al Congreso, por el peligro de que, en tal hipótesis, la prolongación del proceso electoral diera pretexto a nuevos desórdenes.

En balde la juventud del Partido Conservador recordaba la tradición nacional de apoyar comprensivamente a los gobiernos constitucionales transitorios, que habían cumplido siempre con felicidad su tarea, y se manifestaba con fogosidad por su abanderado, por las pasadas glorias de la colectividad que lo patrocinaba y por sus posibilidades de futuros servicios públicos.

Esa misma juventud pudo comprobar de cerca, por desgracia, el 30 de Octubre de 1932 hasta qué punto era un mito la disciplina conservadora.

A cada momento llegaban a la secretaría central de la campaña los testimonios elocuentes de la defección en las

filas, iniciada por los jefes de mayor influencia que a lo largo del territorio se adherían públicamente al señor Alessandri o al señor Zañartu.

Rodríguez de la Sotta reunió poco más de 40.000 votos.

Alessandri logró junto con la mayoría absoluta, el más legítimo triunfo de su carrera y en cinco meses le perdonaba el país, con esa falta de lógica de la política, la oposición que hizo imposible la vida de la administración Montero y lo sumergiera en la época más vergonzosa de su historia.

DISFAVOR NACIONAL Y MUNDIAL DE LOS PARTIDOS DEMOCRATICOS.

Entre tanto, el grueso de la juventud católica permanecía irreductible en su resistencia al Partido Conservador.

Esa posición era causada tanto por los factores ya anotados como por algunos otros ajenos a esa misma colectividad.

Por de pronto, esa generación se había formado en las actividades propiamente apostólicas que emanaban del vigor de sus creencias religiosas y se hallaba más a su gusto en las empresas de conquista espiritual de la Acción Católica que en la lucha política que desconocía y de la cual en lugar de sentirse atraída, repugnaba íntimamente.

En igual sentido influían también poderosamente las características del momento mundial.

No eran días propicios para los partidos democráticos. Desde 1926, el General Carmona y luego Oliveira Salazar lograron poner fin a la anarquía portuguesa mediante un régimen enérgico de inspiración católica que, respetando los derechos humanos, levantaba rápidamente a la nación lusitana. La Italia de Mussolini parecía igualmente dirigirse a revivir la gloria romana por métodos ajenos a la pluralidad partidista. Alemania veía venir ya su versión del ideal fascista en cuyas posteriores monstruosidades enton-

ces no se soñaba. Y por otro lado, Estados Unidos en su tremenda crisis económica, Francia en su indisciplina constante, Inglaterra hondamente deprimida, no incitaban a admirar el régimen de partidos.

Factores vernáculos poderosos se agregaban a los externos.

La orgía parlamentaria posterior a 1891 con su inestabilidad ministerial, obstrucción legislativa, irresponsabilidad de la administración, retardo e ineficacia de la gestión pública, predominio del cuidado de las clientelas electorales con detrimento del interés nacional, y demás vicios que se atribuían al sistema político en ese período, fué imputado, de modo fundamental, a la indisciplina, la corrupción y los excesos de las facciones que pretendían encarnar la opinión ciudadana. La crisis desencadenada en Septiembre de 1924 se realizó en parte preponderante como una reacción contra los políticos profesionales y las agrupaciones que representaban, entretenidas en interminable juego de uniones, alianzas y pactos, que combinaban la infinidad de fracciones y matices que habían substituído a las grandes y disciplinadas agrupaciones.

No obstante el duro golpe sufrido por los Partidos, no demostraban haber aprendido la lección que significaba. La tendencia ciega de propugnar la ascensión de don Ladislao Errázuriz, que simbolizaba ante el país lo mismo que acababa de repudiar, dió pretexto al cuartelazo del 23 de Enero de 1925 y, cuando se restableció la normalidad, la misma trama de pequeñas ambiciones y de insignificantes rencillas proporcionó el clima en el cual Ibáñez desplazara al gobernante legítimo y se entronizara en el mando sobre la plataforma de proscripción de la lucha partidista. Las colectividades tradicionales no tuvieron recursos ni para sostener al señor Figueroa ni para expulsar al militar sublevado, y, al contrario, aceptaron la fórmula del Congreso Termal que les propuso en 1930.

La enemistad de Ibáñez hacia las viejas agrupaciones

se manifestó en mil formas y al final de su gobierno llegó hasta fundar, siguiendo la moda, una nueva colectividad con el objeto de dar apoyo al poder y servirle de medio de propaganda.

La jornada del 26 de Julio fué victoria de los profesionales y sectores independientes de la nación, y la forma unánime en que el país exaltó al señor Montero y repuso el imperio del Derecho, dió nueva oportunidad a los partidos para rehabilitar su organización y prestigio, pero la perdieron ampliamente.

Los pocos meses de duración en el mando del Sr. Montero mostraron una profunda anarquía política que hizo posible destruir en breve lapso la unidad nacional que debió ser sólida y definitivamente lograda.

Si a todo ello se añade el desprecio a las barreras partidistas que significó el triunfo del personalismo alessandrista de 1932, se esboza el juicio despreciativo que los conglomerados políticos tradicionales merecían a la juventud de esa época.

El descrédito sufrido por los partidos democráticos correspondía al auge que tomaban las tendencias ultra nacionalistas que, inspiradas en la ideología y métodos del fascismo, se presentaban como el camino indicado para exaltar la vitalidad interna y para neutralizar los progresos que el comunismo lograba en las clases populares.

Por cierto que los hombres de principios comprendían los trágicos errores que estaban en la raíz de la panacea que se propagaba, y preveían las nefastas consecuencias que su adopción habría de acarrear, pero el hombre común, que, por creencias o intereses temía al avance comunista, sin disposición ni tiempo para el análisis crítico, se limitaba a admirar el éxito indiscutible, aún cuando sabemos transitorio y aparente, que recomendaba al sistema mussoliniano, reconstructor de una Italia anarquizada y al borde del soviet.

La perversión doctrinaria intrínseca del fascismo no impresionaba a muchos católicos, en razón de que se veía tem-

perada por las demostraciones de consideración a la Iglesia que había dado el propio Mussolini arreglando la cuestión romana con S. S. Pío XI en 1929. El mérito de este acuerdo era, en efecto, innegable, pero evidentemente implicaba también una táctica del Dictador que pretendía consolidarse con el apoyo de todas las fuerzas colectivas, espirituales y temporales, que se movían dentro del Estado. Pronto habría de sufrir el Supremo Pontífice los embates del avasallamiento del poder civil, pero la Roca de Pedro se mantuvo, como siempre, incólume.

En la época a que aludimos las resistencias que nacieran del catolicismo estaban, pues, respecto del fascismo, en su punto más débil, y por eso se explica que cuando fuera lanzado en Chile el movimiento nacional socialista por don Jorge González von Marées, encontrara eco inmediato de calurosa simpatía y conquistara en un principio para su causa la adhesión de personalidades de valer en el campo católico.

Desde el momento en que pudo palparse esta posibilidad, la abstención política de la juventud adquirió proporciones graves no sólo para el Partido Conservador, sino en general para el futuro nacional y en concreto para la causa misma del catolicismo chileno.

Porque no podía ser solución alguna por su ineficacia ante el peligro inminente, la que favoreciera una porción muy selecta de católicos, que quedaban satisfechos con el estudio puramente académico de los problemas económico sociales y, en el terreno de la acción, se limitaban a organizar, con verdadera generosidad, algunas pequeñas obras prácticas de mejoramiento obrero y defensa de sus derechos, cuya semilla esperaban fructificaría más tarde. Ese grupo, que daba sostén a la Liga Social e instituciones análogas, se negaba en forma terminante a toda acción partidista, con tal fuerza que aún hoy varios de sus miembros desconocen todo encasillamiento político.

Afortunadamente, el grueso de la élite juvenil, simple-

mente retardaba su decisión en lo político, prolongando su actividad en la Asociación de Universitarios Católicos.

Bajo los auspicios de ésta, quienes cursaban carreras en el establecimiento oficial, dieron ágil vida al grupo "Renovación" que desarrolló valerosas campañas y obtuvo excelentes resultados en las frecuentes y a veces violentas incidencias y luchas de que era entonces escenario la Casa de Bello.

ANALISIS DE UNA RESPUESTA CARDENALICIA.

En aquella época se hablaba de organizar otro partido que vinculara a los católicos que resistían al Conservador, y la posibilidad de una nueva agrupación pareció inminente con motivo de la respuesta del Emmo. Cardenal Pacelli, entonces Secretario de Estado, ahora S. S. Pío XII, a las consultas que le formularan los Obispos chilenos el 30 de Noviembre de 1933.

La respuesta cardenalicia está fechada en el Vaticano el 10 de Junio de 1934, y hubo de publicarse en "El Diario Ilustrado" el 13 de Agosto, a causa de los rumores que corrían, acogidos por la prensa socialista, en el sentido de que el Arzobispo de Santiago, Monseñor Campillo, calificado como conservador decidido, resistía las instrucciones de la Santa Seda, mientras el señor Nuncio, en cumplimiento de ellas, daba paso al nuevo partido político de católicos.

En realidad, aun cuando el documento no es ni podía ser otra cosa que la repetición de los conceptos tradicionales de la Iglesia frente a la vida cívica, importaba un golpe para el Partido Conservador en cuanto éste siempre había favorecido la opinión de que era esencial, para la defensa de los intereses eclesiásticos en el campo político, la unión de todos los católicos en una sola fuerza organizada, y le halagaba la ilusión de ejercer una especie de

monopolio de la actividad ciudadana de los más fieles amigos de la religión.

Los esclarecimientos especiales que el Cardenal Pacelli hacía para la situación chilena en este problema, se podían resumir en las siguientes proposiciones esenciales:

1.º—"Un partido político, aunque se proponga inspirarse en la doctrina de la Iglesia y defender sus derechos, no puede arrogarse la representación de todos los fieles, ya que su programa concreto no podrá tener nunca un valor absoluto para todos, y sus actuaciones prácticas están sujetas a error".

De este modo se contradecía abiertamente la pretensión que, desde que adoptó carácter confesional, sostuvo el Partido Conservador, la cual no podía aceptar la Iglesia, como lo explica magníficamente, en virtud de que jamás la acción política, por su naturaleza, es infalible, y no pueden vincularse los altos propósitos espirituales de la Jerarquía a las inevitables contingencias y errores de los combates cívicos.

2.º—"Debe dejarse a los fieles la libertad, que les compete como ciudadanos, de constituir particulares agrupaciones políticas, y militar en ellas, siempre que éstas den suficientes garantías de respeto a los derechos de la Iglesia y de las almas".

Esta parte de la contestación tenía que corresponder a una consulta del Episcopado en relación con el deseo de muchos católicos de fundar otro partido y con el problema que les suscitaba ese hecho a nuestros pastores ante las pretensiones monopolizadoras del Conservantismo.

Pues bien, parecía evidente que, con meridiana claridad, la declaración cardenalicia asestaba en este punto un nuevo golpe a las conveniencias políticas conservadoras, desde que, según ella, todos los ciudadanos católicos del país quedaban con plena libertad de conciencia para decidir, conforme a su criterio, a cuál partido ingresaban, dentro de aquellos que

contaran en su favor las condiciones exigidas, o si creaban otro que cumpliera esos requisitos.

La decisión podía adoptarse con entera tranquilidad puesto que la Santa Sede insistía en que la incorporación de los católicos en partidos diversos no podía comprometer los intereses religiosos tanto por la obligación de los fieles de ejercitar entre todos el vínculo de caridad, como por la exigencia ineludible y constante de "anteponer en todo momento los supremos intereses de la religión a los del propio partido, y estar siempre prontos a obedecer a sus pastores, cuando en circunstancias especiales, los llamen a unirse para la defensa de los principios superiores".

3.º—"Es evidente que la Iglesia no podría vincularse a la actividad de un partido político sin comprometer su carácter sobrenatural y la universalidad de su misión. Y puesto que la actitud de la Jerarquía y del clero en general no puede ser distinta de la actitud de la Iglesia, se deduce, en armonía con los principios ya recordados, que la acción de los pastores tendrá que inspirarse en las normas siguientes: Heraldos de la paz de Cristo y de la caridad, que une y hermana, deben los Obispos mantenerse ajenos a las vicisitudes de la política militante y a las luchas y divisiones que de ella se siguen y abstenerse, por lo tanto, de hacer propaganda en favor de un determinado partido político".

Así, pues, si en el pasado la debilidad humana o el exceso de celo podía haber hecho cierta la intervención del clero en la política en favor precisamente del Partido que ambicionaba el monopolio de la defensa de las libertades y derechos de la Iglesia, esa actitud no guardaba armonía con los principios permanentes sustentados por ella, y ante las nuevas explícitas instrucciones del Vaticano para Chile, que confirmaban una vez más las que con tanta energía había impartido don Crescente Errázuriz, ninguna ventaja, recomendación, privilegio o ayuda eclesiástica exclusiva podía en el futuro reclamar para sí el Partido Conservador.

SE LANZA UN MOVIMIENTO JUVENIL.

Don Rafael Luis Gumucio, en una conferencia sobre el deber político, expresó en 1933 su honda inquietud por la inclinación hacia la prescindencia cívica que se palpaba en apreciable porción de los católicos que estaban gravemente llamados a actuar en la cosa pública, e hizo ver la urgencia de liquidar con rapidez ese peligroso estado de cosas. Aún cuando pronunciada la conferencia en la Universidad Católica, daba a entender con sinceridad a todos los fieles que si ellos no habían formado una colectividad distinta era indispensable que se resolvieran de una vez por todas a incorporarse a las filas conservadoras.

Contribuía a prolongar este compás de espera el vacío que se observaba entre la generación universitaria o recién egresada de las aulas y aquellas a que pertenecían los máximos jefes conservadores. Los veinte años que separaban a unos y otros prácticamente no produjeron personalidades que los vincularan y tuvieran arrastre ante los futuros políticos. Tuvimos la esperanza de haber encontrado en Luis Pizarro Espoz el puente indicado, pero esa ilusión se convirtió luego en hondo desengaño.

Es cierto que, por excepción, gozaban de prestigio formidable en la juventud estudiantil, por ejemplo Pedro Lira Urquieta y Eduardo Cruz Coke, pero no se decidían a conducirla por sentirse entonces íntimamente llamados a labores especulativas, literarias y docentes. Pedro Lira Urquieta lo reconoció explícitamente al comienzo de la conferencia que leyera en Julio de 1933: "Un auténtico partido, como el nuestro, que cuenta con una fuerte y probada organización, presenta la ventaja innegable de permitir en gran escala la aplicación de la conocida ley de la división del trabajo. Los que nos ocupamos ante todo de lo que yo me atrevería a llamar "política de ideas" no necesitamos valorizar nuestro esfuerzo tomando sobre nuestros hombros la pesada carga de la política activa; nuestros estudios, nues-

tros trabajos de comisiones pueden ser aprovechados y conocidos sin que necesitemos actuar ni como gobernantes, ni como parlamentarios, ni como dirigentes de la política interna del partido".

Pero, por brillantes que fueran las personalidades que abrazaran el camino de esa colaboración intelectual, mientras permanecieran ajenas a la ebullición del ajetreo diario de una colectividad partidista, no lograrían disipar el indiferentismo juvenil.

Si faltaban jefes era necesario formarlos dentro de las nuevas huestes.

"A la caída del señor Ibáñez, en 1931, cuando fuí elegido Presidente del Partido Conservador —dijo más tarde don Rafael Luis Gumucio— me encontré con que el Partido no tenía juventud. Los jóvenes que actuaban en la Asamblea de Propaganda eran poquísimos.... Los alumnos universitarios eran apolíticos y tenían distanciamiento al Partido Conservador. Se logró reunir un grupo formado, entre otros, por Bernardo Leighton, Manuel Garretón, Ignacio Palma, Eduardo Frei y Radomiro Tomic, a quienes en una comida en mi casa, puse en contacto con los Jefes Conservadores don Héctor Rodríguez y don Horacio Walker".

Un testimonio de ese tiempo, que es carta fechada el 26 de Septiembre de 1933, y que dirigí a Luis Arteaga Barros, explica el origen y propósito de las actividades de conquista política que se originaron entonces: "Tú sabes las resistencias que en ciertos sectores de la juventud católica ha despertado siempre el Partido Conservador. Para vencerlas se ha formado un movimiento de los estudiantes conservadores cuyo objeto es llevar a sus filas a todos sus compañeros católicos. Este movimiento ha sido organizado, bajo los auspicios del Directorio Departamental de Santiago, por Bernardo Leighton y Rafael Gumucio, hijo. Los medios que se emplearán serán comisiones de estudios de los programas, de los hombres y de la historia del Partido, de los problemas nacionales, confección de folletos de propaganda, etc. Han

formado una comisión consultiva del movimiento con jóvenes de nuestro grupo, es decir, con algunos de los que acaban de perder su calidad de estudiantes. Pero no tratan, sin embargo, de fundar asambleas. Los elementos ambiciosos de la Asamblea de Propaganda, han creído erróneamente que buscaban formar otro organismo que le hiciera competencia basándose en que algunos dirigentes del Directorio Departamental expresan opiniones contrarias a la Asamblea. El mismo Guillermo González Prats alcanzó a tener por un corto tiempo esa equivocada convicción".

Después de diversas reuniones preparatorias nos cupo redactar las bases del que se llamó primitivamente "Movimiento de los Estudiantes Conservadores". (Imp. Walter Gnadt, 1933).

Comienzan ellas por recordar la importancia de la acción política de los católicos y las ventajas de que ella se realice en estrecha unión. "Algunos jóvenes, entre los cuales hay ciertos elementos respetables por su calidad, rechazan actualmente al Partido Conservador, y se mantienen alejados de él. Los intentos de organizar una colectividad distinta del Partido Conservador han fracasado hasta ahora y todo induce a creer que fracasarán, a lo menos en un futuro próximo, porque no pueden imponerse sobre éste que tiene una larga tradición impregnada de campañas en favor de la idea cristiana y que está establecido y organizado en todos los rincones de la República.

"De lo expuesto se desprende que es altamente beneficioso para la Iglesia y para la Patria, lograr la unión política de toda la juventud católica en torno del Partido Conservador. Nadie mejor que la misma juventud puede realizar esta obra, puesto que ella percibe más íntimamente los problemas de su propia generación y no provoca las resistencias con que el mismo ardor de la lucha va rodeando a los hombres maduros. De la juventud la porción más escogida es, sin duda, la de los estudiantes, principalmente universitarios, porque, en general, están destinados a ejercer

mayor influencia colectiva. Llevar a todos los estudiantes católicos del país al Partido Conservador constituye el objeto esencial del movimiento organizado por los estudiantes conservadores".

Las bases recogen el cargo que se hacía al Partido Conservador de descuidar el bienestar de las clases populares y de estar infiltrado de un viejo y caduco espíritu liberal individualista y expresa la esperanza de que el movimicnto que se funda probaría que, salvo casos individuales de excepción, esas afirmaciones no tenían fundamento.

Se dirige en fin, en ellas, a nombre del Partido, un llamado a toda la juventud católica, a la cual hace presente que abre sus puertas a todos los perfeccionamientos y manifiesta su ansioso deseo de que el entusiasmo y el espíritu juvenil vigoricen su acción.

Es quizás interesante enumerar a los dirigentes del Movimiento transcribiendo al efecto la lista publicada, junto con las bases del mismo, en el folleto aludido. Ellos son: "Bernardo Leighton, Víctor Delpiano, Lorenzo dc la Maza, Manuel Risueño, Eduardo Frei, Clemente Pérez Zañartu, Eduardo Hamilton, Rafael A. Gumucio, Sergio Fernández Larraín, Juan Díaz, Alejandro Silva Bascuñán, Radomiro Tomic, Rafael Maroto, Manuel Francisco Sánchez, Manuel A. Garretón".

Bernardo Leighton se entregó de lleno, con una generosidad y un espíritu de sacrificio admirables, a las tareas de captación de los elementos que se buscaban.

El y sus amigos recorrieron de un punto a otro el país y muy pronto el entusiasmo desbordaba la capital y los círculos estudiantiles y adquiría resonancias nacionales.

Como expresión de este avance se instalaba un local especial en la calle Compañía, después en Amunátegui, y se fundaba el periódico "Lircay", cuyo primer número apareció el 22 de Julio de 1935.

"Reconocemos —decíamos en el primer editorial— que alguna porción selecta de la juventud católica sostiene un

criterio diferente del nuestro en la realización práctica de una misma aspiración. No pretendemos aniquilarla, destruírla, sino que, al contrario, convencerla y atraerla.... Si a alguien vamos a atacar en el campo católico es a la masa desgraciada de cristianos que hacen, con su indiferencia y abstencionismo, el mejor juego a nuestros verdaderos enemigos".

Esas expectativas se veían tan favorables que se convocó a una Convención Nacional para los días 11, 12 y 13 de Octubre de 1935.

Quienes vivían entonces en la capital pudieron apreciar la auténtica y sana alegría que puso una nota de animación en la ciudad entera.

Entre el acto inaugural en el Teatro Principal y el de su clausura en la emocionante asamblea del mismo teatro se sucedieron apretadas y sustanciosas reuniones de los comités de estudio que revelaron la unidad de pensamiento y la solidez de formación intelectual y moral que podían con razón considerarse buen augurio de espléndidos resultados posteriores.

El sentimiento unánime de los convencionales se manifestó caluroso en sus demostraciones en favor de quienes habían presidido la labor organizadora y, sobre todo, respecto de las dos personas a quienes cupo la más alta responsabilidad: don Horacio Walker, Presidente del Partido, y Bernardo Leighton, de la Juventud.

Sin duda el instante de mayor emoción fué el homenaje indescriptible que recibiera don Rafael Luis Gumucio. Como se prolongaran sin término los aplausos, visiblemente alterado en lo más íntimo, al notar que su naturaleza se resistía a recuperar la tranquilidad necesaria para hilar sus ideas, se dirige a la concurrencia y le dice: "qué importa que mi corazón cansado se niegue ya a acompañarme si hay miles de corazones jóvenes que lo pueden reemplazar".

Cuando los obispos chilenos, por medio de la pastoral colectiva de Noviembre de 1935, que mereció amplia aproba-

ción del Nuncio Apostólico, hizo eco a las directivas de la carta cardenalicia, el Partido Conservador estaba en situación de mirar ahora con tranquilidad su porvenir, bullente de juventud que desplegaba actividad formidable de un extremo a otro del territorio.

Y, sin embargo, la pastoral que acaba de recordarse hería más a fondo aún las pretensiones exclusivistas del conservantismo, al aclarar explícitamente la carta del Secretario de Estado en el sentido de que bastaba que *los programas* de los partidos a los cuales un católico ingresara dieran suficientes garantías a los intereses religiosos. Se ponía término, con el agregado de las palabras subrayadas, a una polémica que había surgido entre el diario "Trabajo" y el Presbítero don Daniel Merino, en la que éste sostenía que las garantías exigidas se relacionaban con la posibilidad de defender, con suficiente eficacia por su poder electoral, dichos intereses, interpretación que dejaba en el linde teórico la libertad reconocida de afiliarse a cualquiera agrupación o fundar nuevas, y consagrado en definitiva el privilegio excluyente y monopolista del Partido Conservador como fuerza mayoritaria en la expresión política de los católicos.

BASE ESENCIAL DE SU ORGANIZACION Y EFICACIA.

En esa fecha quedó establecido formalmente el que, desde ella, se llamara Movimiento Nacional de la Juventud Conservadora.

En los discursos que entonces se pronunciaron, principalmente en el de Manuel Garretón Walker, se percibe nítida la poca ilusión que abrigaba en una tarea de proyección meramente partidista, y la absoluta confianza en el sentido nacional y ajeno a todo exclusivismo político de la lucha que emprendía y del gobierno a que aspiraba, el movimiento injertado en el Partido Conservador.

En el discurso de clausura, Eduardo Frei explicó que la juventud no llegaba ni por seguir una tradición ni un sentimiento, sino como resultado de larga meditación y de provechosa experiencia, que le indicaban como posible y ventajoso trabajar por los fines que la animaban dentro de las filas del Partido, y que en esa actitud no había ni la cobardía ni el renuncio que pretendían ver algunos sectores, ya que estaba dispuesta a luchar con el mismo valor que antes empleara por la integridad de los ideales cuya realización perseguía. "Esta juventud que tenía un pensamiento llegó hasta el Partido lealmente. Llegó hasta los jefes y les expuso clara, nítidamente su manera de pensar, sin reticencias, sin medias tintas. Ella tenía una mentalidad nueva, ansias incontenibles. Y fué recibida en estas condiciones. Ni una sola de sus ideas fué despreciada. Era un aporte. El Partido Conservador supo comprender la hora que vivía y el soplo renovador no le cogió de sorpresa, antes bien formó una sola fuerza en que se aunan la experiencia con la intrepidez, donde se conserva lo sustancial, donde se corta fría y duramente si es preciso lo caduco".

Los estatutos que nacieron de la Convención, aprobados por la Junta Ejecutiva del Partido, permitían a la juventud contar con la libertad necesaria para seguir en la labor tan auspiciosamente comenzada.

"Se crea —dice el art. 1.º— una organización general de la Juventud Conservadora de Chile, dependiente de la Junta Ejecutiva del Partido Conservador, cuyo objeto es la formación de los jóvenes que a ella pertenezcan y la difusión de los ideales del Partido Conservador, por medio del estudio, la acción y la propaganda en centros organizados.

En lo demás, la acción política de los jóvenes deberá efectuarse dentro de los organismos oficiales del Partido Conservador".

"Pertenecerán a la Juventud Conservadora, las personas que, aceptando los *principios y programas* del Partido Conservador, cumplan con los requisitos siguientes:

a) Haber suscrito los registros del correspondiente organismo *de la Juventud Conservadora;*

b) Tener 16 años de edad y no más de 35;

c) Los mayores de 21 años deberán estar inscritos en los Registros Electorales".

La lectura de las normas precedentes muestra el especial cuidado que ellas ponen de no exigir a quienes se afiliarán al nuevo movimiento su incorporación oficial al Partido Conservador, la cual, dentro de la habilidad del medio escogido, habría de venir espontáneamente después, como lógico resultado de la acción desarrollada dentro de la Juventud.

Se exigía la adhesión a los "principios y programas" del Partido exclusivamente, porque no eran ellos los que causaban la resistencia que se le oponía, ya que ésta era fruto del juicio adverso que suscitaba la realización de los mismos.

Si quienes oyeran con simpatía el llamado juvenil columbraban la adquisición de un compromiso inmediato con el Partido, lo rechazarían de plano, pero, al contrario, confiados en no aceptar antes de tiempo un encasillamiento definitivo, acudirían sin recelos, en el entendido de que mantenían su libertad para adoptar más tarde una decisión estable.

De este modo paulatinamente se vencían los obstáculos, y las adhesiones al movimiento juvenil llegaban de sectores que sin dicha liberalidad jamás se inclinaran hacia la tienda conservadora, por prejuicios, o por tradiciones familiares históricamente unidas a otros partidos, por ejemplo, al liberal. Para que esta afirmación no resulte excesivamente genérica bastará recordar los nombres de los señores Jorge Prat y Francisco Bulnes Sanfuentes que así ingresaron y todavía se mantienen en el Partido Conservador.

Las instrucciones impartidas desde el comienzo interpretaron con este espíritu los estatutos.

En circular de Mayo de 1936, Bernardo Leighton, que

continuaba como Presidente Nacional, advertía a los centros juveniles que ellos dependían directamente de la autoridad central y no de los Directorios Departamentales Conservadores respectivos, sin perjuicio de las buenas relaciones que con éstos debían mantener; que dichos cuerpos juveniles no eran los Centros de Propaganda que se contemplaban en los Estatutos generales del Partido y debían prescindir en los asuntos que eran privativos de la vida interna de la colectividad como elección de sus directorios, censura de los mismos, elección de candidatos a regidores, o parlamentarios etc., porque en esta clase de materias los jóvenes debían tomar parte individualmente como miembros de los respectivos organismos.

Al cumplirse un año de existencia oficial del Movimiento, el 12 de Octubre de 1936, Fernando Durán, podía decir en Valparaíso sin que a nadie sorprendiera: "La Juventud Conservadora no se confunde con el Partido Conservador: marcha a su lado con un ánimo de leal y generosa colaboración y encuentra en sus jefes ecos de estímulo y de afectuosa simpatía. Pero ello no implica que enajene su voluntad ni menos que comprometa su independencia.... Creemos que las vacilaciones que ha experimentado en la aplicación de sus doctrinas económico-sociales, habrán de disiparse. No sé dónde estaremos mañana: es el propio partido que tendrá que decidirlo con su actuación".

Declaraciones análogas se repitieron infinidad de veces en todas las ocasiones que se presentaron y de preferencia en las más solemnes y compromitentes. En el homenaje público a la Patria, por ejemplo, rendido el 17 de Septiembre de 1936, el Primer Presidente Nacional, Bernardo Leighton, "estamos en el Partido Conservador persiguiendo su transformación —expresó—. Lo declaramos solemnemente".

Más explícito no había podido ser Manuel Garretón días antes, el 29 de Agosto de 1936: "si viéramos que el Partido fuera un obstáculo para la integridad de nuestro ideal... en ese mismo instante, abandonaríamos sus filas...." Y eso

lo manifestó a quién lo quisiera oír, ya que lo hizo en discurso radial.

Después de éstos y muchos otros testimonios públicos resulta de menos valor hurgar en las páginas del periódico oficial de la Juventud, que están llenas de alusiones a esa misma libertad y personalidad frente al Partido Conservador, al cual por otra parte, con la misma insistencia, se alaba y se declara servir.

En consecuencia de tales explícitas proclamaciones, los dirigentes juveniles atraían hacia su organización cada vez a más numerosos y valiosos elementos, y las autoridades conservadoras no protestaban de las audacias de los oradores y celebraban junto con ellos sus conquistas.

Los prejuicios anticonservadores de máxima violencia eran, sin contar los que atañían al aspecto económico-social, aquellos que se habían acumulado en el funcionamiento de la máquina electoral, que se la reconocía muy bien montada por el Partido, pero que se prestaba para producir íntimo y dañino contraste con el idealismo juvenil o con los sueños de limpieza mantenidos, a pesar de los años, por ciertos espíritus de selección.

Al comprobar que resultaba ahora posible servir a los altos propósitos que reconocían en el Partido Conservador, sin comprometerse en las minucias del ajetreo electoral y en campañas cuyo planteamiento escapaban a su influencia, muchas personalidades viejas y jóvenes deponían prevenciones arraigadas o ancestrales y se alistaban confiadas en esa caravana de alegre resurrección en que ahora se había convertido la centenaria colectividad.

Así llegaron a la Falange o le prestaron su adhesión espiritual personalidades eminentes del país. Tengo en la memoria como figuras ilustres a Gabriela Mistral y a don Carlos Silva Vildósola, el gran periodista y gran cristiano que con emoción íntima cifraba en ella la más promisora esperanza para el porvenir patrio.

La posición de autonomía dentro del Partido Conservador libró a éste del daño que le hubiera acarreado la competencia de una nueva organización política de católicos cuando se encontraba en un momento de extraordinaria debilidad, con poco prestigio cívico, salvado por una media docena de nombres que tomaron felizmente en su hora una actitud disonante; con la tara que se le suponía de hallarse viciado de un error condenado oficialmente por la Iglesia; con la imposibilidad de explotar, después de la carta cardenalicia, el tema de la obligación de los católicos de militar en una sola agrupación o de atribuirse una exclusividad que ninguna está autorizada para ejercer; con la resistencia de las clases media y popular, porque se sostenía que procuraba defender primordialmente las conveniencias de la aristocracia; con su falta de atractivo en la juventud; y en fin, con la pausa que sufrió al desaparecer los objetivos concretos que habían orientado sus luchas de setenta años.

Fué una suerte, por lo tanto, para el Partido Conservador que en tales momentos no sólo se evitara la creación de una nueva colectividad ciudadana, sino que recibiera una espléndida juventud que remozara sus huestes de un extremo a otro de Chile.

La Iglesia no podía temer seriamente de la constitución de otro partido tanto por el providencial arreglo del problema religioso como, principalmente, porque hubiera coincidido con el desarrollo de la recién fundada Acción Católica (establecida en Chile el 25 IX. 1931) que, promovida en todo el mundo por Pío XI, pretende unir en torno de la Jerarquía a los seglares de todas las condiciones, edades y sexos para auxiliarla en lo relativo a su misión apostólica y a las circunstancias de libertad y seguridad en que tiene ella que ejercitarse. La Acción Católica, como la Iglesia, está por encima y fuera de todo partido político, y los fieles, cualesquiera que sean sus opiniones en el terreno de las discusiones temporales, tienen que colocarse a sus órdenes para ayudarla en la consecución de su tarea espiritual

y sobrenatural y de los medios jurídicos y humanos en que ha de realizarse.

Si la Acción Católica tiene vida, las discrepancias de los católicos en el plano contingente de las aspiraciones de orden temporal no revisten importancia debido a que, si son tales y no de pura etiqueta, están siempre unidos a la Iglesia para servirla en los puntos que estima de gravedad para el desempeño de su papel trascendente.

Hay una infinidad de cuestiones de carácter técnico en la conducción de las sociedades humanas en las cuales la Iglesia no tiene ni le cabe sustentar opinión alguna, por ejemplo: sistemas de Estado y de Gobierno, regímenes monetarios, aduaneros, tributarios, de transportes, etc. En todos ellos los católicos gozan el derecho de abrigar, si desean, las más diversas aspiraciones y resultaría gravemente perjudicial que algunos pretendieran apoyarse en su fuerza moral para conseguir que prevalezcan sus puntos de vista.

Aún en el plano de problemas más cercanos a los bienes esenciales del hombre, y hasta en la misma aplicación de los principios que brotan de la doctrina de la filosofía católica, tienen asidero legítimos disentimientos en razón de que la Iglesia no precisa en concreto las soluciones y deja amplio margen para que los seglares decidan en la práctica entre las diversas formas que satisfagan los altos principios directivos que ella se limita a enunciar.

Es una antigua debilidad la de los cristianos que, sin comprender la esencia de la misión eclesiástica, procuran vincular la suerte de la Iglesia a las determinadas estructuras o clasificaciones humanas. En los primeros tiempos, algunos sostuvieron que era religión exclusiva para los judíos, y surgió Pablo, el Apóstol de los Gentiles. Después, muchos temieron que iba a sucumbir junto con el Imperio Romano que tras de siglos de persecución había terminado por respetarla, y, no obstante, bautizó a los bárbaros.

Algunos la creían incapaz de seguir la línea del pensamiento antiguo y continuar su progreso, y San Agustín se sirvió

de Platón, y Santo Tomás aprovechó y superó a Aristóteles con inigualado genio. También los reyes quisieron unir a ella su suerte, y la Iglesia supo vivir y dar cimiento a la República. Los amos no lograron callarla y defendió a los esclavos hasta abolir condición tan inicua. A los conquistadores los obligó a preocuparse y respetar el alma indígena, y los pueblos autóctonos asimilaron su civilización.

No siempre es el interés egoísta individual, de clase o raza la causa de que los mismos cristianos quieran encasillarla dentro de las formas accidentales en que ellos se mueven. Es la dificultad del hombre de mirar por el prisma de la tarea apostólica que a la Iglesia incumbe. Ellos se equivocan de buena fe pero a la Jerarquía Sagrada compete manifestar constantemente que ella actúa en la época, lugar y circunstancias que nosotros vivimos para desarrollar una obra que busca nuestro máximo bien, pero que persigue conjuntamente la salvación de los hombres de todos los siglos, lugares y ambientes, y no puede, entonces, confundir su futuro con el de instituciones cambiantes que resultan de la evolución histórica.

PERFILES DE SU SELECCION DIRECTIVA.

Justamente en la pléyade que lanzó el movimiento falangista se notaban características que nacían de la Acción Católica en que había trabajado.

Esa juventud acusaba ciertos perfiles bien propios que la distinguían de sus predecesoras. No emanaban ellos únicamente de que el tiempo de su preparación había resultado más largo y se incorporaba madura a la acción política. Constituía un equipo, con formas de relación humana diferentes a las que se habían practicado, y con manifiesta unidad ideológica.

A estas modalidades debe atribuirse el magnífico resultado que tuvo su llamado.

Alguien podrá pensar de inmediato que el éxito lo acom-

pañó porque contó con la ayuda y las simpatías del Partido Conservador.

Pero se trataba precisamente de que éstas solas no lograban atraer a la juventud y que el movimiento aportó valores y métodos que no estaban a disposición del Partido.

Desde luego, como dijimos, un equipo, es decir, una numerosa selección de Jefes con aptitudes equivalentes, con el mismo acervo de conocimientos fundamentales que se comprendían a fondo por la edad y por el ambiente que vivieron en los años universitarios. Tales condiciones no se prestaban para que surgiera un caudillo, porque éste se genera en un medio que lo mira como superior y siente y expresa al seguirlo su propia inferioridad, y tampoco resultaban personalismos de ninguna índole porque cada cual se sabía perfectamente reemplazable en iguales o mejores condiciones en el instante que le cupiera la desgraciada ocurrencia de laborar su propio pedestal.

Tales temores se hacían inverosímiles en un medio provisto de un personal nutrido en que muchos carecían no sólo de toda ambición sino incluso de verdadera vocación política y actuaban en este campo por imperativos de los que creían sus profundos deberes.

Venidos esos jóvenes de las más diversas procedencias sociales y territoriales, habían logrado superar todo sentido de clase social en la forma de tratarse unos con otros, y con la facultad de entregarse íntegramente a la acción pública, sin hacer reservas de diversas y más íntimas relaciones personales y de familia, evitaban, de modo ajeno a todo propósito preconcebido, las resistencias provocadas por algunos dirigentes conservadores al practicar, según se les achacaba, un comportamiento diverso según fuera de la misma o distinta alcurnia la persona con la cual les correspondía alternar.

Una verdadera empresa de conquista humana tiene que acompañarse con esa recíproca dación mutua, porque, desde el instante en que ella falta, se destruye el efecto de las

hermosas palabras, que tienen valor en la misma medida de la sinceridad de la actuación consecuente.

Conscientes, por lo demás, de las flaquezas de la propia condición humana, se manifestaban profundamente convencidos de que quienes enarbolan el pendón cristiano tienen el grave deber de acudir en forma permanente a las fuentes de la gracia divina a buscar las fuerzas necesarias para mantener la consecuencia entre el ideal propagado y su realización íntima, porque, si es grande el arrastre del buen ejemplo, sin dicha conformidad es, a la inversa, vano el esfuerzo y, aún más, contraproducente, a causa del escándalo que proviene de la falsedad y de la hipocresía. No pueden mantener el rango de abanderados sino el de modestos soldados de la causa quienes incurren en graves inconsecuencias a menos que quieran asumir la inmensa responsabilidad de los daños incalculables que en la lucha por las ideas acarrea la contradicción entre la excelsitud del cuerpo doctrinario y la bajeza de su testimonio vivo.

Esa selección juvenil atraía también por muchos aspectos puramente formales que daban interés y novedad al contenido de su pensamiento: la afirmación enfática, la frase corta y sugerente, las bien diseñadas banderas e insignias, el grito entusiasta, el lenguaje renovado y moderno. Todo ello contribuía a favorecer el combate al fascismo que se facilitaba con esas alteraciones aparentes.

BOSQUEJO DE SU IDEARIO.

En cuanto al fondo mismo de las ideas no era por cierto otro que el del catolicismo secular, pero dentro de la orientación y características que le daban tanto el renacimiento intelectual francés de la primera guerra mundial y posterior a ella, como la resurrección hispanista representada por los escritores que combatían en la Madre Patria las tendencias anticristianas que dieron el tono de esa República de Azaña, que el nuevo movimiento condenó con tal energía que se en-

tusiasmó hasta con el nombre de la Falange que se fundara para neutralizarlas.

En la expresión de ese ideario tuvo indiscutible importancia un viaje que en 1933-1934 hicieron Manuel Garretón y Eduardo Frei en compañía de Monseñor Oscar Larson, con el fin de representar a Chile en la Confederación Iberoamericana de Estudiantes Católicos que en esa época se fundó. Esa oportunidad les permitió reunir copiosos antecedentes y visitar con algún detenimiento varios países de Europa y en especial Francia, Italia, España y Bélgica.

En Bélgica, por ejemplo, les impresionó, como forma de solución aplicable en Chile, la coordinación de las actividades políticas de los católicos en diversos grupos autónomos que convivían no obstante diferencias apreciables de diverso orden, y coordinaban sin dificultades sus objetivos comunes.

El mismo título del periódico "Lircay" daba a entender qué parte de nuestra tradición histórica quería continuar, en lo hondo de su sentido, el movimiento juvenil conservador. Se trataba de la época portaliana, que comenzó con la batalla de ese nombre y terminó con la división del Partido Conservador en 1857. En ese tiempo el país se consagró de lleno, con admirable unidad, a poner las bases de una "República en forma", siguiendo el vocabulario de don Alberto Edwards, cuyos juicios históricos tuvieron influencia en el criterio juvenil; república que más tarde perdió su vigor en medio de los errores y pasiones de la lucha de los partidos.

La magnífica empresa ejecutada entre 1831-1857, como resulta comprobado en los recientes estudios del Sr. Encina, no cabe en justicia anotarla al haber exclusivo del Partido Conservador que conocemos, ya que es en verdad anterior a la formación de esta colectividad, una obra nacional en que el país entero colaboró, hábilmente conducido por el genio político de Portales, quien, sin vínculos partidistas, levantó la República de la postración y la anarquía. En torno de su brillante y realista desempeño, se agruparon personalidades vigorosas que supieron comprender y continuar el im-

pulso portaliano, Prieto, Rengifo, Bulnes, Tocornal, Montt, Varas y muchos otros que, surgidos de distintas procedencias, antiguos pelucones, estanqueros, o'higginistas, etc. fueron agrupándose y dando origen al Partido Conservador, que, al dividirse en 1857, diera base a la colectividad que continuó con ese mismo nombre lo mejor de la tradición común. El período anterior a la escisión recordada constituye por lo tanto patrimonio de todo Chile, porque durante él exhibió unidad perfecta que alcanzó sobre todo admirable solidez después del martirio del estadista.

"Ahora, como entonces, —dijimos en un editorial del Lircay —es necesario robustecer el principio de autoridad y constreñir los impulsos libertarios hasta dónde sean fecundos y sanos; disciplinar las fuerzas políticas de modo que sirvan a los propósitos colectivos y no a pequeños intereses personales, reducir los cuerpos armados a su única misión de velar por el orden exterior e interior; exaltar la consagración al bien público en cuyas aras debe posponerse todo interés individual, haciendo que triunfe la honradez en la gestión administrativa y en el uso de los medios de influencia que proporciona el mando".

El bien común nacional que el Estado persigue es una magna empresa a que todos sin distinción están llamados y que no se encuentra con la visión miope de quien busca o se inspira en las ventajas de partido o de clase.

La estructura social no se compone de una multitud de individuos colocados solos frente al Estado, como lo sostiene la concepción atomista de la filosofía liberal de la Revolución de 1789, que comenzó por abolir los gremios, sino que constituye un orden jerárquico que, partiendo de la familia y coronándose en el Estado, integra y sostiene al individuo en una infinidad de sociedades naturales o voluntarias al servicio y perfeccionamiento del hombre mismo y a las cuales tiene éste, por su parte, que sacrificar todo, menos aquello que atañe a su fin personal y trascendente.

Dentro de esta visión pluralista de la sociedad civil, los

individuos no quedan inermes ante un Estado omnipotente, sino que actúan con el respaldo de todas las organizaciones intermedias que le proporcionan bienes que no competen al poder supremo y que a éste no cabe exigir.

Fruto de lo anterior es la tendencia funcional, cooperativa, institucional, del régimen político, social y económico.

Las incongruencias notadas a cada paso con motivo de la cada vez mayor participación estatal en los procesos económicos, derivan de que la estructura jurídica fundamental de la nación, surgida de la concepción liberal, no es apta para desempeñar funciones para las cuales no está llamada y que sustrajo a los organismos naturales. Por eso tiene que adoptar el Estado soluciones intermedias, transaccionales, de puro arbitrio oportunista, a través de mecanismos que se repiten, se neutralizan, dictan medidas ineficaces o contraproducentes y sirven, en resumen, de preferencia, para dar pie a una formidable burocracia. Urge, por lo tanto, que el Estado se descentralice devolviendo sus atribuciones propias a las instituciones intermedias a quienes corresponden según el orden natural de las cosas y la división de las labores sociales.

Estas premisas conducen a propugnar el desarrollo de las organizaciones sindicales y profesionales, cuyos derechos es necesario sostener, y a propiciar todos los intentos de reconstrucción económica que emanan de dichos postulados, como fueron los de dar vida real sobre auténticos cimientos al Consejo de Economía Nacional, y más tarde a la Corporación de Fomento a la Producción.

Liberado el Gobierno de tantas tareas económicas que ahora realiza, la vida política se circunscribe al campo de los problemas generales que le son más propios y la existencia y objetivos de los partidos políticos se modifica, por lo mismo, sustancialmente.

Los partidos son necesarios en una democracia para encauzar las corrientes de opinión, pero es indispensable luchar en contra de su inclinación constante a perder la mira de

la unidad del destino del país, cuyas altas conveniencias se pospusieron y sacrificaron a menudo entre nosotros en el calor y la ofuscación de las contiendas electorales.

Como corolario de esta relativa desconfianza en los partidos, y convencida de los daños que sus excesos causaron a Chile, la Falange sostuvo que debían tener una estructura en cierto grado jerárquica, con dirigentes dotados de amplias facultades y sin dependencia continua de los golpes de votación de asambleas de plataforma y de lucimiento.

Por último, en los tiempos de la Milicia Republicana, de González Von Marées y de las Militancias Socialistas, los Falangistas llegaron a practicar ejercicios colectivos en que se buscaba imponer algo de la disciplina externa que era la moda de aquel tiempo.

El hecho fué que la juventud conservadora de entonces obtuvo infinidad de adhesiones en aquellos años y pudo, entre otros resultados, neutralizar al nacismo criollo que recibiera golpe definitivo y mortal en 1938.

LA ELECCION DE 1937.

Los primeros años de la segunda administración del señor Alessandri constituyen indiscutiblemente su mejor título de gloria.

Fué notable el progreso que en esa época logró la República en el camino de su recuperación.

La oposición se hizo sólida, no obstante, en virtud de que el Partido Radical, que contribuyera tan eficazmente a su triunfo, dejara de acompañarlo en el gobierno.

Por otra parte, el comunismo soviético había dado su orden mundial de aparecer tranquilo, democrático y burgués, y la consigna de formar los Frentes Populares para incrementar sus campos de influencia empezó a ser cumplida en todos los países de libre vida institucional.

Muy pronto se comprobó en Chile el éxito de esta nueva estrategia porque los radicales se deslizaron en un ritmo

bastante rápido hacia la órbita de influencia comunista, temerosos de perder el necesario apoyo electoral y convencidos de la debilidad de su raigambre en el pueblo.

Socialistas y comunistas no disputaban entre sí con la violencia que después caracterizó sus relaciones y caminaban hacia el fortalecimiento de sus vínculos políticos con los radicales y hacia la consolidación de un bloque político cada día más sólido.

A la Falange pareció de inmediato que la forma indicada para debilitar la oposición y evitar al país el peligro que significaba la conquista del comunismo por las masas, consistía en proclamar la necesidad de una gran política de inspiración y de objetivos puramente nacionales y de aplicación valiente y sincera de los postulados de justicia social proclamados por el Partido Conservador.

Estimaba entonces suicida toda tentativa de dar al combate político el carácter de una disputa exacerbada que se viera dictada por el propósito esencial de defender ventajas y posiciones, sin discriminación entre las que eran y las que no eran provechosas y legítimas.

En estos términos, en opinión de la Falange, se presentaba la jornada electoral de Marzo de 1937.

"Los bandos en lucha no se fundan ya —decía entonces un orador falangista— en una distinta concepción de los varios y complejos problemas parciales que se suscitan en la labor gubernativa y de los diferentes remedios y soluciones que, en consecuencia, se propician o recomiendan para ser aplicados en todo caso dentro de las normas básicas que todos respetan y defienden. Hoy no son tan simples los términos de la contienda cívica. El debate se relaciona con los pilares mismos de toda conformación social en sus ordenes básicos, moral, político, social y económico. Se encuentran ahora en litigio los derechos esenciales de la persona humana que tantos siglos importó consagrar. . . ."

Había que defender el orden, pero no considerado éste como la tranquilidad exterior, sino como el imperio de la jus-

ticia, que en gran parte tenía que ser propiamente implantado, dados los defectos indiscutibles del régimen vigente, para lograr un Chile mejor en un Estado nacional, jerárquico, corporativo, descentralizado y cristiano.

"La juventud conservadora, íntimamente empapada de este ánimo de renovación integral, pertenece a la derecha porque... es previa a toda reforma el mantenimiento del orden social.... La derecha no quiere, no puede querer la conservación íntegra de la actual conformación social. La derecha no puede olvidar que existen profundos, importantes, gravísimos problemas por resolver y que una porción inmensa de nuestros conciudadanos está lejos de disfrutar del bienestar temporal a que tienen derecho".

En esos llamados pre-eleccionarios se señalaba con sus nombres a quienes encarnaban los ideales que ella perseguía: "Por primera vez la Juventud Conservadora, organizada en poderoso movimiento nacional, solicita los sufragios de nuestros conciudadanos y estará segura de que contará con el apoyo entusiasta y decidido del electorado. Eduardo Frei en Iquique, Manuel José Irarrázabal en Illapel, Fernando Durán en Valparaíso, Manuel Garretón en esta capital, son los representantes más genuinos de este movimiento de juventud. Ellos llegarán al triunfo, y desde el Congreso podrán realizar los ideales que los inspiran, y que no contarán sólo con sus votos, sino además con muchos otros parlamentarios que simpatizan ampliamente con ellos, y entre los cuales se cuentan por ejemplo, Julio Pereira, Enrique Cañas, Ricardo Boizard, etc."

Los partidos de derecha alcanzaron mayoría en las Cámaras.

CRUZ COKE Y LEIGHTON.

El Presidente de la República designó Ministro de Salubridad al Dr. Eduardo Cruz Coke y Ministro del Trabajo a Bernardo Leighton, y ambos encarnaban la posibilidad de

gobernar en el estilo que la Juventud Conservadora propiciaba. Era también conservador el Ministro de Relaciones Exteriores Sr. Ramón Gutiérrez Alliende, de bien conocida inclinación individualista.

Si se daba importancia a los diez o quince años que lo separaban de la edad media de los dirigentes falangistas, no pertenecía precisamente el Dr. Cruz Coke a la misma generación, pero los jóvenes se miraban en él, porque había luchado en los combates universitarios con idéntico espíritu de conquista cristiana, coincidían sus preferencias intelectuales, siempre cuidaba de estrechar vínculos de amistad, y por sobre todo, manifestaba en su acción iguales inquietudes por el bien colectivo y un mismo grado de sensibilidad social, de vibración espontánea ante la tragedia de las multitudes sufrientes y desvalidas, que le llevaba a buscar afanoso e inquieto, como ellos, las soluciones eficaces y prontas.

El país entero comprendió la eminente gestión del Ministro de la Medicina Preventiva y ningún sector celebró ni apoyó con más calurosa simpatía su obra y sus triunfos que la organización juvenil de su partido. Las páginas de su periódico dieron eco permanente y cordial a su palabra y a sus determinaciones y sus parlamentarios consagraron los mejores esfuerzos a hacer realidad legal las hábiles medidas propuestas por él.

Bernardo Leighton, el Ministro del Trabajo, era en sí representante auténtico de la nueva generación y su desempeño correspondió con amplitud a las expectativas que en él cifraba la juventud.

Aceptó el cargo convencido de que la intranquilidad social no deriva tanto de la falta de preceptos, en un país que se honra de disponer de la más copiosa y avanzada legislación del trabajo, como de su defectuosa aplicación, hecha en ánimo de mutua desconfianza, incomprensión y resistencia. El Ministro se propuso dejar actuar los mecanismos existentes en un espíritu opuesto, de colaboración y

de armonía. La justicia debe ser defendida y buscada con serenidad y limpieza, sin prejuicios ni ocultas intenciones. En innumerables casos el contacto directo de las partes contendientes, ajeno a intervenciones extrañas e interesadas, y el conocimiento objetivo de las circunstancias exactas de los hechos, conducen por sí solas a la solución de los conflictos. Por eso el Ministro fué enérgico para impedir la interferencia de los factores inclinados a prolongar el diferendo, como son los políticos que pretenden explotar sus consecuencias, y para lograr que las autoridades llamadas a resolver estos problemas sientan el respeto y la confianza de los varios elementos en juego. Y, en fin, cuando la dificultad de los asuntos, el ofuscamiento del debate u otras causas, impiden el arreglo directo, nunca falta la posibilidad de designar a un tercero que, con las necesarias garantías de seriedad y competencia, arbitre una solución sabia y ecuánime.

Impuso en el rodaje administrativo el ritmo ágil y expedito de su temperamento: el desprecio al hábito burocrático de la tramitación y el papeleo; la inclinación al contacto personal y directo; el gusto de oír los fundamentos de las posiciones contradictorias de la boca misma de los auténticos voceros de las diversas posiciones en juego; la serena energía para perseguir la malversación funcionaria, como en la investigación de denuncia sobre irregularidades en los fondos de la habitación barata; la acuciosidad en la defensa del patrimonio nacional, hasta el extremo de fiscalizar la compra de automóvil de su propio subsecretario; la enérgica reorganización del Comisariato; el decidido propósito de obtener del Departamento de Extensión Cultural el servicio efectivo de las superiores necesidades intelectuales y morales de los asalariados.

Con tales conceptos enfrentó Bernardo Leighton los conflictos suscitados durante su gestión ministerial.

Las huelgas magallánicas, que surgieron primero respecto de los gremios de tripulantes de las naves y de los obreros de los frigoríficos después, permitieron al gobierno desem-

peñarse con energía, a pesar de la distancia y de afectar poderosos capitales tradicionalmente soberanos en esa zona. Es la primera vez que se palpa aquí la autoridad de Santiago—dijo entonces un diario de la región.

Todos los actos del Ministro fueron apoyados lealmente por el Sr. Alessandri y por sus colegas de gabinete, y ninguna discrepancia con el Partido Conservador ni menos con su movimiento juvenil coartó la libertad de sus determinaciones.

Leighton ingresó con la idea de que sobre tales bases estaría en situación de observar con claridad las ventajas y los defectos de las normas en vigor y de trazar en seguida, en una segunda etapa de su labor, las reformas que el fruto de su propia experiencia le iba a indicar como aconsejables.

Así, por ejemplo, cuando dejó sus funciones abrigaba el deseo de implantar un sistema práctico de vacaciones pagadas para los obreros y de modificar las leyes de la habitación a fin de que contribuyeran en forma apreciable a la satisfacción de esa esencial necesidad.

En tal planteamiento lucía una honradez y una sinceridad extrañas en nuestro medio y sorprendentes en un político de 27 años.

Nada le hubiera resultado más sencillo a Bernardo Leighton que pedir desde el principio modificaciones extensas y profundas a las leyes vigentes en materias que habían sido el tema central de las meditaciones de su propio pasado universitario y de la especial competencia de sus amigos. Rechazó, no obstante, todas las insinuaciones que lo inclinaban a hacer brillar sus conocimientos acerca de la cuestión social, tal como de Presidente de la Juventud desechara los cargos parlamentarios que se le ofrecían repetidos y espontáneos de un extremo a otro del país.

En unos cuanto meses el Ministro del Trabajo ha hecho más que sus antecesores durante muchos años, decía uno de los muchos comentarios favorables a su gestión que apa-

recía en publicaciones de las tendencias más opuestas y que concordaban en calificarla como de extraordinario provecho y brillo, en términos de profunda admiración ante su capacidad y su juventud.

EL PANORAMA MUNDIAL.

Es algo ciertamente paradojal pero característico de nuestro siglo contemplar a un mundo dividido por odios y pasiones tan violentas, que lo llevan a destruirse en permanente guerra, declarada o encubierta, y a un mismo tiempo tan íntimamente vinculado, que las ideas, los problemas y los hechos que predominan, se presentan u ocurren en un lugar del globo tienen repercusión, a veces instantánea, en las regiones más distantes. La facilidad de las comunicaciones, que llevan de un punto a otro con celeridad otrora inconcebible palabras, personas y cosas, va convirtiendo a la humanidad en una sola familia que convive en efectiva comunidad, creencias, servicios, dolores y esperanzas.

Tal vez ningún país vibre más al unísono del suceder mundial que el nuestro. Nación joven e inquieta, en continua ansia de superación y de justicia, se muestra siempre abierta al exterior, dispuesta a acoger ideas, instituciones, progresos y hábitos que prevalecen en los pueblos que admira y a dejar a un lado lo que ellos desprecian.

La referencia superficial a los acontecimientos nacionales que son motivo de estas páginas, tiene que completarse también con una breve alusión al panorama internacional, que había variado apreciablemente del que se presentara en 1931.

En aquella época los hombres se ilusionaban con el fascismo que pretendía ser el remedio apto para elevar el nivel de las masas y para inmunizarlas del veneno comunista.

En 1936 se precisaban ya los términos de la tragedia de que el universo sería pronto escenario. Tal como podía temerse

de sistemas totalitarios, el fugaz progreso material de los países que los experimentaran se compraba al precio de los sueños de ambición y de gloria que necesitan despertar los dictadores en sus súbditos para mantener la adhesión y que se traducen siempre, más tarde o más temprano, en cruentas realidades bélicas.

La opinión pública de los países occidentales democráticos creyó a sus estadistas y se convenció de que la de 1914 sería la última de las guerras y de que los instrumentos de paz y en especial la Liga de las Naciones tendrían eficacia para evitar al mundo un nuevo desastre en el cual no podría subsistir la civilización occidental.

La incapacidad de la Liga, la agresividad del eje totalitario y los peligros del desarme, eran ya manifiestos en 1936.

Las naciones democráticas buscaban el apaciguamiento mientras iniciaban sus programas de rearme.

Rusia, temerosa por su lado de ser la primera víctima, pidió ayuda al partido comunista mundial a fin de que le consiguiera el tiempo necesario para afrontar en mejores condiciones la ruptura eventual de la paz.

Es así cómo los conocidos propósitos subversivos y revolucionarios se negaron de un día a otro por los fieles soviéticos esparcidos en todas las naciones y, en ciega obediencia a la nueva consigna de tranquilizar a los burgueses, comenzaron en todas partes a rendir loas al sistema legal y a buscar la amistad de todos los elementos que perseguían reformas sociales, aún de aquellos movidos por nobles y sanos impulsos de redención proletaria. De este modo se organizaron en varios países combinaciones partidistas que, con un mismo nombre que expresaba su origen común, según el propósito ruso tendían al control del poder, tanto para atajar los avances del fascismo como para preparar el predominio posterior de los simpatizantes soviéticos.

Los primeros grandes resultados favorables de la nueva orientación lo constituyen en 1936 las victorias del Frente Popular en España y Francia, obtenidas con dos meses de intervalo.

Es útil conocer, por la razón indicada, en qué situación recibieron los católicos franceses el nuevo régimen de gobierno.

La influencia de todo lo francés en Chile era notable antes de 1939 y lo era muy en especial en el pensamiento católico. Los dirigentes juveniles, y principalmente Manuel Garretón, que era un admirador apasionado hasta la exageración, vivían con los ojos puestos en el acontecer europeo, y buscaban allí las lecciones que trataban de seguir en sus propios pasos dentro de la política nacional.

Ahora bien, se puede decir que en la Tercera República el catolicismo estuvo ausente de la vida cívica. Sus conductores, profundamente leales a la monarquía y en continua crítica a los principios anticristianos de la revolución de 1789, recibieron el advenimiento del sistema republicano como a una catástrofe a la que era imposible resignarse y cuyo término cabía lograr a toda costa.

En tal predicamento, las figuras cumbres del campo católico, en el pensamiento y en la acción, monarquistas ardientes, se mantenían al margen de las instituciones republicanas y, lo que es peor, trataban, en ocasiones abiertamente, de destruirlas. No era raro así que la democracia parlamentaria establecida en 1875 sin los católicos y contra ellos, actuara decidida e injustamente en contra de la Iglesia, de su libertad, de sus congregaciones, de sus bienes.

Inútilmente pasaban los años y el nuevo gobierno se adentraba en el corazón de la inmensa mayoría de los ciudadanos; en balde los intereses religiosos sufrían persecuciones y daños; vanamente Roma repetía que la misión evangélica se realiza en toda estructura humana y acepta cualquiera

forma de gobierno que cumpla las exigencias racionales y permita el ejercicio de la tarea apostólica. La causa de las conveniencias permanentes de la Iglesia seguía, no obstante, perjudicada en Francia por la testarudez invencible y la ofuscación paralogizada de los valiosos elementos que soñaban en la restauración monárquica y trataban a los funcionarios republicanos como al mismo diablo.

Las directivas excepcionalmente enérgicas de S. S. León XIII mucho hicieron para doblegar ese trágico encaprichamiento, hasta que la guerra de 1914-1918, en que prelados y seglares emularon en heroísmo a sus compatriotas para sostener la integridad del suelo y del honor galos, vino a operar en el hecho la reconciliación tan largamente deseada por el Vaticano.

A pesar de todo, entre las dos guerras mundiales, la Acción Francesa, tan hábilmente conducida por Charles Maurras y León Daudet, a pesar de la condenación que mereciera del Papa, logró mantener irreductible en su lealtad monárquica a escasos aunque valiosos elementos, pero ya la gran mayoría de los católicos se incorporó de lleno, con lealtad y entusiasmo, a la vida republicana, sin lograr constituir no obstante un fuerte partido político propio, lo que ha venido a ocurrir en la Cuarta República.

Una posición diametralmente opuesta a la monarquista fué adquiriendo paulatina consistencia dentro del catolicismo francés. Según ella, las consecuencias políticas de los postulados de libertad, igualdad y fraternidad eran definitivas y, en su raíz auténticamente evangélica, envolvían porciones de verdad y de justicia que debían respetarse y dar base a la perfección cristiana y temporal a que todos los hombres están llamados. Pero consideraban necesario completar el camino de elevación de las masas por medio de fórmulas que propendieran a extender cuánto antes a todos los hombres los beneficios materiales, intelectuales y morales de la civilización, los cuales no deben ser patrimonio exclusivo de una minoría de privilegiados, por lo menos en sus aspectos elementales y pri-

marios. Pocas naciones como Francia produjeron tal floración de personalidades, grupos, periódicos, obras y organizaciones empapadas en valientes, sinceras, hábiles y audaces propósitos de radicales reformas sociales, grandemente resistidas, por supuesto, desde los círculos conservadores y aún paternalistas.

Con estos antecedentes, nadie debió sorprenderse de que la instauración del Frente Popular pusiera de relieve una notable resurrección del catolicismo francés. Al fin y al cabo, la república se mostraba hasta entonces con fuerte sentido radical y masónico. Las fuerzas, bastante heterogéneas que tomaron el control del poder, comprendían también a hombres y partidos que, repudiando al comunismo, consideraban de mayor inminencia el peligro teutón, y a muchos sanamente empujados por ansias de mejoramiento y de renovación colectivos.

Pues bien, dentro de tan amorfo conglomerado, algunos por sinceridad y otros por táctica, al catolicismo dieron pruebas de respeto y de estimación, que, por otro lado, eran lógicas y merecidas. Abrigaba en su seno a pensadores notables por la penetrante comprensión de las angustias populares; prelados que con sus palabras y sus hechos habían sostenido las legítimas reivindicaciones proletarias; parlamentarios que con notable clarividencia se adelantaron a proponer concretas y justicieras soluciones. Quienes fueran motejados antes de subversivos y visionarios eran ahora los perspicaces y los prudentes. Los sinsabores y las incomprensiones pasadas se convertían en la tranquilidad de espíritu y en la satisfacción de conciencia del presente. Ninguna de las modificaciones que el nuevo régimen propiciaba, en cuanto eran razonables, dejaba de contar algún precursor en el ala progresista del catolicismo francés.

Lo anterior explica el hecho, que antes hubiera parecido increíble, de que el Frente Popular se convirtiera en el gobierno que mayor respeto y simpatía demostrara a la Iglesia Católica en muchos decenios de la vida de Francia.

Tal suceso alteró sustancialmente la tendencia predominante en el catolicismo de ese país. Con excepciones señaladas pero valiosas, puede decirse que antes el grueso de los católicos había estimado sólidamente unidos los intereses de su religión al mantenimiento y avance de la derecha política y temían el predominio izquierdista como lo peor que era concebible. Las mejores plumas del lado católico insistían ahora cada vez con más vigor, en libros y revistas calurosamente acogidos, en que, junto a los méritos indiscutibles de la derecha, convivían en su seno elementos despreciables y ocultaba graves taras de degeneración, materialismo e incredulidad, y que, por el otro lado, no era todo exageración, vicio y error en el campo izquierdista, que comprendía personalidades y grupos bien inspirados, formulaba críticas sólidas al orden imperante y exigía innovaciones aceptables y urgentes. El éxito comunista debía atribuirse en parte esencial a que encontraba el terreno abonado de la miseria y sobre todo de la injusticia menos soportable aún cuando se ha arrancado la fe o ésta se ha perdido al comprobar la inconsecuencia, entre las palabras y los actos, de los explotadores que invocan el nombre cristiano.

El caso francés se prestaba, pues, para comprender la sabiduría con que la Iglesia llama a sus hijos a no confundir sus altos fines sobrenaturales con los puntos de vista que ellos prefieren para sostener sus propias aún legítimas posiciones y ventajas, que tantas veces son distintas de las que permiten a la institución plurisecular y divina llenar su tarea trascendente.

LA REVOLUCION ESPAÑOLA.

Al otro lado de los Pirineos estallaba, entre tanto, el 18 de Julio de 1936, la revolución franquista y este suceso iba a alcanzar grave resonancia en todos los frentes.

Durante la monarquía, la Iglesia Católica en España había disfrutado tradicionalmente de la protección estatal en el

sistema de patronato, que daba influencia al rey en la designación de los obispos y en otros asuntos eclesiásticos. Dentro de la debilidad humana, algunos prelados y sacerdotes, aprovechando su situación de privilegio y de favor, seducidos por las holguras y satisfacciones mundanas, aparecían ante el pueblo disfrutando de una existencia placentera y sibarita y como unidos a las explotaciones y a los abusos de la prepotencia señorial y capitalista.

La República se instaló a la caída del rey en 1931 dentro de bases francamente adversas a la Iglesia, que están reflejadas en el texto constitucional que se dictara. Más desgraciada resultó la evolución posterior de los acontecimientos porque fueron siendo desplazados los elementos de responsabilidad y moderación en beneficio de sectores políticos cada vez más lejanos del cristianismo y a la inversa más próximos a la inspiración soviética.

Por otro lado, en el campo católico y opositor se producía un deslizamiento simultáneo que iba a transformar la lucha política española en un juego de influencias internacional, primero pacífico y después bélico, entre los dos extremos en que el mundo caminaba a despedazarse. En efecto, fracasada la derecha democrática que Gil Robles tratara de organizar, surgía un movimiento ultra conservador y anti republicano conducido por jóvenes intelectuales que, aún cuando no suscribían el ideario fascista, demostraban a su respecto fuerte inclinación y simpatía.

En un comienzo la Falange Española se presentaba a los observadores chilenos como una reacción muy natural ante los desaciertos, debilidades, anarquía y hasta crímenes republicanos, puramente impregnada de la filosofía católica, y libre del todo de influencia totalitaria.

Así la creyeron nuestros dirigentes juveniles que se entusiasmaron en grado tal con sus líderes, con sus postulados, con sus métodos, que hasta el nombre del partido, la forma y estilo de la propaganda y sus aspiraciones programáticas fueron imitadas y admirados.

No olvidaré que algún tiempo después, con tal favorable disposición de ánimo, trabé conocimiento con dos jóvenes falangistas españoles que, acompañados de un sacerdote, recorrían América del Sur en rápida gira de propaganda. A las pocas horas de conversación, los interlocutores chilenos, íntimamente desconcertados, comprendíamos el alcance de nuestra equivocación. El sistema político que ellos propugnaban resultaba incompatible no sólo con los vicios de la versión liberal de la democracia, en cuya crítica concordábamos, sino que, del mismo modo, con las bases esenciales de todo sistema democrático, es decir, de todo régimen que dé esencial cabida a la expresión libre de las opiniones y a la intervención efectiva de los ciudadanos en la marcha de los asuntos del Estado.

Pero como con la bandera de ese nombre adquirió la Falange Nacional sus contornos y su personalidad política, la hubo de seguir usando no obstante los tropiezos que más allá de las fronteras su designación habría de acarrearle.

Cuando el ejército peninsular se sublevó en contra de la República, la lucha bélica se hizo inatajable y se prolongó con el carácter de escaramuza en que las partes contendientes, que después se trabaran en feroz guerra mundial, midieron allí la potencia mortífera de sus armamentos, ensayaron métodos y técnicas bélicas, pusieron a prueba la resistencia de hombres y materiales y, principalmente, controlaron el alcance de su respectiva penetración ideológica.

Lo cierto fué que en la guerra civil española los leales recibieron la ayuda rusa y los rebeldes la del eje Roma-Berlín.

EL ATRACTIVO DE MARITAIN.

Dentro de la generación juvenil católica a que aluden estas páginas, las obras del filósofo Jacques Maritain recibieron siempre cálida acogida y su influencia fué más perceptible en los años 1936 a 1938.

Desde hace treinta años el notable pensador francés viene

recibiendo estímulos explícitos de los voceros más autorizados del catolicismo y resulta moralmente difícil concebir que una tarea tan profundamente injertada de sabiduría cristiana y de amor a la Iglesia vaya a estimarse algún día viciada de errores trascendentales. Aún dentro de la amplia libertad que las autoridades eclesiásticas dejan a los fieles para opinar en todas las cuestiones discutibles y de la lentitud con que pronuncian sus juicios condenatorios, resulta extraño creer que, en tan largo tiempo, si hubieran encontrado apreciables errores, no pusieran en guardia a los católicos y no procuraran alejar al eminente escritor de los cargos de gran responsabilidad que, con beneplácito hasta del mismo Sumo Pontífice y aun próximo, a Su Santidad, ha desempeñado.

Mientras tanto, los ataques a Maritain han procedido únicamente de clérigos y seglares apasionados por la política o que, en el mejor de los casos, ejercitan la misma libertad que el filósofo para exponer sus pareceres divergentes en problemas complejos y lejanos de aquellos en los cuales han recaído definiciones dogmáticas.

Lo cierto es que la producción intelectual de Maritain ejerce sobre sus lectores poderoso atractivo. Superada la primera dificultad que opone el lenguaje debido al preciso y exacto empleo de los vocablos de la técnica filosófica, quien lo goza se incorpora muy pronto al fondo de su manera de ver las cosas y siente, por una parte, la fidelidad con que analiza situaciones y resuelve dudas que parecen describir las propias que se han conocido y vivido, y admira, por otra parte, la consistencia, la solidez, la hondura de una verdad que no puede ser otra que la más pura, la más completa y la más santa de las que ha abrigado la mente del hombre, aquella que deriva de la luz racional certeramente guiada por la gracia divina.

Trata de ser Maritain seguidor auténtico de Santo Tomás, cuya doctrina es también la preferida oficialmente por la Iglesia y que se distingue de la de San Agustín, llena de sabor platoniano.

En Agustín la revelación pareciera dejar de tal modo anonadada a la inteligencia humana que ésta resultaría ser ayuda poco apreciable, mientras que Santo Tomás insiste en explicar que lo sobrenatural no anula, ni destruye ni menos debilita lo natural sino que lo purifica, lo fortalece, lo conduce, lo eleva hacia sublimes perfeccionamientos y, en consecuencia, la razón y la sabiduría que en ella se funda, deben prestar valioso auxilio en la solución de todos los problemas de la humanidad, incluso en el basamento de las propias creencias religiosas.

Es imposible resumir brevemente el contenido y la profundidad de la contribución maritainiana, que ha abarcado multitud de aspectos sobre las materias más disímiles en una profusión notable y fecunda de creaciones de variada índole.

Pero es un rasgo general el de continuar la tarea aquinatense con reverente fidelidad a su sentido esencial pero, a un mismo tiempo, con la más amplia prescindencia de su contenido contingente, en la convicción de que, si viviera el genio del siglo XIII, adaptaría sus escritos a las nuevas circunstancias accidentales, revisaría sus opiniones a la luz de los progresos alcanzados y se pronunciaría sobre multitud de cuestiones que en su época no se presentaban o sobre las cuales su pluma no alcanzó a expresarse.

Es, por lo tanto, a los hombres de este siglo que se inspiran en dicha filosofía perenne a quienes compete hacerla presente y viva en todos los órdenes de la existencia de hoy y trabajar ahora, sobre el cimiento pétreo de una razón esclarecida por la gracia, para construir una nueva cristiandad.

Para Maritain este concepto no es unívoco, es decir, no puede estimarse que en concreto va a ver la historia una sola realización perfecta de sociedad empapada de cristianismo, sino que es análogo y, según esto, habrá a lo largo del suceder humano tantas cristiandades como sean las

versiones que los fieles logren dar en lo temporal de una ciudad inspirada en el Evangelio.

En este sentido, la cristiandad nueva imitará de la que conoció la Edad Media, calurosamente admirada por Maritain, todo aquello que provenga de lo íntimo de su raíz evangélica, pero no las formas pasajeras que sean inadaptables o constituyan retrocesos o imperfecciones que puedan ser superadas.

La Edad Media tuvo la dicha de la unidad de fe y a recuperarla deben encaminarse los esfuerzos de los católicos de este siglo.

Pero en aquella época se conoció una confusión entre el orden temporal y el sobrenatural que, en una situación de hecho hoy diversa, no cabe repetir.

El brazo secular no sólo respetaba la libertad de la Iglesia en el cumplimiento de su misión propia. Resultaba más bien trabándola, en cuanto usaba el poder coactivo para mantener la unidad de creencia, que importaba al mismo tiempo entonces una tarea esencial del Estado, mientras el cristianismo vino a traer una religión de amor y de colaboración espontánea de la libertad de cada hombre a la redención cumplida para todos en el Calvario, pero que cada cual debe aprovechar mediante la decisión de su voluntad propia.

Dicha concepción cristiano-sacra de la ciudad medioeval será sustituída en estos tiempos por otra que calce con las cambiadas circunstancias en que hoy se mueve la humanidad.

Destruído por el Renacimiento, la Reforma y todo el proceso modernista, el maravilloso vínculo con que una misma filosofía y una misma fe estrechaba hombres y pueblos, el mundo de hoy se deshace en graves divisiones de pensamiento y de creencias, y en tales desfavorables condiciones ambientales están divinamente llamados los hombres que viven la tragedia de ser consecuentes con el ideal evangélico, a ensayar de construir una nueva cristiandad.

Ella va a tener características diversas si quiere caminar sabiamente a sus mismos objetivos de conquista.

La tarea de la ciudad temporal es distinta, aunque no separada ni opuesta a la que debe llenar la Iglesia. La misión de ésta es preparar a los hombres a la felicidad perdurable. El papel de la sociedad civil es proporcionarles los medios de perfeccionamiento terreno, el bienestar durante el tránsito mundano. Es claro que de lo anterior fluye la necesidad de que, por una parte, la ciudad temporal sea construída en términos que no impidan sino que conduzcan al hombre a su fin ultraterreno, y que permitan a la Iglesia la satisfacción de su objetivo específico y de que, por otra, la autoridad religiosa cuente con los medios de hacer respetar sus derechos y de indicar al Estado las circunstancias que coartan la perfección sobrenatural de los súbditos comunes.

Pero, así todo, los campos continúan distintos. Los hombres todos quedan perfectamente libres para escoger entre los diversos caminos que consideren adecuados para el desarrollo de sus facultades y logro de su felicidad, y los mismos cristianos, dentro de igual adhesión a la comunidad de fe y de filial obediencia sobrenatural, permanecen sin trabas en la preferencia que quieran dar a ésta o a aquélla creación temporal.

Dentro de tal marco deberá plantearse en esta época el combate hacia la obtención de los medios de libertad e independencia que la Iglesia requiere para su acción y hacia la expresión de una nueva cristiandad que lleve a los hombres todos a conquistar su bienestar mundanal sin detrimento y en preparación de su fin trascendente.

En tal forma, resulta contraproducente que, en la hipótesis de la realidad transitoria de este siglo, los católicos se dediquen a propugnar en el orden temporal un régimen político que consagre la exclusividad religiosa, que le corresponde al catolicismo como única y verdadera fe, y dé a la Iglesia los medios instrumentales que la coloquen en

una situación de favor e impidan a la fuerza como otrora la adhesión de los ciudadanos a otras creencias. Tal pretensión concitaría de inmediato tamañas resistencias que aunarían, perjudicialmente para el objeto perseguido, los esfuerzos de todos los enemigos de la roca vaticana.

La necesidad de aconsejar tal temperamento por las circunstancias contingentes, en nada destruye, a nuestro juicio, el valor permanente de la tesis cristiana, sino que busca el mejor medio para volverla a aplicar, cuando Dios permita que la fe viva en su verdadera Iglesia sea de nuevo el fuerte vínculo que una a hombres y pueblos, y se forme entonces una ciudad verdaderamente católica en que el campo de lo sobrenatural y de lo terreno estén mejor delineados que en la Edad Media. En aquéllos siglos, la Iglesia tuvo que sufrir las demasías de los poderes temporales que pretendían supeditarla y soportar que, en la conservación de la paz política de las naciones cristianas, se usara la coacción, para imponer adhesiones religiosas que eran exigidas a un mismo tiempo como imperativo de la unidad temporal.

La distinta fisonomía de una próxima cristiandad, ojalá más perfecta que la del medioevo, aparece tanto más natural y lógica cuanto que en aquella época la Iglesia Católica era, junto al máximo poder espiritual, un reino temporal, a causa de los Estados Pontificios, y ese hecho la obligaba a desarrollar una política que debía inspirarse en la conveniencia de las regiones y de los hombres hacia cuya felicidad terrena estaba en el caso de propender. Desde hace veinte años la jurisdicción temporal del Papado es puramente simbólica y destinada a asegurarle los medios humanos mínimos e indispensables para el cumplimiento de su misión sobrenatural y religiosa, y la desaparición del poder temporal ha de producir las consiguientes alteraciones en el concepto de una ciudad terrena inspirada en los principios cristianos. La vinculación estrecha entre el trono y el altar, por la que soñaba el Sacro Romano Imperio, resulta así un ideal ana-

crónico y contradictorio con la evolución cumplida a través de los siglos para distinguir el orden de la naturaleza y el de la gracia.

Dentro de tal hipótesis es, pues, necesario vivir en el régimen de tolerancia que respecto de nuestro país la Santa Sede aceptó al dictarse la Constitución de 1925.

En ese marco es cierto que la Iglesia no recibe muchas ayudas a que tiene derecho, pero, a la inversa, permite tal sistema la ventaja de que ella no sufre tampoco de las contingencias de la vida política ni se ve vinculada a las mutaciones que le son inseparables, y, además, en un combate verdaderamente libre, está en privilegiadas condiciones de triunfar por la superior ayuda divina y la inconmovible dureza de su filosofía.

Sus grandes armas son no los medios humanos que el poder le facilite sino los pobres a la luz perecedera, pero espiritualmente fecundos y eficaces medios que le crea la gracia de que es depositaria y distribuidora.

Lo importante para el éxito de su misión espiritual es que no se la trate de encuadrar en los marcos de estructuras exclusivamente contingentes, como son las que los partidos por su naturaleza deben propiciar o sostener, y de allí que, guardada la imperiosa unión y caridad en lo religioso, no sólo no es perjudicial sino que a la inversa aconsejable que los católicos no formen un solo partido confesional y den sentido cristiano a diversos conglomerados.

"Un partido político católico, ordenado de sí y directamente a lo temporal (en tanto que es partido *político*) y especificado por la religión (en tanto que es partido *católico*), dice Maritain (Du régime temporel et de la liberté, pág. 174), arriesga al mismo tiempo comprometer el bien del catolicismo y de las almas en los negocios del mundo, temporalizar, particularizar y envilecer lo espiritual, hacer confundir la religión con el comportamiento y la política de un partido; y traicionar por otra parte en ciertos mo-

mentos el bien temporal que tiene por objeto servir, dudando comprometer un nombre demasiado difícil de llevar en iniciativas y empresas de orden puramente terrestre, que a veces y en su misma temeridad, son exigidas por la salud terrestre de nuestros bienes terrestres".

Tales apreciaciones coincidían por otra parte con las mencionadas instrucciones del Emmo. Cardenal Pacelli a los obispos chilenos y con otros testimonios de gran autoridad como por ejemplo, la obra de Lallement "Principios católicos de Acción Cívica", aprobada por la Asamblea de Cardenales y Arzobispos de Francia, y en la cual el autor pregunta si convendría que todos los católicos de un país, como tales, constituyeran un partido político, y contesta en los siguientes términos:

"No deben hacerlo. El catolicismo da luces superiores del más alto valor, para la organización económica y política. Forma las conciencias, cultiva las virtudes necesarias a la vida pública y a la vida individual. Pero deja a los hombres el cuidado, la noble tarea de encontrar las aplicaciones, las determinaciones en medio de las circunstancias contingentes. Y allí, en estas determinaciones en que intervienen apreciaciones de hechos y elecciones técnicas, nadie podría ser infalible. Si es cierto que todos deberían inspirarse en el catolicismo, nadie a la inversa debe proclamarse como su representante de una manera exclusiva. Un *"partido católico"* causaría el doble daño de parecer colocar en lugar secundario a los católicos sinceros que no compartieran sus opiniones políticas, y comprometer al catolicismo a los ojos de todos los otros ciudadanos en actitudes contingentes, tal vez deficientes del partido".

La actuación de los católicos en el campo de la política debe, por lo tanto, efectuarse bajo la propia responsabilidad de ellos mismos, de manera que sus errores y sus fracasos no repercutan en los objetivos superiores y permanentes de la misión apostólica.

Pero, sí esa lucha cívica pretende ser realmente cristiana y busca edificar una ciudad temporal que se conforme con los dictados evangélicos, tiene que cimentarse por una parte en los derechos de la persona humana y por otra en una concepción cabal del bien común.

El hombre es a un tiempo mismo *individuo,* que de suyo integra sociedades sin las cuales es incapaz de cumplir su destino terreno y a las que debe sacrificar sus propias inclinaciones y conveniencias, y *persona,* llamada a lograr un fin trascendente que le es exclusivo y al cual toda sociedad en que se mueve debe conducirlo y en ningún caso separarlo o alejarlo. Este doble carácter de la criatura racional marca maravillosamente el grado y naturaleza de los deberes y derechos recíprocos que entrelazan la colectividad y el hombre.

Sobre tales bases de humanismo integral la organización social pierde esa tendencia individualista, que exagera los derechos del ciudadano aislado y abstracto, tan distinto del ser sociable que existe en la naturaleza, y la ciudad se cimenta en el bien común, que es distinto, en lo temporal, de la ventaja y del interés que mira o aprovecha a determinado componente social, y que, a la inversa, frecuentemente le es contrario. El hombre debe sacrificarlo todo en la búsqueda de la felicidad colectiva, incluso su vida, salvo su conciencia y su fin sobrenatural.

La sociedad cristiana será así comunitaria en cuanto estará centrada en esta concepción predominante del bien común y de la naturaleza inseparablemente social de los hombres y, dentro de ella, en la trabazón jerárquica de colectividades superpuestas en que actúa el hombre según las funciones de división del trabajo, la economía corporativa logrará superar la separación del capital y del trabajo, dando a éste y a la necesidad del hombre el papel predominante que ahora corresponde al lucro y a los factores deshumanizados de la producción.

SUS OPINIONES POLÍTICAS.

Se ha exagerado la influencia de Maritain en el pensamiento de aquellos a quienes se llama sus imitadores y discípulos.

Sin negar el mérito de la contribución personal del escritor ni la penetración intelectual y la profundidad y extensión de su saber, puede sostenerse, dentro de su propio concepto acerca de su obra, que, en lo esencial, es un simple renovador de la filosofía tomista, y que no ha realizado un esfuerzo aislado y original, sino que forma parte del gran movimiento surgido por el impulso oficial de la Iglesia que, en este siglo y por recomendación de los Soberanos Pontífices, ha tratado de poner al día la sólida doctrina del eminente doctor y de examinar a su brillante luz los problemas y las realidades de nuestro tiempo, con el fin de proyectar su claridad en todas las oscuridades y complejidades del mundo de hoy. En tan magnífica tarea ha descollado una serie de mentalidades privilegiadas en todos los países y el futuro podrá apreciar si algunas de ellas aún con más alto vuelo que el propio Maritain.

Es perfectamente concebible, en consecuencia, que, aún prescindiendo de la intervención del discutido filósofo, el sector del catolicismo que simpatiza con su punto de vista, lo defienda ardientemente en su aspecto de mayor importancia.

Los ataques en sí no constituyen prueba en contra de su verdad, tal como no lo fueron en contra de su santo inspirador medioeval, que los sufrió tal vez más tremendos desde el seno mismo de la Iglesia.

Y es también absurdo atribuirle a Maritain la existencia de dos corrientes en el catolicismo, una inclinada a la conformidad y otra a la modificación del orden existente, porque tales tendencias se han observado siempre y, propias de la libertad humana, son útiles dentro de ciertos límites. En un estudio de V. Honnay S. J., que mereció la

aprobación del Cardenal Mercier, "Les cercles sociaux de Doctrine Catholique", 2 ed. de 1926, se hace un análisis sereno y documentado sobre "los católicos de derecha y los católicos de izquierda" en Francia y las injustas y apasionadas apreciaciones que se han lanzado recíprocamente, cuando en verdad ambos grupos trataban de prestar a la causa católica con rectitud de intención los servicios que estimaban, desde sus respectivos enfoques, más eficaces para el triunfo de los ideales comunes.

Sin embargo las críticas han sido especialmente duras y constantes en contra de Maritain por la valentía con que éste, descendiendo de un terreno meramente especulativo, ha aplicado sus enseñanzas a lo concreto de la situaciones prácticas.

Es así, por ejemplo, que suscitó gran escándalo cuando en 1935 publicó en el periódico francés muy izquierdista pero sin filiación política "Vendredi", una "Carta sobre la Independencia", aceptando la petición que éste le hizo de que expresara con libertad en sus columnas su pensamiento. Sostiene allí la obligación del cristiano de llevar la verdad evangélica a todos los campos, sin dejarse encasillar dentro de las murallas que los hombres construyen en la lucha contingente.

Mayor resonancia todavía alcanzó el juicio de Maritain sobre la guerra civil española.

El R. P. Ignacio Menéndez Reigada O. P. publicó en Salamanca un estudio sobre "La guerra nacional española ante la moral y el derecho", en el cual sostuvo que ella era esencialmente santa y religiosa.

El libro tuvo respuesta de don Alfredo Mendizábal, cuyo prefacio escribió Maritain y fué parcialmente inserto en "La Nouvelle Revue Française". Sostuvo fundamentalmente el filósofo que, sin pronunciarse sobre la contienda, era evidente que se trataba de una materia que no había conveniencia de juzgar por los extranjeros; consideraba exagerado y erróneo calificarla de guerra santa, ya que se

debatían cuestiones contingentes y humanas; y, junto con criticar los excesos de ambos bandos, recomendaba que la actitud cristiana se dirigiera de preferencia a poner cuanto antes término a tanto horror.

Tal parecer del filósofo provocó las polémicas más violentas en el campo católico tanto en Francia como en muchos otros países. La naturaleza de la reacción dependió, como era de preverse, del grado de inclinación de cada grupo a la causa del caudillo franquista. Para quienes ningún grave reparo merecía la eficaz ayuda que éste admitía del eje totalitario, tan próximo a abalanzarse sobre el mundo, el sentir de Maritain no sólo resultaba discutible sino que lo colocaba fuera de la ortodoxia.

En Argentina, admiradores tan entusiastas como Monseñor Franceschi o don Julio Meinvielle, se transformaron por arte del prólogo aludido, en enemigos acérrimos, y tampoco faltaron por cierto en su apoyo defensores calurosos y decididos.

En Chile el eco llegó también poderoso, y largas páginas de las publicaciones periódicas registraron la discrepancia, manifestada con viveza y profundidad sobre todo en la polémica que sostuvieron el padre dominico don Luis C. Palma con Enrique Berstein.

EL PERIODO ORDINARIO DE 1937.

En tal clima ideológico e internacional iban a modificarse sustancialmente los vínculos al principio cordiales entre el Partido Conservador y su juventud organizada.

Mientras el criterio distinto que en muchos aspectos los separaba quedaba circunscrito al campo de aparente intrascendencia de la propaganda y de la difusión ideológica, en que se movió durante el año y medio siguiente a Octubre de 1935, las relaciones recíprocas se mantenían sin gran dificultad en un plano de tolerancia y de respeto mutuo. Ante los éxitos indiscutibles de la tarea proselitista a cargo

de los jóvenes, los jefes conservadores, satisfechos de la expansión de sus huestes, no atribuían gran importancia a los puntos de divergencia ni les asustaba la amplitud con que se ejercía la libertad de acción reconocida en los estatutos y que fuera la base de la incorporación del movimiento al hogar conservador.

Sin embargo, la diversidad de las apreciaciones se hizo tangible, recayó en hechos concretos y se encarnó en personeros responsables, desde el instante en que llegaron al parlamento diputados que, salidos de la generación juvenil o simpatizando ardientemente con ella, manifestaron propósitos legislativos recibidos con frialdad o repugnancia por sus colegas de partido o conceptos diferentes sobre métodos o tácticas de combate.

Los ataques de derecha e izquierda adquirían singular relieve y violencia. La izquierda nacional, imitando a la francesa, jugaba a la libertad y a la legalidad democráticas, a las cuales el comunismo rendía entonces fervoroso culto verbal; la derecha, preocupada de las vicisitudes de la revolución española, temía la violencia anti-capitalista, anticristiana y prosoviética de un frente popular que pudiera repetir aquí los excesos de Azaña y sus secuaces, y soñaba, por lo menos en algunos sectores, con una reacción semejante a la encarnada por el general Franco y, en último caso, en dichos círculos, prefería el triunfo nacista.

En tal definición cada día más aguzada del campo político interno, la posición del movimiento juvenil, que se conocía ya de preferencia con el nombre de Falange Nacional, adquiría por momentos un sentido propio que le daba personalidad y la distinguía, a veces sin proponérselo, del resto del Partido Conservador.

Formada en la convicción de lo que significa la normalidad jurídica, estaba dispuesta a guardar la serenidad necesaria para mantenerla a toda costa; nacida con el deseo de reconstruir la unidad nacional que hiciera grande al país en la época portaliana, no se resignaba a que una guerra

de facciones tendiera a destruirla; surgida de un ambiente de apostólicas inspiraciones, no comprendía que se creyera posible conquistar la opinión nacional suponiendo en el enemigo la mala intención, la falsedad y el odio; y principalmente, en sus ansias de justicia social, estimaba que todo lo que a ésta condujera era al mismo tiempo hacia la grandeza y la paz, y el medio propio y eficaz de neutralizar al comunismo en constante progreso entre las masas asalariadas y postergadas.

En la Cámara, la actividad incesante de los señores Garretón, Durán, Irarrázaval, Larraín, Boizard, Echenique y Bahamonde hacía realidad permanente una inspiración común dentro del marco descrito, y se tradujo en numerosas y brillantes intervenciones oratorias y en nutridos proyectos durante la legislatura ordinaria comenzada el 21 de Mayo de 1937, en que se iniciaron en sus tareas. Además de ser ellos los entusiastas instrumentos de la obra concebida por el Dr. Cruz Coke, a quien se consideraban integralmente vinculados, y junto a los planteamientos de orden general, descendieron al terreno de las soluciones prácticas en cuanto al establecimiento del salario mínimo, a la creación sobre cimientos sólidos de un Consejo de Economía Nacional, al desarrollo de la organización sindical por medio de la exoneración de los impuestos y contribuciones, y, en fin, en la imposibilidad de hacer una revisión agotadora, en cuanto a imponer la obligación de contabilidad agrícola y de afectar parte de las mayores utilidades que con ella se declararan al pago de un impuesto sobre la renta destinado exclusivamente a resolver el pavoroso problema del déficit de las habitaciones para el pueblo chileno.

Es evidente que algunas de la soluciones legislativas que dichos diputados sostenían chocaban con el juicio de sus colegas, y no era raro ver, en la discusión pormenorizada de los proyectos, que textos diferentes resultaban sostenidos calurosamente por parlamentarios del mismo partido. Tal ocurrió, verbi gracia, en el mencionado de la contabilidad

agrícola, sostenido por Manuel José Irarrázaval e impugnado por don Fernando Aldunate y otros.

Los representantes tradicionales del conservantismo en la Cámara sintieron a lo vivo el cambio operado entre los antiguos tiempos, cuando se hacía tarea sencilla imponer el dictado de los líderes a causa de la homogeneidad e indiferencia del equipo pelucón, y la nueva situación creada, en que se hizo algo indispensable la consulta a los miembros de un grupo que, muchas veces sin especial connivencia, tenía a menudo otra manera de ver las cosas, y a cuyos miembros resultaba necesario considerar y convencer si se quería lograr el respeto del criterio de la mayoría. El acuerdo definitivo no resultaba así, por lo demás, con frecuencia, el deseado por los extremos defensores de la posición contraria a la de los diputados juveniles, sino el mismo de éstos u otro de armonía, resultante del cambio de pareceres.

No obstante, la resistencia de la mayoría al sentir de sus colegas, era más bien oculta y sorda y no se traducía en graves hechos públicos sino en rasgos sutiles pero significativos.

LA CONVENCION JUVENIL DE OCTUBRE 1937.

Para los días 10, 11 y 12 de Octubre de 1937 fué convocada la Segunda Convención de la Juventud Conservadora.

Los lazos que la unían al Partido se mostraban tan estrechos que "El Diario Ilustrado" encomiaba, en su editorial del 8 del mes y año indicados, a este "movimiento sin paralelo en nuestra historia... una juventud que ha sabido penetrar hasta el fondo del alma nacional... que sabe ser juventud porque no es el juguete de ambiciones de nadie, sino que actúa bajo la inspiración de sus propios impulsos... es rebelde porque una auténtica juventud no puede ser sumisa sino para postrarse ante la verdad".

El entusiasmo general llegó hasta la exaltación frenética cuando en la sesión inaugural se pudo ver repleto el Teatro Caupolicán, y la ciudad llena de delegados enviados de Arica a Magallanes.

Don Horacio Walker a nombre del Partido lo estimó "un hecho incontrarrestable en la política chilena.... Nadie podrá negar que el Partido Conservador ha asegurado en vosotros su poderío futuro".

"Se ha dicho de vuestro movimiento—agregó— que, en sus ansias de cosas nuevas, está desarraigado de la vieja tradición conservadora; y yo digo que eso no puede ser, porque no se explicaría su espontaneidad y su pujanza, si no tuviera sus raíces en una idea muy honda.... Y si fuera cierto... yo lo habría condenado muy en alto cada día de su marcha incesantemente victoriosa y no vendría esta noche a repetiros mi palabra de franco estímulo y de efusivo aplauso. Muchos de nuestros adversarios han señalado la organización y actividades de los jóvenes conservadores como prueba de falta de unidad y de cohesión de nuestro partido. Semejante crítica tendría razón de ser sí... encarnara discrepancias ideológicas con el programa del Partido Conservador o si nos hubiera dividido en círculos personalistas. Pero no se rompe la unidad cuando, como en este caso, nos vincula el nexo de un mismo ideal espiritual y de una mismas creencias; cuando solo se trata de marchar más de prisa o más lentamente en la conquista de un común objetivo. Lo que sí tiene de enteramente nuevo vuestro movimiento es el espíritu que guía vuestros métodos de difusión de nuestras doctrinas; es la fe en el triunfo y la abnegación de que habéis dado tantas muestras a lo largo del territorio; es el empuje con que queréis transformar la mentalidad nacional.... Y si así no fuere; si existiere entre vosotros, lo que no creo, algunos que quisieran desviar las finalidades iniciales de vuestro movimiento y desconocer los deberes que impone la disciplina y el respeto a la jerarquía, en tal caso, estoy cierto de ello, sería la misma juventud la

primera en hacer sentir el peso de su condenación y en salvar, con su propia mano, el depósito que el Partido le ha entregado".

Las palabras del Presidente Conservador vinieron a tener respuesta en el discurso pronunciado por Eduardo Frei en la sesión de clausura efectuada en el Teatro Municipal.

"Como dijera en Octubre de 1935 —manifestó el orador— entramos al Partido Conservador con lealtad absoluta. Dijimos cuál era nuestra manera de pensar sin engañar a nadie. Así fuimos aceptados. Este es un nuevo servicio que le presta este partido al país.... Hemos entrado con ideas precisas y personalidad propia, absolutamente propia. Pero hay unidad que nadie será tan torpe y tan ciego de querer destruir. Con perfecta sinceridad hemos hablado y seguiremos hablando. Nuestra línea es precisa y esa es la mejor garantía de que no habrá jamás la más ligera trizadura. Horacio Walker ha sabido respetar esa libertad y ha sabido ser jefe de partido en un momento histórico. Por eso la juventud le tiene respeto y gratitud".

En los juicios transcritos se perfila por primera vez de modo público el diferendo entre la Juventud y el Partido.

En los trabajos de la Convención se notó por otra parte la honda huella que el pensamiento católico extranjero y el estado de los negocios mundiales habían dejado. La exposición de Mario Góngora del Campo, sobre las bases espirituales del orden nuevo, causó verdadera impresión por la novedad del planteamiento que sigue muy de cerca el de Maritain tal vez sin fidelidad perfecta, y por la profundidad trascendente de sus proyecciones.

Desde esa época y principalmente desde el estudio de Góngora, nació el tesón combativo de los grandes enemigos de la Falange y de las ideas de Maritain en nuestro país. Sergio Fernández preparó un extenso artículo que en su oportunidad no fué publicado e incluído en un folleto posterior, que refleja las críticas que entonces y después

se hicieron. Los reparos más importantes se referían a la afirmación de Góngora de que más allá de los bienes necesarios para la subsistencia el derecho de propiedad es relativo, secundario y esencialmente sometido al interés colectivo; y de que el orden nuevo no sería confesionalista.

Conviene recordar que Góngora sufrió accidentada evolución, que le llevaría después a ambos extremos del marxismo y del franquismo.

OTRA CONVENCION QUE LE SIGUE.

Veinte días después de la concentración juvenil se llevaba a cabo la Convención General del Partido Conservador en la capital pencona.

En esa oportunidad, a nombre de la Falange, Ignacio Palma dijo: "La primera garantía para la paz es la unidad de las filas del Partido Conservador. Por esto nosotros que deseamos real y sinceramente una nueva construcción política, en que la primera preocupación sea lo social y no el permanente estado revolucionario producido por la interminable división de los grupos políticos, actuamos también dentro del Partido Conservador, y lo hacemos porque a la concepción materialista de la querella de las generaciones nosotros oponemos la muchísimo más verdadera y más cristiana de la misión de la generación.... Unidad significa respeto por la autonomía necesaria para la acción de los grupos cuando de los mismos principios filosóficos universales pueden extraerse variadas consecuencias prácticas. Dentro de esta unidad, la juventud es absolutamente celosa de su autonomía".

En una comprensiva y tranquila disertación de clausura el Ministro de Relaciones Sr. Gutiérrez expresó que en su concepto podía el Partido Conservador aprovechar esas nuevas idealidades sin perder ninguna de las adhesiones permanentes que le valían su doctrina y su tradición.

Por lo demás, en el desarrollo de la Convención las relaciones de la Juventud con los políticos conservadores fueron cordiales y los debates tuvieron lugar sin graves incidencias. Acudió a ella una buena representación de la Falange encabezada por el Presidente Palma, el Ministro del Trabajo Leighton, los señores Frei, Tomic, etc.

La comisión informante respectiva había recomendado que en la elección de candidatos a diputados tuviera la Junta Ejecutiva del Partido el derecho de veto de los nombres propuestos y fué aceptada esta facultad por 140 votos contra 105, votación que indicaba la fuerza respectiva de las tendencias en el seno del torneo.

También se propuso que todos los ex-parlamentarios formaran parte del Directorio General del Partido, pero esta medida fué desechada por 156 votos contra 142 y se acogió una idea de transacción a base de limitar a 40 los miembros del Directorio que tuvieran esa calidad y se eligieran por la Convención.

La discusión más viva se produjo después de haberse aprobado la exigencia de que fuera firmado por el elector el sufragio en que se pronunciara por los candidatos a parlamentarios en la lucha interna. El Presidente de la Juventud sostuvo que ese requisito era antidemocrático, que importaba un retroceso de cien años en la marcha evolutiva de la colectividad y que acarrearía graves tropiezos a su marcha futura y a la actividad de las nuevas fuerzas que se habían incorporado a trabajar en su seno. La oposición tuvo éxito en este punto, se acordó reabrir el debate y se aceptó la indicación del Sr. Walker de dar cabida en tales elecciones al mismo sistema vigente en la ley respectiva.

La organización juvenil sostuvo también con calor la necesidad de propiciar la implantación de un Consejo de Economía Nacional sobre bases realistas y orgánicas.

Más tarde se hará por el Sr. Walker a la Falange el cargo de no haber sostenido grandes reformas en esa Con-

vención, pero es evidente que poeas expectativas de hacer prevaleeer sus puntos de vista debieron ver los dirigentes juveniles, ya que la máquina de la eoleetividad se mostró sólidamente dispuesta a mantencr en lo esencial el criterio opucsto al que ellos representaban.

LOS ENEMIGOS DE FUERA.

Para comprender eon exactitud las razones que llevaban a defender, con cnergía tan sostenida, la libertad de sus movimientos, dentro del firme deseo de eontinuar su acción en el Partido, es indispensable tomar en euenta que la organizaeión juvenil eneontraba foeos de resisteneia no tan sólo dentro de los elementos de la dereeha eonservadora, sino que fuera de esta misma tienda.

Por una parte, en efceto, se mantenía reealeitrante a toda afiliación política una reducida pero valiosa élite que se agrupaba principalmente en torno de la Liga Soeial euyos componcntes entre quienes recordamos a los señores Jaime Eyzaguirre, Clemente Pérez Pérez, Julio Phillippi y Alfredo Bowen y muchos otros, desde la cátedra universitaria, desde las limitadas pcro sinceras obras de aeción eeonómico-soeial, desde las eolumnas de sus órganos de publieidad, en especial desde "Estudios" y desde el periódieo "Falange", a través de todos sus medios de expresión verbal o cscrita, no eesaban de manifestar su escepticismo sobre la tarea que sus compañeros de la juventud conservadora se habían impuesto al eombatir por los ideales comunes en el seno del partido tradicional. En dicho ambiente, se catalogaba a los dirigentes falangistas eomo verdaderos reaccionarios que se habían entregado a la influencia de la dereeha capitalista y antiobrera y que estaban ya infieionados de la liberal democraeia por su adhesión tan exagerada al régimen legal y no tardarían cn transformarse en voeeros del liberalismo económieo según ellos dominante en la agrupaeión conservadora.

A fin de neutralizar tales criticas era esencial la posición en que la Falange trataba de mantenerse, y que las observaciones venidas de ese campo, que debía ser conquistado por la influencia que ejercía en la determinación de algunos espíritus selectos, se apaciguaban con tal actitud, lo demuestra palpablemente el juicio que a la revista citada mereció el torneo de Octubre de 1937: "En una orientación bastante diferente se presenta la Segunda Convención de la Falange Nacional, movimiento politico que aunque actúa disciplinariamente dentro del Partido Conservador, exhibe contornos particularisimos y una fisonomía propia. No nos detendríamos un momento a analizar los resultados de esta Convención si ella representara tan sólo una demostración de politica partidista, política que se encuentra por entero desterrada de nuestras columnas que desean unir y no dividir. Pero la juventud de Falange ha acometido una revisión de ideales filosóficos, ha planteado problemas de alta politica sobre los que "Estudios" ha dado frecuentes veredictos y no ha descendido en lineas generales a menudencias y triquiñuelas de política menuda para las cuales nuestras páginas han estado y estarán herméticamente cerradas".

EL NACISMO.

En otros campos políticos se miraba también con escepticismo que simples retoños del tronco conservador según se les calificaba, pudieran desarrollar con valentía, sinceridad, y principalmente con éxito, una tarea que se consideraba contraria a intereses, tradiciones y hábitos predominantes en sus antepasados y en sus mayores.

La oposición era continua, tirante y de increíble apasionamiento del lado del nacismo criollo, el cual comprendía que la verdadera valla que impedía su avance, se encontraba en la juventud que, condenando también los errores del liberalismo politico y económico, era capaz de presentar solu-

ciones de justicia colectiva, que atraían con más fuerza y extensión que las violencias y los propósitos totalitarios, porque respetaban los derechos de la persona y se cimentaban en el ideal cristiano.

Diez años después algunos habrán olvidado tal vez el peligro formidable en que estuvo el país, y principalmente su catolicismo, de verse conquistado por la tendencia nacista, que alcanzó a seducir a connotadas personalidades, pero la historia no podrá por su parte dejar de reconocer que el motivo determinante de su fracaso, además de sus propios errores, fué el largo y perseverante esfuerzo de la juventud que se midió con el movimiento nacista en todos los terrenos, desde que éste se organizó hasta que ella tuvo la satisfacción de verlo como simple recuerdo, encarnado en la figura deambulante de un abogado inofensivo cuya serenidad facial no revela la enorme responsabilidad que carga sobre sus hombros ante la historia de nuestra nación.

LA QUINA.

Muy poco después de las elecciones parlamentarias de Marzo de 1937 comenzaron a moverse los sectores políticos en torno de la próxima contienda presidencial.

Con el prestigio que conquistara durante su talentosa gestión financiera, don Gustavo Ross Santa María fué propiciado decidida y entusiastamente por los sectores de la extrema derecha, tanto del Partido Liberal, a que pertenecía, como del Partido Conservador, acostumbrado a buscar el nombre de los Presidentes de Chile fuera de sus afiliados

Mientras en los numerosos e indisciplinados partidos de oposición ninguna figura de relieve se perfilaba como candidato posible, en el campo de la derecha política el ambiente se polarizaba en torno de la personalidad vigorosa del "mago de las finanzas", ya para propugnarlo con delirio, ya para atacarlo con ofuscación, al paso que las resistencias o aprensiones que despertaba permanecían en la mera

crítica desde que no surgía espontáneo otro hombre público apto para sustituirlas por su propio atractivo.

La Falange sintió desde que empezara a insinuarse la campaña rossista que, si había alguien que pudiera simbolizar una política contraria a la que ella soñaba para todos los chilenos, y en especial para los desafortunados y empobrecidos, y que con tanta propiedad cristalizaran en esos momentos los Ministros Cruz Coke y Leighton, era el hábil colaborador del. Sr. Alessandri y por eso, al comprender como posible su postulación a la presidencia, se extremeció hasta lo más hondo.

Ya en la concentración juvenil de Octubre de 1937 dejó Ignacio Palma testimonio solemne de la inquietud con que observaba la organización falangista la forma en que tendía a plantearse el problema presidencial, sin aludir, por cierto, de manera concreta al Sr. Ross.

En la inauguración oficial de la Convención conservadora de fines de ese mismo mes, don Horacio Walker, para tranquilizar a los adversarios del ex-Ministro de Hacienda, dijo enfáticamente: "Os puedo declarar que el Partido Conservador no ha contraído compromiso alguno con ningún partido ni con ningún hombre".

No obstante, la propaganda destinada a favorecer al Sr. Ross adquiría una forma cada día más ostensible y comprometía adhesiones francas y públicas.

En tal situación, la juventud conservadora convocó a una reunión de sus Presidentes Provinciales para el 12 de Diciembre.

La discusión fué animadísima y duró el día entero.

La Falange comunicó sus resultados en declaración de su Presidente Nacional.

La Falange, según ella, no habría deseado pronunciarse pero, como poderosos grupos en los partidos de derecha habían adoptado ya posiciones definidas, la continuación de su silencio la habría dejado al margen de toda resolución. La Juventud Conservadora "desea que el problema presi-

dencial se plantee en términos de una solución nacional"; que el candidato sea "un hombre que signifique una garantía cierta de paz social, condición fundamental para que las transformaciones de orden social y económico que se avecinan fatalmente, sean realizadas en un ambiente de armonía social en que no se ahonden ni exacerben las pasiones políticas"; que el futuro presidente ejerza el poder "respetando la libertad humana de amigos y adversarios y los derechos legítimos de todos los chilenos sin excepción alguna". "Solo con un primer mandatario que llene estas condiciones será posible la incorporación de la masa de los chilenos al gobierno, y los nuevos grupos políticos de inspiración cristiana tendrán posibilidad para estimular la evolución de Chile hacia un régimen orgánico que realice la justicia social".

Dentro de tales premisas, después de deplorar que los prejuicios impidan que una persona que represente auténticamente sus ideales tenga una seria posibilidad de éxito, expresa que por ello se ve obligada a mirar fuera de su hogar político y "ha considerado entre los hombres públicos ubicados al margen de los frentes políticos o económicos de inspiración internacional, aquellos que más se encuadran dentro de las condiciones antes enunciadas. Inspirada en este criterio al mismo tiempo que resuelta a mantener la disciplina del Partido, la Juventud Conservadora acordó: "Trabajar dentro de la jerarquía del Partido Conservador para que el candidato a la Presidencia de la República sea alguna de las personas que a continuación se indican: Jorge Matte Gormaz, Máximo Valdés Fontecilla, Guillermo Edwards Matte, Jaime Larraín García Moreno y Francisco Garcés Gana. Esta resolución fué tomada en la sala con un solo voto en contra".

Fuí responsable de ese único voto disidente.

Di cuenta del acuerdo a Mario Ríos Padilla, Presidente Provincial de Los Angeles, a quien representé en la reunión aludida, representaba ante la Junta, en los siguientes términos:

"Me pareció muy lógico que, frente al hecho innegable de que ya entonces ciertos sectores del Partido trabajaban por la candidatura presidencial del Sr. Ross, la Juventud Conservadora diera una opinión franca y valiente, al mismo tiempo que con altura de miras, porque es ese el profundo sentido del acuerdo: la juventud expuso cuáles debían ser, a su juicio, en las actuales condiciones, las cualidades del candidato, a fin de que todo el mundo leyera, entre líneas, que en el sentir suyo el único que se veía entonces con posibilidades de ser apoyado por el Partido Conservador, o sea, el Sr. Ross, no las reunía en su persona. No me ha parecido conveniente que se pusiera una lista de nombres ni menos que ella fuera taxativa. Sin duda se colocó por vía de ejemplo y se buscaron sus componentes por reunir dos requisitos: ciertas posibilidades de salir elegidos y resolución de ir a la lucha. La juventud —lo declaró bien claramente— está lejos de considerarlos presidentes ideales y de estar dispuesta a "casarse", como se dice, con ninguno de ellos".

"A pesar de todo, en el ambiente palpo que la candidatura Ross toma cada día mayor consistencia. No sé por qué tengo la impresión de que en definitiva va a ser la de los Partidos Conservador y Liberal. Aún cuando esto acontezca estimo que la Juventud Conservadora ha cumplido con su deber. Por de pronto, ha hecho, sin duda, meditar y pensar. Si después de considerar debidamente la situación, el Partido acuerda lanzar la candidatura de Ross, la Juventud deberá apoyarlo con la satisfacción de haber puesto lo que estuvo de su parte para evitarla. Si el triunfo no acompaña al Sr. Ross y vienen graves males para el país, su conciencia habrá quedado libre de responsabilidad. Si resultan un éxito, primero la lucha, después el desarrollo del período presidencial, también tendrá la tranquilidad de haber manifestado, con toda sinceridad, en bien del país, su manera de apreciar las cosas. Por lo demás, el mismo Ross, tiene que estimar la lealtad y nobleza de esa conducta: hace

largo tiempo que la Juventud viene mostrándosele contraria; no era muy viril dejar de afirmarlo decidida y públicamente en el momento en que su sentir podía ser tomado en cuenta".

"Nadie niega —agregaba— las cualidades de inteligencia y capacidad que hacen del Sr. Ross tal vez el más talentoso y constructivo de nuestros hombres de gobierno. Lo que teme la Juventud es que sus condiciones hagan de él un candidato que pierda la lucha— lo que resultaría de una gravedad y de una trascendencia sencillamente atroces— o bien un Presidente que no sea capaz de terminar su período. Teme lo primero, porque el señor Ross ha demostrado escasas cualidades de simpatía personal, de atracción, de don de gentes, que son las que conquistan prosélitos, y teme lo segundo, porque no ha dado a conocer tampoco esa flexibilidad, ese tino político, esa ductilidad que permite sortear el embate de las pasiones políticas, que son indispensables en un Jefe del Estado en régimen presidencial, porque en éste tiene que presidir como árbitro el juego de las tendencias políticas, tanto más en el caso en que no hay ningún partido que tenga suficiente mayoría como para hacer por sí solo gobierno".

"La Juventud teme al Sr. Ross, porque, por desgracia, sus mayores enemigos se han agrupado como los más fervorosos partidarios de su candidatura y, sobre todo, porque, idealista y confiada en los medios espirituales, mira con recelo a quien, por lo menos en sus palabras, manifiesta en cada ocasión que se presenta, gran desprecio por ellos y, al contrario, mucha fe en las soluciones materiales y oportunistas, muchas veces felices, que le inspira su talento realmente indiscutible. Además, después de todo, ¿no es un hecho, que no basta la inteligencia, sino que es del todo necesario el sentimiento en la conducción de los hombres y que un frío cerebro no es capaz de dirigir las multitudes si no las ama sinceramente y no les hace manifestaciones de afecto?"

TIERRAS MAGALLANICAS.

El pronunciamicnto oficial del 12 de Diciembre irritó, como es de suponerlo, a los partidarios con que el Sr. Ross contaba en el Partido Conservador y ello se expresó en la inusitada trascendencia que alcanzó la votación de un proyecto de ley relativo a las tierras magallánicas.

La circunstancia de que uno de los dirigentes juveniles, Omar Saavedra Alcalde, hubiera pasado a desempeñar un cargo administrativo en la región afectada, les había proporcionado la ocasión y el interés de profundizar los problemas de dicha zona, de cuyo estudio concluyeron que era inconveniente la renovación de los arriendos que sobre dilatadas superficies de ese territorio se contemplaba dentro de los preceptos de las disposiciones aproabdas por el Senado. A juicio de ellos, la lentitud del progreso económico de la zona en referencia no obstante su incalculable riqueza, la desvinculación de ella del resto del país y la intranquilidad social que allí se sufría, eran ocasionadas fundamentalmente por la prepotencia de unos pocos terratenientes que controlaban los terrenos de mayor valor y explotaban para sí y en beneficio de capitales internacionales, posibilidades de producción que debían elevar el bienestar de todos sus habitantes y unirlos estrechamente con el resto del país. A ello había contribuído una miope y torpe acción gubernativa limitada a enajenar enormes extensiones del patrimonio nacional o contratar largos arriendos a las compañías explotadoras. Dentro de tales premisas, resultaba lógico que el Estado procurara recuperar los terrenos concedidos y no prolongar su tenencia en manos extrañas.

Pero el gobierno, por razones también respetables expuestas en la Cámara por el Ministro don Medardo Goytía, era partidario de la continuación de los arriendos, que fué sólidamente objetada por el diputado don Manuel Garretón.

Cuando llegó el momento de votarse, la mayoría de los

representantes conservadores lo hicieron a favor del deseo oficial y en contra suya se pronunciaron junto al Sr. Garretón los señores Irarrázaval, Larraín, Durán, Ramiro Méndez y Ricardo Boizard, los cuales resultaron por cierto acompañados por la oposición izquierdista.

Los resultados de este hecho, que no constituía falta de disciplina partidista desde que se trataba de un negocio legislativo en que ninguna determinación oficial previa había sido comunicada a los parlamentarios, alcanzaron resonancia.

Bernardo Leighton, que no participaba de la opinión de sus correligionarios disidentes, no creyó del caso, sin embargo, pedirle a sus amigos que apoyaran la idea del Ejecutivo y respetó el sentir de éstos en un asunto que se habían esmerado en conocer a fondo.

El Presidente de la República se manifestó disgustado ante el Ministro del Trabajo por la actitud de los diputados en discrepancia y le expresó que él necesitaba colaboradores que contaran con el apoyo parlamentario, en vista de lo cual, primero verbalmente y después por escrito, presentó Bernardo Leighton la renuncia de su cargo.

En conocimiento de este hecho, el Presidente del Partido Conservador se trasladó a la Moneda. El Sr. Alessandri en la conversación con el Sr. Walker restó importancia al incidente y comunicó su decisión de no admitir el alejamiento del Ministro.

DISCIPLINA PARLAMENTARIA.

Entre tanto, los miembros del Comité Conservador de la Cámara señores Juan A. Coloma y Carlos Estévez renunciaron sus cargos y los demás diputados comunicaron el hecho al Sr. Walker junto con expresarle que desechaban esas renuncias a pesar de concurrir en la apreciación de sus fundamentos.

La carta está fechada el 15 de Diciembre de 1937 y suscrita por los señores Arturo Gardeweg, Alfredo Cerda, Joaquín Prieto, Hernán Somavía, Luis Silva, Carlos Estévez, Gustavo Loyola, Rafael Cifuentes, Ramón Luis Arrau, Sergio Fernández, Fernando Aldunate, Juan Canessa, Julio Pereira, Carlos Errázuriz, Fernando Varas, Leoncio Toro, Rafael Irarrázaval y Joaquín Walker.

Consideran los firmantes que deben hacer llegar al Presidente del Partido el juicio que les merece la posición asumida por algunos de sus colegas.

"Desde la iniciación del actual período legislativo se ha destacado —dicen— la actitud insólita de un grupo de colegas que llegaron a la Cámara como representantes del Partido Conservador, y que en el seno de ella se declaran representantes de la Falange Nacional y de la Juventud Conservadora. Frente a esta actitud, el grueso de la representación parlamentaria del Partido ha agotado, desde que se hicieron presentes las primeras diferencias, sus recursos amistosos para obtener que ella llegara a encuadrarse dentro de las normas, principios y disciplina tradicionales del Partido, sin coartarles su acción ideológica. En numerosas ocasiones, que son del conocimiento de nuestra Directiva, y en la esperanza de ver terminadas algunas diferencias y asperezas de formas, hemos aceptado mansamente exigencias de ese grupo que a muchos diputados nos repugnaban. Primaba en nosotros la fe de que, pasados los impulsos juveniles y afianzada una experiencia personal, el sacrificio hecho en beneficio de la armonía, de la unidad y de la eficacia de nuestra representación, tuviera una justificación.

"No está de más que recordemos al señor Presidente los instantes de desaliento, de verdadero pesar, que hemos sufrido en numerosas ocasiones frente a la incomprensión, el verdadero divorcio que hemos constatado y que son el antecedente de nuestra actitud de hoy.

"Mas todavía, nada hubiéramos hecho si las actividades

del grupo indicado se hubieran mantenido, exclusivamente, en el terreno ideológico, pero, como estas actividades han salido de este terreno y han entrado, francamente, en el terreno de la actuación política, como grupo independiente, frente al Poder Ejecutivo, dejando de concurrir a la Cámara para presionar al Presidente de la República para que rechace la renuncia del Ministro del Trabajo, no podemos mantenernos indiferentes y nos vemos en la obligación de recurrir al Presidente del Partido para que resuelva esta situación de anarquía y asuma la responsabilidad de la actitud futura de la representación conservadora.

"Queremos hacer resaltar ante Ud. que el actuar al margen de la Directiva del Partido, y con prescindencia del resto de la representación parlamentaria, por un grupo de Diputados del Partido, tiene una enorme gravedad para el futuro, que nosotros estamos en la obligación de denunciar.

"Mantener esta situación de incertidumbre y de indisciplina dentro de una representación parlamentaria es caminar a la anarquía y como no podemos quedar indiferentes ante esta situación, nos permitimos, respetuosamente, pedir al Presidente del Partido tome las medidas precisas y definidas en resguardo del prestigio, eficiencia y unidad de la representación parlamentaria, que en definitiva, son el prestigio, la eficiencia y la unidad del Partido".

Como respuesta a esta presentación, la Junta Ejecutiva impartió las siguientes instrucciones el 16 de Diciembre de 1937: "No podrán los diputados hablar en la Cámara en representación o en calidad de miembros de cualquiera organización interna del Partido o de cualquiera corriente o grupo dentro de él.... Se tuvo en vista... que el Partido Conservador forma una sola entidad, cualesquiera que sean las modalidades de su organización interna, y que habiendo todos los diputados recibido su investidura del Partido, sólo pueden obrar en nombre o interés de él..."

Como puede observarse de la transcripción precedente, ambos documentos, que no se hicieron públicos en su oportunidad, están desprovistos de cargos concretos y determinados que precisen casos específicos de desobediencia o indisciplina de parte de los diputados de minoría. Ellos se produjeron con ocasión de un voto recaído en una materia estrictamente legislativa que no había sido objeto de una decisión previa de considerarla como cuestión política. La única referencia a actitud de esta especie que se contiene en la denuncia, es la de haber presionado al Presidente de la República con la inasistencia a la Cámara para que rechazara la renuncia del Ministro del Trabajo, pero, aún en el caso de aceptar la efectividad del hecho imputado, es fútil e inconsistente para calificarlo como una posición discrepante en lo político, cuando el propio Presidente del Partido Conservador solicitó del Sr. Alessandri la continuación de las funciones del Sr. Leighton, explicándole seguramente el ningún carácter político de la votación comentada.

Queda manifiesta en los documentos aludidos que ellos valen como primera expresión formal y categórica de la preocupación originada en razón de la personalidad y característica definida que había alcanzado la Falange dentro del Partido.

En verdad, el movimiento juvenil fué mirado primero con simpatía, como al anzuelo que permitiría llenar la barca casi vacía de sangre moza; después tolerado, en la convicción del valor de sus servicios y en la esperanza de que pronto se desdibujarían sus acusados perfiles; y resistida y odiaba finalmente, cuando resultó que pugnaba por lograr en el seno del Partido la primacía de sus puntos de vista.

La crisis, algún tiempo aplazada, iba a producirse en cuanto la apreciación de los jóvenes chocara con los objetivos perseguidos por los jefes conservadores en el tema apa-

sionante de la política inmediata y en especial de la sucesión del mando supremo.

Es de ordinario en nuestro país alrededor de las elecciones presidenciales que las pasiones se agitan al rojo vivo, los partidos se unen y separan, las familias se desorganizan, los hombres se enemistan y se calumnian.

Ello ocurría a fines de 1937 en torno de la persona del Sr. Ross.

Y al paso que sus admiradores avanzaban en los trabajos preparatorios de la campaña, quienes lo resistían se apresuraban también a señalar con mayor energía los fundamentos de su oposición.

En Enero de 1938 la Juventud Conservadora repartió una extensa circular en que manifestaba con precisión las causas de la actitud asumida.

Por esa comunicación se insiste en que, ante el pronunciamiento que otros elementos de derecha habían dado con anticipación a conocer, no podía la juventud guardar silencio. "Por lo demás tal actitud nuestra —contrariamente a la de otros— no va contra ninguno de los intereses del Partido Conservador. Cien veces hemos repetido que estamos en el Partido Conservador lealmente. Acatamos su disciplina y tenemos plena confianza en sus jefes, especialmente en su Presidente don Horacio Walker, que todos los falangistas del país conocen y aprecian. Pero no hay que olvidar que nuestra organización tiene plena autonomía, con una Directiva Nacional y autoridades locales plenamente individualizadas y responsables. Todo el país sabe, como lo hemos dicho cada vez que ha sido necesario, que estamos llevando al Partido Conservador una ideología bien definida, un programa concreto, métodos nuevos y, lo que es más fundamental, una mentalidad típicamente nuestra, que responde al tiempo en que vivimos, a las inquietudes de la actual generación y a las orientaciones definidas en que el pensamiento cristiano ha precisado una filosofía de la sociedad y del Estado. En estas condiciones estamos dentro

del Partido, y ningún falangista debe olvidar, ni por interés ni por contacto, esta actitud y esta mentalidad que representa. Ciertamente que ella prolongará, a través de la Historia de Chile, la línea ideológica eminentemente impersonalista, que es una de las ejecutorias del Partido Conservador de Chile".

En cuanto a la persona del Sr. Ross, la alude esta vez directa y extensamente y, junto con dejar estampada la estimación favorable de sus servicios, le atribuye tendencias arbitrarias, falta de sensibilidad social, carencia de sentido político y lo cree defensor de un concepto materialista de la vida y generador de tales resistencias que lo privarían del éxito en las urnas.

La excesiva adhesión que le prestaba el grupo fanático de sus admiradores, unida a la falta de formación doctrinaria y a la carencia de aprecio por el derecho, contribuían a dar a la juventud la impresión de que no era un Presidente de la República que se quería llevar a la Moneda, sino un dictador dispuesto a prescindir en cualquier momento del canal de la ley.

Los antecedentes del candidato hacían especialmente grave este temor.

"Una noche de Diciembre de 1935 —cuenta en su diario don Rafael Luis Gumucio— vino a casa Tomás Cox y me invitó a ir de visita donde Gustavo Ross. Había tres o cuatro visitantes más. Estábamos sentados en un sofá Ross y yo. De repente y bruscamente, Ross se dirigió a mí y me dijo: "Cuento con diez de los doce senadores conservadores para una dictadura". Me reí, creyendo que se trataba de una broma; pero Ross me aseguró que hablaba en serio y me agregó que entre los senadores con quienes contaba estaba Héctor Rodríguez, que estimaba imposible seguir en régimen constitucional. No quise discutir y me limité a contestarle que celebraba que exceptuase a dos senadores, pues entre esos dos estaba yo. Desviando la conversación a la broma, le añadí: "Recurro a su amistad. Estoy enfermo del co-

razón. Prefiero Arica porque es costa y de clima suave". Bueno —me respondió Ross, riéndose— lo mandaremos a Arica.

"Lo que aquella noche le oí a Ross me sorprendió por venir de un hombre a quien tenía por muy adverso a las dictaduras y que se diseñaba ya como el jefe de la derecha.

"Pero, la idea de dictadura estaba entonces extendida en los círculos derechistas, llenos de miedo a la izquierda y desesperanzados de defenderse con el mecanismo democrático y de alcanzar éxito electoral.

"Hizo Ross un viaje a Europa y, con la ausencia del hombre que les inspiraba valor, cundió el miedo y se aceleró el desliz hacia la dictadura.

"Con la imaginación, lo divisaban como el Mussolini preparado para salvar a Chile.

"Tengo aún el vivo recuerdo de la exasperación que yo sentía al encontrarme en el Senado, en la tertulia de "El Diario Ilustrado", en las calles con amigos que preconizaban la necesidad de un "dictador inteligente y bueno" y que disimulaban el concepto, hablando de que era indispensable levantar un "gobierno fuerte" y restringir libertades....

"...La marea dictatorial comenzó a decrecer poco a poco en la derecha.

"Sin embargo, algunos días después volví a oírle a Ross hablar de dictadura. Ramón Gutiérrez me instó a que tuviera una conversación con él. Conversamos más de una hora y me trató a fondo de la necesidad de una dictadura, poniendo todo empeño en convencerme.

"A mediados de Agosto, el día de las elecciones complementarias de Coquimbo, cuando ya se conoció el triunfo de la derecha, delante de Rafael Urrejola, de Daniel Schweitzer, de mí y de otros más, Ross le dijo al Presidente que era conveniente aprovechar ese triunfo para ir a la dictadura. Y se trabó discusión entre Ross por un lado y el Presidente y yo por el otro".

LA RENUNCIA DE LEIGHTON.

No terminaba el verano de 1938 cuando ocurrió un hecho que vino a darle sorpresiva animación al ambiente ciudadano: el requisamiento y destrucción de un número de la revista satírica "Topaze".

Cuando el país entero se mostraba interesado en que la investigación se condujera con eficacia y se hicieran recaer los castigos más duros sobre quienes violaban de esa manera la libertad de prensa, el Presidente de la República reunió en su despacho a sus Ministros de Estado y les confesó que, por salir en esa edición una caricatura que le ofendía, había ordenado al Intendente de Santiago don Julio Bustamante que realizara dichos actos y que este funcionario había impartido las instrucciones del caso a los subordinados que las habían ejecutado. Les agregó que tenía redactado un oficio que dirigiría al juez en lo criminal que estaba a cargo del proceso en el cual asumía la plena responsabilidad de los hechos, y para explicarlos se refería en el documento a la impunidad en que la justicia dejaba a los autores de atentados al gobierno.

El último de los Ministros consultados fué el Sr. Leighton, quien manifestó al mandatario que su comportamiento le ponía en la necesidad de formular la renuncia de su cargo.

Al día siguiente con el estupor colectivo se publicaba el oficio presidencial. Era el 10 de Marzo de 1938.

En reunión de los Ministros conservadores predominó la opinión de continuar en el ejercicio de sus cargos. La Junta Ejecutiva de su partido declaró que, si era notoria la impunidad en que habían quedado los delitos en contra del orden público y encomiable el propósito del Presidente de la República de mantenerlo, debía perseguirse por los medios legales, "y en consecuencia lamenta y reprueba los recientes abusos de autoridad cometidos a raíz del proceso seguido contra una revista".

El Partido Liberal estimó por su parte que "si bien no

es aceptable el punto dc vista de doctrina del Presidente, tiene justificación en los antecedentes que la motivaron".

El Ministro Leighton ratificó por escrito su dimisión, fundada simplemente "en las razones que V. E. conoce", y al mismo tiempo de aceptarla, designó el Sr. Alessandri para reemplazarlo al dirigente demócrata don Juan José Hidalgo.

La prensa conservadora no pudo menos de expresar su respeto por la actitud del Ministro y subrayar tanto el éxito de su gestión como el ejemplo de desprendimiento y de consecuencia política que daba al país al abandonar sus funciones.

Para la juventud falangista constituyó el comportamiento conservador la más viva sorpresa y la más honda desilusión. No hubiera soñado que se produjera una discrepancia con el partido en aquello que importaba el mejor timbre de orgullo de su historia centenaria, que tan importantes y valiosos servicios anotaba en la defensa de las libertades ciudadanas, y que importaba uno de los fuertes vínculos de unión con quienes habían soñado en restaurarlas con amplitud en los días deprimentes de la dictadura que definieran su vocación política.

Cuando no se decidía aún la conducta que habría de adoptarse en dicha emergencia, tuvimos oportunidad de conversar con un talentoso político conservador, gran entusiasta de Ross, y como le expresáramos nuestra certeza de que ante la confesión del Presidente Alessandri el Partido no podría menos de reaccionar unido junto a Leighton, ya que aplicaba así lo más característico de sus principios, como era el respeto del régimen jurídico, nos contestó, entre burlón y jovial:

"Bueno, sí.... ¿Y cuántas personas cree Ud. que en Chile se preocupan de los principios?"

No mucho después, en triste lugar en que sufriera por esa causa rossista, recordaba ese hombre público nuestra entrevista de entonces y el sufrimiento injusto le había devuelto la fe en los principios y el aprecio a lo que significa

seguirlos en la actuación de los individuos y colectividades.

Lo grave fué que el respeto del Partido Conservador al desvergonzado atropello del Presidente se hizo de modo tan incondicional que, en lugar de exigirle mayores seguridades de no reincidir en tales desmanes, pidiendo control más efectivo del gobierno a cambio del sacrificio que hacía al claudicar de sus convicciones democráticas, aceptó que su influencia oficial disminuyera al sustituir uno de sus representantes por un Ministro de otra dócil tienda.

La reacción del Partido significaba, además del fuerte latigazo propinado a la juventud que estaba detrás del ministro dimisionario, una carta blanca al Sr. Alessandri para la elección de los medios de imponer su criterio en el futuro —de la cual habría de hacer amplio uso— y era explicable que el Partido la otorgara cuando la mayoría de su personal influyente confiaba en que por esos medios habrían de encaminarse a imponer al hombre en que cifraban la felicidad nacional.

LAS BASES DE LA CONVENCION.

En aquellos mismos días el Sr. Walker, por medio de declaración formulada en Chillán, aseguraba que el primer mandatario a que el Partido habría de apoyar, debía mantener el régimen constitucional e inspirarse en un amplio espíritu de justicia social. Don Rafael Luis Gumucio celebró alborozado tal pronunciamiento como un testimonio de que, por lo menos el Presidente conservador, no estaba comprometido con la candidatura del Sr. Ross, puesto que esos eran, en esencia, los dos temores fundamentales que ella creaba en sus adversarios.

El 9 de Marzo se anunciaba al país que la convención de los partidos de derecha llamada a ungir al candidato presidencial se realizaría el 23 de Abril.

El 23 de Marzo fué suscrito el pacto ad referéndum entre

los partidos conservador, liberal y demócrata que establecía las bases de la convención, y aprobado de inmediato por el Directorio General de los liberales. Los concurrentes habrían de ser 1.330, de los cuales 420 representarían a cada una de las grandes colectividades indicadas. 140 al partido demócrata y 350 a la opinión independiente, de acuerdo con sus actividades y según las proporciones que se detallaban. En virtud del art. 3.° se facultaba a los presidentes de los partidos para fijar cuotas extras a las entidades políticas que aceptaran adherirse a la convención.

El 30 del mismo mes tenía lugar la reunión del Directorio General Conservador que debía ratificar el pacto, en un ambiente nervioso e intransigente. No se dejó exponer su pensamiento a Ignacio Palma, el Presidente de la Juventud. Tampoco se dejó hablar, por razones baladíes, a Bernardo Leighton.

En esa ocasión las bases propuestas fueron sólidamente objetadas por los señores Rafael Luis Gumucio, Eduardo Frei, Luis Gutiérrez Alliende y otros. Se les criticaba dejar al margen importantes fuerzas de la agricultura, de la industria y del comercio y dar al movimiento nacional de la juventud conservadora, con más de 25.000 adherentes y cimiento de la fuerza dinámica del partido, una porción injustamente reducida de 15 representantes en el total de los 420 que le correspondían. Se hacía necesario, a juicio de ellos, aumentar el número de los delegados del Partido, y negociar al efecto la modificación de las bases acordadas.

La mayoría se cerró a todo temperamento conciliatorio y aprobó sin alterar una letra el pacto propuesto e incluso estuvo por designar en ese mismo acto entre sus personeros a los cinco miembros que en nombre del partido habrían de constituir la junta ejecutiva de la convención.

Era un bloque que "con disciplina militar obedecía a una voz de orden" y manifestaba "una tendencia avasalladora y resuelta a imponer de todos modos una candidatura

que, a nuestro juicio, será de fatales consecuencias para el país y para el Partido". De este modo fundaban los señores Gumucio, Gutiérrez y Frei la renuncia que de sus cargos en la Junta Ejecutiva presentaron al día siguiente de la reunión.

UNA INSINUACION ACOGIDA.

La decisión del Directorio General, y los desaires que pocos días antes recibiera con el mantenimiento de los ministros conservadores y que se agravaran en la reunión de dicho organismo, provocaron, como puede comprenderse, inmenso malestar en la organización juvenil.

Una noche en que la reunión de la Junta Nacional de la Falange se retardaba en espera de la llegada de su presidente Ignacio Palma, apareció por fin éste y le dió cuenta de que su atraso se debía a una prolongada entrevista con don Horacio Walker en la que éste le había manifestado que personalmente estaba también descontento con el estatuto aprobado para regir el acto del 23 de Abril, tanto por la inadecuada representación de la juventud como por la exclusión de las fuerzas a su juicio extraordinariamente importantes de la Confederación de la Producción y del Comercio que manejaba don Jaime Larraín y que, en consecuencia, podía y debia modificarse el tenor del pacto celebrado.

Tal noticia tranquilizó el ambiente de la Junta y después de un breve debate se adoptó el siguiente acuerdo que esa misma noche se comunicó a la prensa para que se incluyera en la edición del día siguiente, 6 de Abril:

"La Junta Nacional, considerando que a pesar de la buena voluntad manifestada por don Horacio Walker, las bases aprobadas restan a la convención todo carácter de amplitud; que la Juventud Conservadora no tendrá dentro de ella una representación oficial razonable; que sólo un candidato elegido por los verdaderos representantes de to-

dos los intereses del país tendrá el carácter de nacional y significará una garantía cierta de progreso y paz social, acuerda: no participar en la próxima Convención Presidencial porque sus bases no representan la composición efectiva de los partidos integrantes y entidades independientes que a ella deben concurrir".

Con el antecedente expuesto, se comprende que en ningún momento creyeron faltar los dirigentes juveniles, al adoptar esa resolución, a la disciplina partidista sino ayudar al Sr. Walker a obtener una modificación del pacto que permitiera tanto darle entrada digna en la convención a la Juventud Conservadora cuanto el ingreso de las fuerzas organizadas de la industria y del comercio.

En realidad, nunca creyó la Falange que el estatuto de la convención, que fué pronto dejado en condiciones de dar cabida a estas fuerzas, quedara sin arreglarse a su respecto, cuando era, a su juicio, tan manifiesta la desproporción de la cuota que se le ofrecía.

En un extenso artículo publicado en "Lircay" el 14 de Abril, se analiza minuciosamente el absurdo que significaba entregarle tan sólo 15 de los 420 delegados del Partido Conservador, cuando la Juventud decía contar con el apoyo de la quinta parte de los diputados y de los regidores, recién elegidos estos últimos. La Falange se atribuye, en efecto, 70 de los 415 municipales designados pocos días antes. Y pone de relieve que el Partido Demócrata, que acababa de obtener 52 regidores, recibía una cuota de 140 delegados para representarlo en la convención derechista.

La Falange esperaba por momentos la buena noticia de que se le reconocía la cuota que estimaba justa, y que limitaba a 75 representantes, ya aumentándose el total de los que se daban al Partido, ya reconociéndoselos dentro de los que a éste correspondían ya; proponiéndosele cualquiera otra fórmula que le permitiera entrar en forma digna al torneo en perspectiva y, derrotada en buena lid, explicara su apoyo al candidato que impusiera la mayoría.

Mientras ocurria esta espera, que era larga para la ansiedad de quienes le atribuían trascendencia, alguna vez conversé con un admirado profesor de filiación conservadora y alto dirigente de esta tienda y, como le advirtiera la ventaja de aceptar cualquiera mayor representación para la Falange, superior a los quince delegados que se le habían reconocido, a fin de dar paso al apoyo colectivo de ella al Sr. Ross, después de observarle la ninguna influencia determinante que ello podría tener en el resultado, en vista de su escasísimo número ante los 1.300 y tantos convencionales, me contestó, en forma que expresaba el pensamiento dominante:

"Es que Uds. meterían bolina en la Convención".

No se buscaba el prestigio de la libre adhesión democrática, el triunfo legítimo de la mayoría después de un cambio vivo pero sincero de las opiniones divergentes. Se temía la discusión y la crítica. Era necesario recurrir a la intransigencia y a la imposición.

ROSS PROCLAMADO.

En aquellos mismos días se levantaba la candidatura de don Jorge Matte Gormaz, a la cual adherían personalidades de relieve como los señores Rafael Luis Gumucio, Luis Gutérrez Alliende, Javier Angel Figueroa, José Maza, etc. y que lograba también el apoyo de algunos dirigentes juveniles como los señores Frei y Leighton.

El objeto de esta candidatura era demostrar al país, y principalmente a los sectores de derecha más comprometidos con el Sr. Ross, que era posible buscar un nombre distinto de éste que pudiera aglutinar no solo los elementos más decididos de la derecha, sino que otros poderosos grupos independientes o que acompañarían a la izquierda en caso de que le fuera opuesta la personalidad extrema del ex-Ministro de Hacienda.

La campaña que se hacía al Sr. Matte subrayaba por

cierto el carácter estrecho en que las bases de la convención habían sido acordadas, con el punto de vista fijo en la designación de un determinado político previamente señalado y sin la amplitud necesaria para despertar la confianza de que primaría el criterio que se impusiera en una justa auténticamente libre.

La actitud del Sr. Gumucio sobre todo, produjo vivas críticas y se le tachaba su indisciplina. El rumor se convirtió en una viva polémica desde el momento en que don Lindor Pérez Gacitúa recogió el desafío que hiciera el propio Sr. Gumucio. Sostenía el hábil político que mal podía haber indisciplina en proclamar su opinión favorable al Sr. Matte en momentos en que su partido no tenía aún candidato oficial y daba la seguridad de que desde el momento en que cualquier postulante tuviera este carácter obedecería la decisión que se adoptara. Entre tanto, él conservaba derecho a manifestar sin trabas su pensamiento, y lo hace valientemente en aquellos artículos en los cuales, con gran respeto y estimación de la persona del Sr. Ross, analiza los inconvenientes de su candidatura y las mejores expectativas que cifra en el Sr. Matte.

Mientras tanto los acontecimientos se precipitan.

El 17 de Abril, después de dos días de votaciones, la izquierda encuentra su abanderado en don Pedro Aguirre Cerda.

En la víspera de la Convención de las Derechas, el Sr. Matte renuncia su candidatura y todos los diarios publican el texto de ella con la declaración de los políticos que la patrocinaban. Unicamente "El Diario Ilustrado" publica la dimisión pero no el manifiesto complementario. El Sr. Gumucio lo llamó por eso felón y dimitió su cargo de director de la Sociedad Periodística que publicaba ese diario. El Sr. Prieto Concha, Presidente de la Sociedad, excusó la falta de publicación en los términos violentos del manifiesto y en la duda sobre la autenticidad de las firmas que lo suscribían. Gumucio negaba el derecho de pronunciarse sobre la ver-

dad de las firmas que estaban abonadas por personas de responsabilidad; sostenía que las expresiones del documento eran aceptables; y que, en todo caso, mandados ambos documentos como una sola publicación, no tenía el diario derecho de dar a conocer a sus lectores uno solo de ellos.

Violenta polémica que por cierto vino a desarrollarse cuando la suerte estaba echada: el 23 de Abril, a la segunda votación, después de la primera de pura fórmula, por 1285 sobre 1319 concurrentes fué lanzado solemnemente el Sr. Ross por los Partidos Conservador, Liberal, Demócrata y demás fuerzas que asistieron a la convención.

UN CALLEJON SIN SALIDA.

¿Cuál iba a ser la reacción de la Falange?

Ella había acordado no ir a la Convención porque estimaba injustas sus bases y confiada en que se alterarían en su favor, e individualmente algunos de sus dirigentes se habían pronunciado por el Sr. Matte, candidato ahora ya retirado.

La posición era extremadamente difícil.

Algunos jóvenes conservadores partidarios del señor Ross, expresaron su disconformidad con el acuerdo de la Falange de negarse a asistir a la jornada del 23, y así, por ejemplo, renunciaron a pertenecer a la organización los señores Ruperto Lecaros y Ramón Merino.

Ignacio Palma decidió dar contestación, a nombre del movimiento que presidía, al Sr. Merino por haberle prestado anteriormente servicios de alguna importancia.

Ese documento es muy revelador del pensamiento falangista en aquellos días de transición.

El pronunciamiento juvenil es "una actitud espiritual de rebeldía contra el materialismo ambiente, como único modo de adoptar, en el día de hoy, una posición constructiva ante un régimen político, que careciendo de aliento espiritual, en

vano busca su estabilidad en personajes más o menos fuertes. El que no entienda estos conceptos y el que no deduzca de ellos una serie de consecuencias que a menudo harán bien poco amable su actuación pública; el que espere solo halagos y no vea en las incomprensiones los más felices presentimientos de triunfo, ese, no debe actuar en nuestra política. Por otra parte, una política de inspiración cristiana destinada a defender al hombre contra sus propios egoísmos, chocará fatalmente contra nuestro medio materialista. Y en este choque vacilarán los débiles de espíritu".

Aludiendo a sus vínculos con el Partido, Palma dice: "La Juventud Conservadora no es, en mi concepto, banda de músicos de ningún grupo, ni comparsa de ningún interés pequeño. Moviéndose dentro del Partido Conservador, —y extendiendo sus alas más allá de él— ha cogido todo lo vigoroso del tronco para continuar esta empresa de formación cultural y material de la República, que, indudablemente, ha sido su trayectoria. Y esta tarea se seguirá hoy y mañana, sin dividir el único frente que existe en el país para la defensa de los valores cristianos; pero sin olvidar, postergar ni estancar, hoy ni nunca los problemas y las soluciones de la hora que vivimos".

Recuerda en seguida los servicios hechos al Partido al vigorizarlo en su debilidad y neutralizar el avance nacista y las críticas en su contra surgidas del propio campo católico. El Sr. Walker, al dar cabida a este movimiento autónomo, mantuvo la continuidad del Partido y tal vez del régimen democrático, porque entendió "que la unidad y la disciplina sólo se mantienen dentro del respeto a los grupos y a las entidades naturales que existen en toda sociedad".

El Sr. Walker no ha estimado que la Juventud haya faltado a la disciplina con toda razón, termina diciendo el Sr. Palma, desde que la adhesión al acto del 23 de Abril era un hecho voluntario al cual se negó "por estimar que en sus bases estrechas no se consideró su dignidad y su

importancia ni se dieron garantías para que el país manifestara sus verdaderas aspiraciones".

Todo lo anterior encontraba cabida el 14 de Abril cuando no estaban perdidas aún las esperanzas de encontrar salida al callejón en que la Falange había quedado colocada.

Pero, ¿cuál iba a ser el comportamiento posterior al 23 de Abril?

Para el Sr. Gumucio, dentro de la lógica de su posición personal, el camino fué sencillo a un mismo tiempo que enaltecedor: el día 24 dice al Sr. Walker: "al jefe comprensivo y justiciero le respondo rindiéndole el homenaje de la disciplina".

La conducta colectiva de la Falange parecía a la inversa extraordinariamente compleja.

Para comprender en todo su alcance la manera en que los falangistas juzgaban los acontecimientos, nada más conducente que transcribir la carta que dirigí el 24 de Abril al Presidente de Los Angeles, Waldemar Agurto, a quien representaba en la Junta Nacional:

"Nadie puede desconocer la brillante página que para mantener su actitud ha escrito hasta este momento la Falange. Pero hemos llegado a un punto en que es necesario meditar hacia dónde deben encaminarse ahora nuestros pasos. La izquierda se ha unido férreamente en torno de un candidato que está dotado de formidables cualidades para la lucha y que tiene serias expectativas de triunfo, y la derecha, incluyendo oficialmente al Partido Conservador, ha proclamado al Sr. Ross".

"El problema grave es determinar cuál ha de ser nuestra conducta desde este instante".

"Por una parte hay que considerar que nosotros los falangistas hemos cumplido al máximum lo que prometimos, que fué tratar de impedir que Ross resultara designado el candidato del Partido Conservador a la Presidencia de la República. Hemos sido derrotados evidentemente; pero la obligación que impone un ideal es luchar siempre por él, no

perderlo nunca de vista; en forma alguna salir siempre vencedor en el combate. Sería grave responsabilidad destruir la unidad del Partido más sólidamente organizado de Chile, puesto que ello contribuiría a debilitar nuestro régimen democrático, cuya estabilidad depende de la existencia de fuertes partidos políticos. Pudiera ser considerada esa ruptura una deslealtad hacia el organismo en cuyo seno la Falange se ha formado y crecido. En estos momentos parece vinculado nuestro ideal de católicos y patriotas al triunfo de los partidos de derecha con el Sr. Ross, ya que de parte del Sr. Aguirre Cerda se presentan los masones, y las fuerzas socialistas y comunistas que la experiencia de otros países ha demostrado que siempre dominan los centros débiles de resistencia que le oponen partidos al estilo de nuestro Radical y aún personas de mayor voluntad y energía que el Sr. Aguirre".

"Todas estas sólidas argumentaciones y otras de la misma índole conducen al resultado de que tal vez sería lo mejor correr el telón en cuanto a la actitud de la Falange respecto del problema presidencial y dejar que nuestras fuerzas mediante la libertad de acción práctica favorecieran desde luego la candidatura que tanto hemos combatido. Naturalmente que la Falange, como tal, es decir con toda su organización y sus centros, y con la actitud de sus máximos dirigentes, se abstendría de trabajar en favor del Sr. Ross".

"Yo me he inclinado decididamente por esa opinión y la he defendido con calor. Sin embargo, no podría ocultarle que se manifiesta una fuerte corriente contraria que da en su apoyo también poderosos argumentos que con toda lealtad se los voy a tratar de resumir".

"Aún después de la Convención de la Derecha, se dice, seguimos considerando que, ante nuestros ideales, la candidatura del Sr. Ross es nefasta para el país porque importa el predominio de una política materialista fundada en el dinero y para el dinero, que no se basa en un programa espiritual y trascendente, que al revés mira con desprecio

y escepticismo la lucha por las ideas, y que, por otro lado, no presenta ninguna garantía seria de respeto al régimen constitucional y legal".

"En seguida, desde el punto de vista de nuestro Movimiento, importa el triunfo de la candidatura Ross, según la opinión que le expongo, su liquidación definitiva. Recuerde las publicaciones insidiosas del diario oficial conservador destinadas a producir la división de la Falange; la actitud del Partido que no hizo cuestión de la renuncia de Bernardo Leighton al Ministerio del Trabajo y dejó que un demócrata lo reemplazara; los desaires hechos por la mayoría del Directorio General; la designación como miembro de la Junta Ejecutiva de Guillermo González Prats en sustitución de Eduardo Frei; la terquedad para modificar las bases de la convención en nuestro favor y la condescendencia para hacerlo con otros grupos, etc."

"Todos se preguntan, ¿de dónde viene esta pasión tan feroz, que a la mayoría del Partido Conservador ha movido a sacrificar un movimiento sano e idealista, como es la Falange, en aras de apoyar, sin condiciones, la candidatura presidencial que tan lejos está de representar los ideales del orden social cristiano, que el Partido defiende según su programa? Muchos se contestan: en esta derrota de la Falange, que es la derrota de un ideal, ya que jamás ésta ha hecho cuestión de un nombre determinado, ni está dispuesta a hacerlo, sólo existe un episodio en la lucha que en todos los países ha debido sostener contra los mismos católicos aquella porción de los que quieren con la mayor sinceridad llevar al terreno práctico la doctrina social católica. La oposición sería, pues, a fondo. Así se explica su profundidad y encono".

"Sin que ello signifique un ataque a las personas, sino al espíritu que a veces inconscientemente las mueve, no sería, pues, sincera la posición de la mayoría del Partido Conservador. Tampoco a la Falange le pareció sincera la posición de la directiva ante el claro atropello que a las

libertades públicas infligió el Presidente de la República, por propia confesión, porque, en opinión de ésta, todo el Partido debió haber seguido la actitud valiente que le marcó Bernardo Leighton".

"No obstante, en este punto, los falangistas no se apasionaron hasta el extremo de creer en la mala intención personal de los dirigentes del Partido. Naturalmente que no. Los problemas políticos son evidentemente difíciles y complejos".

"La Falange cree mucho más en la sólida defensa que proporciona al catolicismo la íntegra aplicación de su moral, que la que le ofrecen aquellos católicos que quieren defender a la Iglesia mirando, en ocasiones sin confesárselo ni percibirlo, su propio interés, al que tratan de vincular el de la Iglesia, y que cierran sus oídos a lo que dicen otros católicos bien intencionados que están más de cerca de la voz oficial del Papado. ¿No ha dicho cien veces Su Santidad que la actual incredulidad de la inmensa porción de la clase obrera tiene su profundo origen en que ésta erróneamente la ha visto vinculada a las injusticias de los ricos y de los poderosos?"

"En cuanto a los temores de una posible derrota de la derecha en caso de negarse los falangistas a apoyar decididamente al Sr. Ross, los partidarios de la opinión que le expongo expresan que estamos aún a seis meses de la elección y que lo que se pretende es precisamente obtener que se lleve un candidato con mayores probabilidades de triunfo, que sea apoyado con entusiasmo por la derecha entera y que atraiga elementos independientes que ahora se inclinan en tal número al Sr. Aguirre que pueden darle el triunfo".

"Es evidente que si la Falange acuerda continuar contra el Sr. Ross, faltaría a la disciplina del Partido Conservador y se vería en el caso de retirarse de éste, lo que es grave no sólo desde el punto de vista del Partido y de la derecha, sino aún desde el de la propia Falange. ¿Hasta dónde los falangistas responderían al inmenso sacrificio que

para gran parte de ellos significa abandonar las filas de una colectividad política que tienen arraigada en la sangre a través de varias generaciones? ¿Estamos seguros de que ese es el mejor camino que debemos tomar para el futuro triunfo del ideal para cuyo servicio la Falange ha nacido y quiere vivir?"

LA LIBERTAD DE ACCION.

Todavía en la prensa del 27 de Abril Ignacio Palma afirmaba que la Falange no había adoptado ninguna decisión y que en definitiva habrían de resolver los Presidentes Provinciales. En los diarios de ese mismo día se anunciaba que celebraría una conversación con el Sr. Walker.

Al día siguiente la decisión era conocida por todo el país, en circular fechada también el 27, que convoca a reunión extraordinaria de dichos presidentes a fin de ratificar o modificar sus conclusiones.

"Hemos hecho todo lo posible —dice— para que un criterio nacional primara sobre las apariencias apasionadas... para llamar la atención sobre la realidad electoral, que ha sido señalada en toda su magnitud por la lucha municipal... para restarle a la elección un carácter extremista conociendo que su resultado lo da una gran opinión independiente que no quiere ponerse en tono violento. En estas posiciones hemos sido vencidos. Cualquiera que sea el resultado de la lucha hemos salvado nuestra responsabilidad. La Derecha, en una consulta interna en que no participamos, y realizada sin programa, ha proclamado su candidato. Por otra parte, tienen también un candidato único todas las fuerzas más o menos marxistas o anárquicas que militan en el Frente Popular. Consciente de que la Derecha, como conglomerado social, es una fuerza con más capacidad creadora y organizadora que la Izquierda, y que dentro de su forma democrática se defiende más a la persona humana, la Juventud Conservadora nada hará para dividirla".

Tales eran en síntesis los fundamentos de la resolución. He aquí a la letra la decisión:

"La Juventud Conservadora:

1.º—Deja sobre otros la responsabilidad del resultado de la lucha y de la marcha de la elección;

2.º—Da a los falangistas libertad para adoptar personalmente, ante el hecho electoral, la posición que, en conciencia, estime más conveniente para el país;

3.º—Se propondrá crear un ambiente de pacificación espiritual... que fomente... lazos nacionales superiores a los partidos y a los hombres".

Los Presidentes Provinciales ratificaron las decisiones transcritas el 1.º de Mayo, en el entendido de que la libertad de acción "había de interpretarse dentro del espíritu y de la doctrina de la Falange y consecuentemente no podía importar un alejamiento del campo de la Derecha en que la Falange actúa y desea seguir actuando". La lealtad a la Falange misma constituiría la única limitación a dicha libertad.

Tal como los diputados habían prometido adhesión sin reserva y la decisión de acompañar al Movimiento en todas las consecuencias de su actitud, los presidentes provinciales juraron mantener la integridad de sus principios y "asegurar, cualesquiera que sean las consecuencias que pudiera tener para el Movimiento, la prosecución de su línea doctrinaria, una lealtad incondicional e inquebrantable a la directiva...."

POLEMICAS Y REACCIONES.

Las reacciones que produjo tal paso no se hicieron esperar.

Ya el 28 de Abril se redacta un manifiesto suscrito por unas treinta personas, entre las cuales por su actuación posterior se señalan los señores Enrique Cañas, Sergio Fernández, Julio Contreras, Zenón Urrutia, Guillermo Silva Flores,

en que piden que la Juventud Conservadora se someta jerárquicamente rechace la abstención o libertad de acción, preste todo su concurso al Partido y manifieste su adhesión a él.

Luego después, Julio Pereira expresa su desacuerdo con el movimiento. "Lo más puro, lo más noble e interesante que ha producido este país. Sé, porque los conozco, que sus dirigentes son modelos de idealismo, de preparación, de espíritu de sacrificio".

A continuación se publica la opinión adversa a la actitud falangista de Lorenzo de la Maza Rivadeneira.

El 4 de Mayo, la Junta Ejecutiva conservadora declara contraria a la disciplina la circular y censura a los siete diputados que anunciaran "su disposición de faltar a la lealtad debida al partido", al mismo tiempo que confía que en la práctica no se han de producir hechos que la obliguen a adoptar otras medidas.

Ese mismo día se reúne en el Club Conservador un número indeterminable de jóvenes —200 según los diarios, 137 según ellos, apenas 30 de atenerse al testimonio presencial de Bernardo Leighton— y después de oír a los señores Sergio Fernández, Enrique Cañas y José Luis López, organizan un comité provisional compuesto por los oradores y además por los señores Zenón Urrutia, Ricardo Silva González, José Barros Casanueva y Jorge Lyon.

Mientras se redacta el documento que analizará detenidamente la falta de base de las medidas de la Junta, los diputados se quejan de no haber sido oídos previamente y de que "se pretenda cerrar hoy el paso a lo que antes se fomentó y aplaudió" y Bernardo Leighton sostiene que "estos conservadores presididos por el Sr. Sergio Fernández no tienen derecho a menoscabar su jerarquía y prestigio (el de la Falange), que pueden pedir derechamente la disolución de ella y trabajar como deseen en favor del Sr. Ross, que nadie ha impedido, "sin necesidad de señalar como

desleales a quienes creen en conciencia tener razones para no trabajar".

Durante una semana entera los diarios se llenan con las ardientes polémicas en que Cañas y Leighton defienden sus respectivos puntos de vista, hasta que el 16 de Mayo por medio de documentos serenos suscritos por el personero falangista y por Sergio Fernández, en que resumen por última vez sus respectivos pareceres, acuerdan poner término al debate público y someter la discrepancia a la decisión de la Junta Ejecutiva.

El día 20 de Mayo, con el ambiente nuevamente tranquilo, celebra la Falange una entusiasta y bien concurrida concentración en el Miraflores, a la que asisten como observadores algunos políticos de izquierda, lo cual destaca por cierto el diario conservador, y su director, contestando a Eduardo Frei, que se queja del tono de la información, admite que "por lo demás, puede considerarse eso como un progreso que marca una etapa de mayor tolerancia y cortesía en nuestros hábitos políticos".

21 DE MAYO DE 1938.

Durante la ceremonia de apertura del Congreso, el 21 de Mayo de 1938 se produjeron desórdenes que colocaron en el ambiente una nota de violencia de mal augurio para el desarrollo de la contienda próxima.

Por un lado, dentro del mismo recinto del salón de honor, el diputado nacista Jorge González von Marées disparó su revólver en circunstancias que nunca se pudieron aclarar debidamente, pero que dejaron la impresión de un deliberado propósito de suscitar tumultos.

Por otro lado, simultáneamente, a la salida de la concurrencia, los diputados radicales señores Fernando Maira y Justiniano Sotomayor fueron golpeados y detenidos por la fuerza pública.

El Director de Carabineros explicó que dichos parlamentarios habían sido colocados bajo la protección de la policía

con el fin de defenderlos de la acción de la muchedumbre, excusa que resultaba del todo inverosímil.

El responsable del comportamiento de la tropa, porque debió dictar las instrucciones bajo las cuales actuó, aparecía siendo su superior jerárquico el Ministro del Interior.

Contra el Sr. Salas Romo presentó la oposición izquierdista dos acusaciones: una relativa a los hechos provocados por el disparo, que fué desechada por fuerte mayoría, y la otra, relacionada con el tratamiento y detención de los parlamentarios Maira y Sotomayor, rechazada por el estrecho margen de 72 votos contra 70.

Los diputados señores Manuel Garretón, Ricardo Boizard y Manuel José Irarrázaval se pronunciaron en favor de la segunda acusación y no concurrió tampoco a desecharla don Alberto Bahamonde.

Y esto en circunstancia de haber recibido todos los representantes conservadores una decisión oficial de considerarla una votación política en que todos deberían apoyar al Gobierno.

Los diputados disidentes sostuvieron que la decisión era un problema de conciencia individual porque la Cámara ejercía en esa materia una facultad judicial y que, por lo tanto, no cabía en ella aceptar instrucciones políticas sino que determinarse libremente de acuerdo con el criterio que cada parlamentario se formara acerca del fundamento de la acusación promovida. Y en este caso, les parecía que el abuso de la fuerza pública había sido manifiesto y grave, de manera que cubrirlo con la indemnidad resultaba dirigido a preparar y justificar nuevos y tal vez más profundos desmanes.

CONCEPTO DE AUTONOMIA.

Dentro del ánimo violento que en la derecha se extendió en contra de los falangistas como resultado del voto de sus personeros, se abocó el Partido Conservador al examen de sus relaciones con la Juventud.

Habían llegado a poder de la Junta Ejecutiva dos documentos que precisaban las posiciones respectivas de la Falange y de sus enemigos dentro del Partido.

Al día siguiente de declararse por éste contraria a la disciplina la circular dirigida con motivo de la elección presidencial, el Presidente Ignacio Palma nos comisionó para que con Bernardo Leighton confeccionáramos un memorándum destinado a aclarar los vínculos recíprocos entre la Falange y los organismos conservadores.

Esa presentación, redactada sobre la base de una minuta de Leighton, resultó extensa, y de serenidad y elevación en la forma.

Luego de recordar el proceso largo y difícil de la generación de la Falange desarrollado de 1931 a 1935 y la esencial importancia que en el crecimiento subsiguiente tuvo la libertad e independencia que sus organizadores exigieron y le fué reconocida y aprobada, expresa:

"Se buscaba establecer, dependiente del Partido, pero sin engarzarla en la trabazón de su jerarquía, una organización destinada a encauzar un movimiento de difusión ideológica y de proselitismo que sirviera de puente de unión entre el Partido y la juventud católica que no comulgaba con él. Este movimiento debía tener la suficiente libertad de acción, la necesaria soltura en sus actitudes, que le permitiera ganarse la confianza de la juventud que, incorporada primero a él, sería posiblemente conquistada después para el Partido, en caso de que fuera capaz de destruir ese ambiente de antipatía con que en muchos sectores era mirado el Partido Conservador".

En tal solución no había peligro alguno, desde que decíanse idénticos los principios que inspiraban a la juventud y al Partido, y era ella fruto de hondas y dilatadas meditaciones que la habían precedido y del buen resultado de experiencias análogas en otros países.

La ecuación a que después de tan lenta elaboración se había llegado, era la autonomía que la Juventud creyó dejar

claramente establecida en los estatutos, que no exigían por eso que sus adherentes fueran conservadores. Esa autonomía la sostuvo siempre y ahora que se la pretendía desconocer tenía que defenderla.

"Autonomía no significa jamás separación, ni absoluta independencia, ni menos oposición y lucha entre el organismo que es autónomo y aquel respecto del cual se establece la autonomía. Esta quiere expresar que lo que tiene esa calidad goza de plenas atribuciones para determinar su actividad, dentro de los estatutos que señalan los fines para los cuales ha sido creado. Como lo dice el Diccionario, autónomo es aquello "que de nadie depende bajo ciertos conceptos", o sea, respecto del cumplimiento de sus fines específicos. El cuerpo autónomo persigue no todos sino que algunos de los fines a que está llamado el organismo mayor al cual la autonomía se refiere... está al servicio del principal de que depende y el límite de su autonomía se encuentra en que debe existir un régimen adecuado de control, que le impida que se aparte del fin de su existencia. Pero nadie más que el organismo principal debe constituirse en el celoso guardián de dicha autonomía, porque es ella la base de su eficiencia, ya que se crea justamente el organismo autónomo con el objeto de que tenga un desarrollo más adecuado y completo que propenda al robustecimiento y vigor del organismo principal".

El concepto de la autonomía penetra, por lo demás, cada día en nuestras instituciones jurídicas y es la base de la existencia de muchos de nuestros organismos públicos.

"La Falange Nacional exige plena autonomía para la expresión, sin ambages ni atenuaciones, con absoluta sinceridad, sin presiones ocultas de elementos tímidos o interesados, tal como ella considera que aparece de la enseñanza del Evangelio y de la Iglesia —a la cual desea ser siempre fiel y que ama por sobre todas las cosas del mundo— ese orden social cristiano cuya realización el Partido proclama con tanta verdad como la esencia de su fin político. La Ju-

ventud Conservadora cree que la doctrina del catolicismo social, que ha encontrado en Su Santidad Pío XI tan brillante apóstol, tiene universal aplicación y que sus normas y consejos deben ser seguidos aún en este apartado país, que sufre serias dolencias a las que es urgente poner remedio si no deseamos esperar confiados en el terrible despertar del odio que, por incomprensión de la clase dirigente, ha sorprendido a otros países". Ese orden social cristiano significa proclamar que "el fin esencial de la colectividad es la obtención de la felicidad temporal de todos los hombres, cristianos y no cristianos, y considera que, cuando en un país no existe unidad de creencias, la misión de un Estado Cristiano no será imponer su idea religiosa, sino que su papel se hallará en buscar, inspirado en la justicia y en la caridad, y respetando las ideas de todos sus miembros, el bienestar espiritual y material que les conduzca a su pleno desarrollo físico, intelectual y moral". "Ella (la Falange) necesita también plena autonomía para hacer ambiente en el orden político al cambio de nuestras instituciones democráticas inspiradas en los postulados del liberalismo por otras que consideren en forma más adecuada los derechos de la persona y se cimenten en la jerarquía natural de las sociedades humanas, familia, comuna, corporación".

La última parte del memorándum en referencia sostiene que la Falange no faltó a la disciplina en el asunto presidencial por cuanto su opinión fué formulada en ejercicio de un derecho elemental antes de toda decisión del Partido, y cuando decidió no concurrir a la Convención lo hizo para lograr la modificación de las bases en momentos que ello resultaba sumamente fácil, razonable y posible.

Ahora bien, ante la proclamación oficial hecha por el Partido, la Falange terminaba su oposición y dejaba que sus miembros conservadores actuaran como tales en favor del Sr. Ross, dentro de los organismos competentes del mismo partido, de acuerdo con los propios estatutos de la Juventud, que ordenaban que la acción política de sus miem-

bros se realizara a través de la estructura jerárquica de la colectividad. Ello resultaba tanto más lógico cuanto que la Falange como organización no constituía fuerza electoral según los jefes conservadores, dados sus fines de formación y de propaganda, y, si se había prescindido de ella, como tal, para decidir la candidatura, no resultaba consecuente ni conforme con el patrón que se invocaba, exigirle el apoyo oficial y colectivo a la postulación lanzada.

La Junta Ejecutiva tenía también en su poder la exposición que, en cumplimiento del acuerdo celebrado, redactara Sergio Fernández, que, con fecha 30 de Mayo y firmada además por los señores Ricardo Silva, José Barros, Enrique Cañas, Jorge Lyon, José Luis López y Gregorio Lizana, contiene una síntesis de los cargos que se formulaban a la organización juvenil.

La presentación silencia los orígenes del movimiento e inicia la narración de los hechos con el recuerdo de Octubre de 1935 y de la simpatía que le manifestara el Partido con cuyo apoyo conquistara Ministro, diputados y regidores. "Es indudable que la obra del Movimiento ha sido beneficiosa por la propaganda que ha realizado, por su penetración en las clases media y obrera, y porque ha contribuído eficazmente a alejar la juventud del nacismo. Pero, por otra parte, muchas de sus actitudes han dado margen a que aparezca en el Partido un profundo divorcio, que en realidad no existe, entre sus elementos jóvenes y los que tienen su dirección y control, situación que ha venido a agravarse con la actitud que este Movimiento ha asumido ante el problema presidencial".

El comienzo de infracción a los estatutos se habría encontrado, según el documento aludido, en propiciar una quina de candidatos, porque penetraba en el campo en el cual la acción política de los jóvenes debía ejercerse dentro de los cuadros del Partido, pero la falta grave a la disciplina se produjo cuando adhirió a la candidatura del Sr. Matte y acordó no asistir a la Convención, y culminó con el acuerdo

de libertad de acción que fué declarado oficialmente de ese carácter por la Junta Ejecutiva.

La Falange tendría un concepto equivocado de su autonomía y del derecho de incorporar a sus filas a no conservadores y de su tendencia de mantener contacto con fuerzas de izquierda dieron ejemplo los señores Leighton y Garretón al aceptar comer juntos y cambiar ideas con dirigentes socialistas, leninistas y trotzkistas, y al convidar a algunos destacados políticos de la izquierda el 20 de Mayo.

Esta posición habría tenido consecuencias en la acción parlamentaria y en los municipios y en las ideas atentatorias a los principios fundamentales del orden social cristiano contenidas en el trabajo presentado por el Sr. Góngora en Octubre de 1937.

Por esos motivos se habría llamado con clamoroso éxito a los jóvenes conservadores de todo el país a fin de obtener el reajuste de la Falange dentro del espíritu y la letra de sus Estatutos, lo cual no acarrearía influencia en el campo electoral al estar formada en un 90% por miembros del partido.

"Considere la Junta, —terminaba diciendo— que si no se toman medidas precisas y enérgicas, priva a la mejor parte de la Juventud Conservadora, de actuar organizada como tal, ya que no podría permanecer en la Falange, dado su criterio diametralmente opuesto para apreciar su oposición frente al Partido en el cual milita. En cambio, permanece organizada el resto de la juventud bajo una dirección que poco a poco la va minando y carcomiendo por la influencia de su errado criterio y por la presencia de elementos extraños al conservantismo en el seno de él".

UN ACUERDO DE REORGANIZACION.

Para el 5 de Junio de 1938 estaba convocado el Directorio General del Partido Conservador con el fin de proceder a nueva elección de la Junta Ejecutiva que terminaba su período.

La sesión no pudo ser presidida por el Sr. Walker, cuya salud se resintió apreciablemente en aquella época, sino por el primer vice-presidente don Joaquín Prieto.

El Sr. Walker fué confirmado en su puesto y salieron definitivamente de la Junta los miembros que habían renunciado como consecuencia de su disparidad de apreciaciones ante el problema presidencial.

Don Francisco de Borja Cifuentes, no satisfecho con el acuerdo del día anterior en que la Junta censuró enérgicamente a los diputados Bahamonde, Garretón, Boizard e Irarrázaval por haber desobedecido la orden que les fué comunicada de votar en contra de la acusación, pidió la expulsión de dichos parlamentarios, pero como la sesión no había sido convocada con este objeto ni se había oído a los afectados, se dejó la decisión sobre este punto para una próxima que quedó desde luego acordada para el 10 del mismo mes.

En defensa de la decisión de la directiva, el Sr. Prieto sostuvo que, suprimida la interpelación parlamentaria en 1925 al instaurarse el régimen presidencial, la acusación se había transformado en arma política, como único instrumento capaz de derribar a un Ministerio o a un Ministro que no contara con la confianza de la mayoría y que, en consecuencia, el derecho de calificar si se apoyaba o no la acusación interpuesta competía a la autoridad de los partidos y no quedaba al ejercicio del criterio individual de los diputados, porque reconocerlo así significaba la anarquía partidista.

El Directorio, al cual asistieron 106 miembros, entró en seguida a considerar el voto propuesto por Sergio Fernández en el cual, con fundamentos análogos a los de su presentación, pedía que se declarara en reorganización la Juventud Conservadora y se autorizara a la Junta para designar una comisión de cinco personas destinada a efectuarla.

"El Sr. Arnaldo Rodríguez Lazo —dice el acta— mani-

festó que a su juicio había errores de apreciación en la exposición del Sr. Fernández, y terminó diciendo que en su opinión, la Juventud Conservadora se mantendrá dentro de la disciplina del Partido. Se produjo un extenso debate sobre este asunto, y algunos directores generales solicitaron que se oyera previamente a los representantes de la juventud, acordándose que se procederá a hacerlo dentro de la comisión que atenderá la reorganización propuesta. Terminado el debate, se aprobó el voto del Sr. Fernández con la modificación a que se hace mención".

LA RAZON SE IMPONE.

El 10 de Junio tuvo lugar en efecto la nueva sesión en que el Directorio General debía pronunciarse sobre la medida de expulsión de los diputados.

El Sr. Gumucio llevó escrito uno de los discursos más documentados y brillantes de su carrera política en el cual, con un conocimiento profundo de la política nacional y de la de su partido, demostró que la actitud de los parlamentarios guardaba armonía con lo más noble de la tradición conservadora que se refería a la defensa de las libertades cívicas; que ante el derecho público la acusación constituía parte integrante de un juicio y que la directiva partidista no tenía derecho a ordenar en tal materia una decisión; que en el peor de los casos para los afectados se trataba de un asunto discutible que no importaba una clara manifestación de indisciplina; que si él personalmente hubiera sido llamado a pronunciarse lo habría hecho del mismo modo, convencido del atropello del Ministro Salas Romo; que la medida de expulsión propuesta era en absoluto desproporcionada; que la tradición conservadora demostraba que faltas mucho más graves tuvieron una sanción más suave o ninguna; que con ese criterio casi todos los altos dirigentes que allí se reunían habrían dejado de estar fuera de la colectividad porque en diversas oportunidades habían cometido indisciplinas de ma-

yor trascendencia e hizo al efecto prolija y convincente enumeración. Como parte de su exposición aprovechó para decir una vez más valientemente, en términos que no fueron publicados, los motivos de su aprensión en cuanto al desenlace de la contienda próxima.

Los diputados censurados hicieron por su parte tan llana y sincera exposición de sus puntos de vista y de las graves causas de la actitud que habían adoptado por imperativos íntimos, —en ningún caso inspirada en el deseo de alterar su voluntad de sometimiento a la directiva en lo político,— que el autor del voto, cogido por el ambiente, se vió en el caso de retirarlo.

Simple resultado de esta pacificación de los ánimos fué la revisión del acuerdo anterior. "Los señores José María Cifuentes y Luis Gutiérrez Alliende —dice el acta— manifestaron que, si bien esta sesión había sido convocada con un objeto determinado, ellos creían, en vista de la armonía que reinaba entre todos los asistentes y del buen propósito que existía de poner término a todas las dificultades que se habían suscitado en el partido estos últimos días, que había conveniencia en aclarar el voto aprobado en la sesión anterior referente a la reorganización del organismo del partido denominado Juventud Conservadora. Al efecto agregaron que del debate habido en la última sesión se desprendía que el propósito que se tuvo al aprobarse aquel voto, fué el de encauzar las actividades de la juventud dentro de sus estatutos y no, como algunos querían suponer, el de poner término a las actividades del referido organismo. Para dejar bien en claro este pensamiento presentaron el siguiente voto: "El Directorio General fijando el alcance de su acuerdo anterior sobre reorganización de la Juventud Conservadora, manifiesta que no persigue medidas contrarias a esa organización o a sus miembros, sino exclusivamente declarar la necesidad de estudiar un medio más adecuado para regular las relaciones que deben existir entre la Juventud Conservadora y los organismos directivos del Partido. Para este

efecto el Presidente del Partido designará una Comisión". "Referente a esta proposición —continúa afirmando el acta— el diputado don Sergio Fernández manifestó que aceptaba esta aclaración, siempre que quedara establecido que en ningún caso la Juventud Conservadora podía apartarse de las normas de disciplina del Partido Conservador y de las directivas que le imparta a la Juventud Conservadora. El presidente manifestó que estos puntos quedaban involucrados en el estudio que debía practicar la comisión al señalar las normas por las cuales debía regirse esta organización del Partido en sus relaciones con la Junta Ejecutiva. En vista de estas explicaciones hubo asentimiento para aceptar el voto de los señores Cifuentes y Gutiérrez Alliende".

De tal modo cambió el ambiente de la sala que la Junta se vió en el caso de pedir un voto de confianza, que le fué otorgado.

UNA COMISION QUE NO FUNCIONA.

Una semana después era designada la Comisión acordada y la integraban los señores Walker, Cruz Coke, Muñoz Cornejo, Fernando Aldunate y Maximiano Errázuriz.

¿Qué ocurrió después de este nombramiento?

Don Horacio Walker dirá más tarde, en momentos de gran pasión: "Por desgracia dicha comisión no encontró la cooperación necesaria para su labor que le había sido ofrecida, y después, la campaña presidencial suspendió su funcionamiento".

Lo más probable es que fuera sólo este último el motivo que impidiera que la comisión no llegara a resultado alguno.

Para creerlo así tenemos presente que Sergio Fernández dió a la publicidad en aquellos días un violento folleto en contra de la Falange que incluía el texto de la presentación hecha a la Junta Ejecutiva, sus anexos y el acuerdo del Directorio de 5 de Junio.

Esa publicación, que ni siquiera dejaba testimonio del

acuerdo complementario de 10 de Junio, no parecía destinada a solidificar el ambiente propicio que dejara la sesión de esta última fecha, y en artículo de "Lircay", en que procurábamos refutar las afirmaciones contenidas en ese libelo, nos preguntábamos si era leal que en esos momentos en que estaba actuando la comisión se crearan nuevamente complicaciones y dificultades como las que la repartición de tal documento representaba.

Una actitud discordante con la serenidad que había presidido la reunión del 10 de Junio y que formaba la base del éxito de la comisión nombrada, lo constituyó también la renuncia formulada por don Lindor Pérez Gacitúa a su cargo en la Junta, fundada, según decía, en ese momento en que no había nadie en tela de juicio, a fin de que el Directorio General determinara cuáles eran las facultades de la Junta, cuáles las de los parlamentarios ante la Junta y cuál es la posición de la Juventud Conservadora y Falange ante su pretendida autonomía. Tales materias o eran de la propia competencia de la comisión en funciones o vendrían a aclararse como resultado de su labor. El abrir nuevo capítulo por parte de los enemigos de la juventud sobre lo mismo para lo cual la comisión se había creado no resultaba ciertamente la mejor forma de colaborar a la tarea que se le había entregado.

Contribuye todavía más a creer que no fueron tropiezos nacidos de la juventud los que impidieron llegar en esa época a un fin útil la carta tan sincera que uno de sus más auténticos personeros, Bernardo Leighton, dirige a don Horacio Walker el 28 de Noviembre, en la cual le recuerda que antes de las elecciones tuvo el agrado de conversar con él y coincidieron en la necesidad de que una vez pasadas ellas se estudiara una fórmula concreta que sirviera para establecer y aclarar en definitiva las bases de aquellas relaciones.

Refuerza aún la conclusión de que fué sólo el ajetreo de la preparación de la jornada electoral el motivo determinante de que la comisión no se reuniera, el hecho de que

el ambiente por parte de los miembros de la juventud fué cada día más favorable al trabajo decidido en pro de la candidatura derechista, de manera que esta circunstancia, unida a la fe que los altos jefes conservadores tenían puesta en el eventual desenlace de la contienda, contribuyó a diluir la preocupación que la actitud colectiva de la Falange causó en un comienzo.

Poco a poco se fué convenciendo la directiva conservadora de que era tan leal el espíritu que animaba a los jefes juveniles, que lograron la revocación de las instrucciones que obstaculizaban el trabajo de sus máximos personeros en forma principal y pública en las provincias que encabezaban, en aquellas partes en que las circunstancias locales llamaban a la Falange misma a tomar una actitud predominante, como ocurrió por ejemplo primero en Punta Arenas y más tarde en Tarapacá y Antofagasta.

A tal punto se convirtió la posición de abstención oficial del Movimiento en algo puramente teórico que la Falange, el 20 de Agosto, creyó del caso desmentir los rumores de que su acuerdo había sido modificado en general y sostuvo que sólo era alterado en aquellos casos particulares en que las necesidades de la candidatura lo exigían y que la libertad de acción individual satisfacía con amplitud y era prudentemente utilizada por los falangistas de todo el país.

EL JUICIO DE LA IZQUIERDA.

En la Cámara, la izquierda política criticaba a la Falange por la contradicción que creía ver en ella al comprobar el apoyo que sus miembros prestaban a la candidatura del Sr. Ross, después de haber expresado un juicio adverso a éste.

La alusión más directa fué hecha por el diputado socialista don Salvador Alliende y creyó del caso contestarla Ricardo Boizard.

"Se ha dicho que los falangistas o que algunos falangistas

están trabajando en muchas partes por la candidatura presidencial del Sr. Ross. Reconozco que ello es verdad: acogiéndose a la línea de acción que la Falange estableció hay muchos falangistas en el país, una gran parte, que está trabajando por la candidatura Ross. ¿Le parece que con ello se contradice el espíritu doctrinario de la Falange, que no se siente representada oficialmente por aquella candidatura?"

Más contradictoria resultaría, a juicio del orador, la actitud de los socialistas, y entre ellos del propio Sr. Alliende, al adherirse al nombre del Sr. Aguirre Cerda, un burgués auténtico.

"Pero hay una diferencia entre nosotros y vosotros, y es la de que vosotros habéis puesto vuestra bandera, habéis puesto todo un partido al servicio de un candidato burgués, y nosotros no tenemos nuestra bandera al servicio de nadie; queremos mañana luchar por una justicia nueva, por una política nueva, por un mundo nuevo en que lo burgués se disuelva, bajo todos sus aspectos, con su capitalismo, su fascismo y su Revolución Social; en que surja al fin la verdadera libertad y la verdadera justicia de la civilización cristiana".

Alliende le responde: "Yo digo que nada puede detenerlos para estar junto a nosotros: les bastaría cortar el cordón umbilical que les une al Partido Conservador para que, con cristiana verdad, se unieran al Frente Popular". Nada tendría que temer la Iglesia de esta combinación política ya que únicamente la combatirían "cuando ésta transforme su poder espiritual en un poder político al servicio de determinada causa".

En la sesión siguiente, del 31 de Agosto, Boizard le replica que de seguir puramente el texto de las aspiraciones proclamadas las mismas razones con que se pretende pedirle su adhesión al Sr. Aguirre Cerda debieran inclinar a la Falange a unirse oficialmente al Sr. Ross, que también ha consignado bellas promesas. "Pero no entregamos esa ban-

dera ni queremos entregarla a nadie porque la política que sustentamos no se funda en palabras, sino en hechos... y las Izquierdas y las Derechas derivadas de un materialismo común, aunque muchas veces no lo sepan, ni sean culpables conscientes, están movidas, detrás de las grandes palabras, por hilos invisibles de intereses, de negociados, de explotaciones y demagogias".

En el movido debate intervienen también por una parte el Sr. González Videla para protestar en palabras extremadamente violentas del ataque del Sr. Boizard al candidato izquierdista y, por la otra, el Sr. Garretón para llamar nuevamente a la tranquilidad y a la paz entre las corrientes en lucha.

EL 5 DE SEPTIEMBRE.

Esa era la situación, que importaba un desenvolvimiento normal de la cosa pública, cuando el 5 de Septiembre de 1938, 63 muchachos rendidos e indefensos eran exterminados sin piedad en una orgía de sangre increíble en nuestra historia, después de haber sido lanzados al martirio por la mentalidad descontrolada de su caudillo que desde lugar seguro impartía las instrucciones a los admiradores que entregaron sus vidas en el edificio del Seguro Obrero.

Un resto de hombría de bien condujo al líder nacista a reconocer su culpabilidad y a terminar así, para siempre tal vez, su carrera de caudillo, y desde luego por cierto, el movimiento fascista que encabezaba desde hacia un lustro y a cuyo combate la Falange había entregado lo mejor de sus energías.

La oposición izquierdista procuró explotar en su beneficio los horrores de esa matanza de cuyos detalles se imponía minuciosamente al país desde las columnas de sus publicaciones y en ellas se cargaba la responsabilidad al gobierno, que presentaban como íntimamente vinculado a la candidatura del Sr. Ross.

La prolongada privación de la libertad que sufría el Sr. Carlos Ibáñez, y que resultó en definitiva sin razón jurídica, contribuyó también a fortalecer las expectativas del Sr. Aguirre Cerda, que veía de un día para otro unidos a él nuevos e importantes elementos como aquellos que encarnaba la reacción producida por el sacrificio de vidas y por la prisión arbitraria.

La Falange estimó indispensable salvar el régimen democrático y acompañó con sus votos a la derecha en la concesión de facultades extraordinarias pedidas por el gobierno, previa la promesa de que el Partido Conservador se retiraría del Ministerio si el Presidente de la República no sustituía al Sr. Salas Romo por otro hombre que diera confianza a la opinión nacional. El Sr. Boizard habló en esa oportunidad a nombre suyo y en el de sus colegas Bahamonde, Durán, Echenique, Garretón, Irarrázaval y Larraín y manifestó que votaban en favor de las atribuciones requeridas "en virtud de un compromiso de honor con personas que nos merecen fe de que estas facultades sólo se emplearán para los fines exclusivos de detener el complot revolucionario que ha estallado en el país y a la vez el gobierno adoptará una decisión que no pueda ser tachada de parcial ni de interventora, ampliando la base de confianza y de opinión con que cuenta".

Renunció el Ministerio y, aún cuando el Sr. Walker negó que hubiera existido el compromiso aludido, como fuera desechada la dimisión del Sr. Salas Romo, los representantes conservadores salieron del Gabinete pero el Partido aseguró que continuaría prestándole su cooperación.

ROSS.

En tal forma las características de la lucha electoral quedaban definitivamente planteadas.

Los diarios de la derecha agotaban sus medios de expresión para dar a sus lectores la convicción que sus redactores

tenían en el buen éxito, que se daba por seguro y descontado.

Las noticias sobre las cifras de la caja electoral circulaban de boca en boca y los dirigentes de la campaña se anticipaban a celebrar el triunfo en la casa del Sr. Ross, que tenía abierta mesa suculenta, o fuera de ella.

Pero simultáneamente los defectos del candidato que se habían temido resultaban confirmados cada día.

Hombre del todo cerebral y acostumbrado a la especulación abstracta, sin ningún conocimiento de la psicología humana, con una inconcebible falta de trato y de atracción personal, parco y dogmático en la expresión enfática, carente incluso del hábito de comunicar en fuerte apretón de manos la vibración de simpatía y de afectos que el contacto de los demás despierta, y ello en un país en que reina la amistad y todo lo consiguen las pequeñas gentilezas, podía decirse que acumulaba las cualidades que llevan al fracaso y que constituían el completo reverso de aquellas que al Sr. Alessandri le habían conquistado sus mejores y fáciles éxitos. Estaba desprovisto incluso del instinto de la galantería en el comportamiento social. En cierta capital provinciana todas las señoras de la ciudad lo precedían en desfile a pie mientras el postulante presidencial marchaba detrás dentro de elegante automóvil.

Y todavía más, para completar el divorcio suyo con el electorado, los principales dirigentes de sus trabajos resultaban escogidos según la hechura del candidato y para subrayar sus defectos, y parecía reunido con especial cuidado un conjunto de personas carentes de irradiación y de maneras, incapaces de comprender a las multitudes y aptas para suscitar sus resistencias.

Las labores preparatorias demostraban ostensiblemente por cierto la holgura de los medios económicos, en cuya eficacia se colocaba voluptuosamente la llave del brillante éxito inminente: magníficos afiches y proclamas, bien guarnecidas secretarías, eficientes reportajes, numerosas co-

misiones recaudadoras, exageración de las altas sumas acumuladas y la promesa regocijada de un derroche sin límites en el día crucial.

Y el mismo 25 de Octubre la ceguera se prolongaba hasta media tarde y se lo daba por triunfante por cien mil votos.

Pero a las ocho de la noche las calles de Santiago veían pasar alegres a las multitudes que habían colocado su esperanza en el señor Aguirre Cerda.

LA DESMORALIZACION DEL FRACASO.

La dolorosa sorpresa causó profunda desmoralización en la opinión derechista que no estaba preparada para tamaño golpe después de que su prensa durante largos meses la había acostumbrado a saborear por anticipado las delicias de la victoria.

Primero se pensó en que pudieran prosperar algunas reclamaciones que lograran alterar el nombre del elegido, pero pronto el candidato mismo resolvió retirar las solicitudes presentadas. Se escudó en una pretendida intervención del ejército y carabineros, publicando al efecto cartas que a sus generales pidió en carácter privado y que los jefes de dichas instituciones le dirigieron sin soñar el uso que pensaba darles.

Luego también empezó a ser acusado el bando perdedor de aprontarse a una intervención de la fuerza pública que impidiera la entrega del mando al Frente Popular, bajo pretexto de que ya existía el estado revolucionario en el orígen atribuído al retiro de las reclamaciones.

Era difícil resignarse a la derrota, pero no cabía otro camino si no se quería retrogradar en la evolución jurídica y democrática justamente después de que por primera vez desde 1920 un mandatario concluía su período legal, ahora de seis años.

La situación era grave, independientemente de sus aspectos políticos, en el orden religioso, desde que no se sabía

si en este campo esencial para los católicos el Frente Popular iba a seguir el desgraciado ejemplo español o sería capaz de mantener el respeto que lo contuvo en el caso francés.

Afligido con estos temores, don Rafael Luis Gumucio logró obtener del señor Aguirre Cerda la promesa formal y solemne de que su gobierno dejaria amplia libertad a la Iglesia para el cumplimiento de su misión. Los detalles de este señalado servicio prestado por el Sr. Gumucio, con emocionado impulso religioso y patriótico, aparecen de la correspondencia publicada después de su muerte, por expresa voluntad suya que se publicó en "La Nación" y en "Politica y Espiritu", (N.º 25 de Agosto de 1947).

Pero el golpe habia sido grande en exceso y era necesario buscar las responsabilidades dentro de las fuerzas que votaron por el Sr. Ross.

Muy pronto empezó a correr una versión según la cual la culpa del fracaso no recaía en los politicos miopes que habian conducido la campaña con total ignorancia del mapa electoral y de las condiciones más elementales de psicología social y humana, sino que en el sector que con clarividencia comprendió el error que se cometía y agotó sus medios para tratar de evitarlo, precisamente porque apreciaba con más sinceridad y visión los males que acarrearía para el país el desastre temido.

En la descompostura y la angustia de la depresión colectiva, los jóvenes falangistas, que nada significaban antes de la elección ni siquiera para consultarlos y derrotarlos en la buena lid de la discusión democrática, pasaron a ser los causantes precisos y determinantes del hecho producido.

DOS LIDERES SE ENFRENTAN.

Como consecuencia de este estado del espíritu colectivo, el problema de las relaciones entre la juventud organizada y el Partido, que había quedado adormecido como dijimos, por

la preocupación absorbente de la jornada del 25 de Octubre, revivió con vigor al día siguiente.

En realidad, antes de esa fecha no había interés alguno en agravar ni decidir ese diferendo. No era lógico aumentarlo porque debía contarse hasta donde se pudiera con el auxilio que los jóvenes a través del territorio debían prestar al candidato de la derecha. Ni era tampoco útil definirlo antes, ya que importaba correr un riesgo que podía ser perjudicial para las conveniencias de la empresa en marcha y, por otra parte, resultaba inútil puesto que el curso mismo de los acontecimientos indicaría la solución. No se dudaba por cierto de cuál sería el sentido de esa decisión en caso de que la suerte acompañara, como todos esperaban, al Sr. Ross.

Desde luego en el campo falangista la reacción producida ante el desenlace electoral fué de honda preocupación por el porvenir del país y del propio Partido Conservador. El 6 de Noviembre de 1938 don Rafael Luis Gumucio anota que la noche anterior ha concurrido a una comida en la cual fueron comensales, entre otras personas, el Doctor Cruz Coke, Pedro Lira, Manuel Garretón, Eduardo Frei, Ignacio Palma, Manuel Sánchez, Bernardo Leighton. "El objeto de la comida, (pedida por Pedro Lira), era conversar sobre lo que la Falange debía hacer en la situación política y social producida con el triunfo de Aguirre Cerda. Se conversó hasta medianoche en la mayor uniformidad de pareceres. Hubo discusiones aclaratorias; pero no contradictorias. Todos estuvimos de acuerdo en lo siguiente: necesidad de mantener la unión del Partido Conservador; necesidad de que la Falange, con su actitud, desvirtuara la desconfianza injusta que hay respecto de ella; necesidad de que no se siga una política de extremismo derechista; necesidad de que la Falange renueve al Partido Conservador; necesidad de una política más comprensiva, más conforme a la filosofía católica y más de acuerdo con las realides nacionales; necesidad de que la Falange intensifique y agrande su acción; necesidad

de que la Falange realice la empresa de impedir que el socialismo se apodere del país".

En tal espíritu recibía, pues, la Falange el problema que veía venir para ella, en vista del cambio nacional, en su vida interna y en su acción exterior.

La agudización de la discrepancia entre el Partido y la Falange iba a ser influenciada por las condiciones de carácter y de manera de ser de las dos personas que encabezando ambas colectividades iban a encarnar en ellas mismas la posición de sus respectivas representadas.

No se pueden en verdad aquilatar las causas del desenlace sin fijarse en las cualidades y en el estado de ánimo con que enfrentaron los acontecimientos los políticos que tuvieron el peso directivo máximo de las dos tendencias y aún cuando todo ello queda puesto de relieve en el curso mismo de los sucesos parece útil referirse previamente a este factor de la ocurrencia posterior.

Don Horacio Walker, el mejor dotado de los políticos conservadores, gozó siempre de sólido prestigio en la juventud que admiraba sus virtudes públicas y privadas; la sinceridad de sus convicciones democráticas; su valentía en los sucesos que llevaron al derrocamiento del Sr. Ibáñez; su oratoria elocuente y vigorosa; su clara comprensión de la importancia y utilidad del movimiento organizado; y, sobre todo, su cristianismo robusto, auténtico y viril. La juventud comprendía que cualquiera discrepancia de criterio entre el Sr. Walker y ella se explicaba con facilidad por diferencia de formación y de ambiente, pero no provenía de un distinto grado de desinterés en la consagración al bien público ni de fidelidad en la adhesión fervorosa a los postulados cristianos. Y eran esas cualidades la mejor garantía, que aseguraba una adhesión inquebrantable de parte de la organización juvenil, adhesión que, como veremos, por el lado de ella, no falló.

Don Horacio Walker nunca fué un partidario ciego de la candidatura del Sr. Ross ni tampoco manifestó una actitud

decidida contraria a ella, por lo menos en forma pública. Algo ha de haber contribuído tal vez en esta frialdad la gran admiración que profesó siempre al Sr. Gumucio con el cual mantuvo en todo tiempo, que nosotros sepamos, sincera amistad, mutuamente correspondida. Pero lo cierto es que cuando el Partido tomó la decisión se transformó en el ejecutor leal y entusiasta del acuerdo adoptado.

En el proceso eleccionario sufrió el Sr. Walker una dolencia que amenguó la plenitud de sus energías y que fué origen quizás de una disminución de su influencia personal y de que algunos errores de la dirección de la campaña no se evitaran por medio de una intervención suya más plena y directa.

En todo caso, la derrota constituía un fracaso de su carrera política con tanto mayor razón desde que se atribuía a la actitud de la organización juvenil a la que con tan leal propósito había favorecido y cuyo auge seguramente procedía, por lo menos en parte, de su apoyo constante y decidido. La Falange por su lado siempre había estimado la trascendencia de la intuición política del Sr. Walker en el desarrollo que sus ideales habían podido alcanzar dentro del marco conservador.

No era fácil que el Sr. Walker se adelantara a reunir a la autoridad máxima de su partido, y manifestara a los directores generales que estaba dispuesto a someter a su consideración su comportamiento político por medio de la renuncia a su cargo en vista del resultado de la elección y a obtener en forma franca y directa una expresión de confianza.

Era más humano que, ofuscado y paralogizado por los temores que le afligían, se volviera irascible y descompuesto en contra de sus amigos del día anterior y les increpara dolorido su ingratitud, al mismo tiempo que les imputaba la gran responsabilidad en la instauración del Frente Popular.

Por lo demás, el comportamiento del Sr. Walker en la

incidencia falangista fué una de las muchas expresiones de la alteración que le causó el no esperado golpe del 25 de Octubre.

Fué en esos días el más decidido defensor de las reclamaciones electorales; dedicó sus más apasionados juicios a convencer al país de que se encontraba en plena revolución, acreditada en las cartas de los jefes del Ejército y Carabineros, prescindiendo de la consideración esencial de que ellas fueron pedidas por el Presidente de la República y por el mismo Ross y suscritas sin sospechar su publicidad por éste; se mostró indignado con los diarios de derecha porque no continuaban demostrando fe en la victoria final de su candidato; ordenó a los parlamentarios conservadores que no concurrieran al Congreso Pleno y renunció finalmente a su cargo por la desobediencia a esta decisión que algunos parlamentarios estimaron nefasta para el país.

En la destemplanza, en el desaliento, en la desilusión de un jefe vencido, que en tales horas renegaría en lo íntimo de su debilidad de haberse dejado finalmente conquistar por la pasión rossista, le correspondió al Sr. Walker tomar determinación en el problema de la juventud de su partido.

Por el otro lado, acababa de asumir la Presidencia de la Falange Manuel Garretón Walker, que no era la persona más indicada, por desgracia, para manejar en ese instante los sucesos, menos para entenderse con quien una comunidad de sangre contribuía seguramente a hacer trabajar en un mismo sentido y no en forma complementaria cualidades y defectos que no se conjugaban así en dirección armoniosa hacia una solución de concordia.

Era entonces Manuel Garretón el más rígido, dogmático, consistente y completo expositor del ideario falangista y quien más le dió novedad, originalidad y personalidad a la forma de su exposición, aún cuando quienes no participaban de su criterio le tacharan oscuridad en la expresión y lo calificaran como incomprensible.

Pero se presentaba simultáneamente como el menos flexible y dúctil de los políticos juveniles. Ponía en su actuación la misma inflexible severidad y dureza de forma de su pensamiento. Ninguno había sido más difícil de convencer en cuanto a la ventaja y posibilidad de servir los postulados del catolicismo social dentro del Partido Conservador y por eso había prolongado su permanencia a la cabeza de la juventud universitaria de Acción Católica. Hombre por otra parte de una pieza, profundamente leal, sincero en sus actitudes, sin intenciones dobles, franco, directo, preciso, sin ambigüedades ni complejidad algunas.

Pues bien, para dar solemnidad al comienzo oficial de las funciones de Presidente de la Falange, que recibía de su antecesor Ignacio Palma, discurrió celebrar una solemne asamblea en el local de Amunátegui con tan nutrida concurrencia que repletó el gran patio central y todas las piezas adyacentes. Era el 16 de Noviembre.

"La Falange Nacional —dijo— no participó como movimiento en la campaña electoral recién pasada. Votamos por el Candidato de las Derechas para evitar las consecuencias del Frente Popular y la penetración del marxismo que es su principal motor ideológico. Un gran número de falangistas participó también individualmente en los trabajos electorales de dicho candidato. Al proceder en esta forma, contribuímos honradamente, en cuanto nos era posible contribuir, a evitar el triunfo del Frente Popular".

Sostuvo también que no estaban en la Falange los responsables de la derrota, como quería ahora sostenerse, sino en las fuerzas que no habían tenido la visión necesaria para comprender que iba a ocurrir lo que sucedió y que ella había intuído. Y calificó a la Derecha como temerosa y caduca.

Con lo ya dicho, puede apreciarse que las palabras de Garretón eran precisamente las indicadas para provocar la reacción enérgica del Sr. Walker.

VIOLENCIA INUSITADA.

A raíz del discurso de Manuel Garretón preparó el Sr. Walker un manifiesto que hizo firmar por los miembros de la Junta Ejecutiva y que, fechado el 22 de Noviembre, lo conoció el país entero al día siguiente. Está suscrito por el Sr. Walker y por los señores Cruchaga, a pesar de su desacuerdo, según lo manifestó a don Rafael Luis Gumucio, Prieto, Coloma, González Prats, Rafael Cifuentes, Alejo Lira, Joaquín Yrarrázaval, Carlos Lira y Zenón Urrutia.

Comienza el histórico documento con el recuerdo del entusiasmo por el Partido que demostró la juventud al organizarse en Octubre de 1935 y de los preceptos esenciales de sus estatutos que ya hemos dado a conocer.

Se rinde homenaje a sus actividades. "Nadie podrá negar que esa labor fué abnegada, fructífera, brillante. Era natural, pues, que la organización que así cumplía las promesas solemnes hechas al nacer, se granjeara la confianza y las simpatías de la Junta Ejecutiva y de los conservadores en general".

Pero a poco de iniciadas las labores parlamentarias de 1937 "algunos de los diputados de la juventud adoptaron ciertas actitudes encaminadas a presentarse como personeros de una entidad independiente del Partido, que los enviaba a la Cámara". La Junta tuvo que reconvenirle por el olvido que ello significaba de los estatutos del partido "y no por iniciativas de carácter social y económico que aspiraran a desenvolver... a fin de acelerar la implantación de nuestras doctrinas en la legislación patria".

"Las excursiones falangistas por el campo netamente político tuvieron su mayor acentuación y efecto con motivo de la elección presidencial". La proclamación del Sr. Ross obligaba a todo conservador y, sin embargo, la Juventud impartió la circular sobre libertad de acción completada con instrucciones privadas a los presidentes provinciales de que ellos se abstuvieran de toda actividad electoral.

"Si los falangistas del país entero hubieran seguido la ruta y el ejemplo que les señalaban los Jefes del Movimiento, se habrían cruzado de brazos durante la campaña más trascendental de los últimos años. Pero pudieron más, en buena parte de ellos, los sentimientos de fidelidad hacia su partido y su convicción cívica del significado de la jornada. Fueron muchos los afiliados en la juventud que aportaron, en diversas partes, su abnegación y su entusiasmo en favor de la candidatura de la Derecha. Hubo provincias como Tarapacá, Antofagasta y Magallanes en que distinguidos y animosos falangistas figuraron en la dirección de la lucha y cumplieron abnegadamente con su deber. Merecen en cambio la más franca censura los numerosos jóvenes que miraban inertes los ajetreos de la jornada electoral o que aparentaban, por mera fórmula, trabajar en alguna de sus actividades. Más sensible es aún hacer constatar los casos de los que votaron en blanco entre los cuales se cuentan conocidos dirigentes de la Falange".

Según el manifiesto o la Falange carecía del poder electoral que se atribuía o el entusiasmo que faltó debió representar el número de votos en que Aguirre excedió de la mayoría absoluta, que en ese momento se estimaba en 841 y después quedó fijado en 1,658.

"Por lo demás —agrega— se ha querido invocar en esta campaña una prerrogativa curiosa: sólo estarían obligados a trabajar con entusiasmo por un candidato los que lo hayan apoyado en la lucha interna. La tesis no puede ser más contraria a las bases en que descansa toda organización política".

Es difícil determinar quién pudo sostener la tesis que impugna el manifiesto. No hemos encontrado antecedente alguno que la acoja. La Falange sostuvo que ella como organización no estaba obligada a trabajar por el Sr. Ross porque no habían dejado que expresara su opinión en el momento en que se decidió el apoyo oficial. Naturalmente que si la hubieran dejado participar en la Convención se habría

sentido comprometida, dentro del juego democrático, a sostenerlo y apoyarlo desde ese instante en forma colectiva. Pero aún en la manera en que ocurrieron los hechos, la Falange aplicó justamente el concepto democrático del triunfo de la mayoría cuando comprendió que sus miembros conservadores estaban desde ese instante obligados a respetar la decisión del Partido y por eso les dió libertad de acción y limitó la abstención, de modo simbólico, a los presidentes provinciales de la organización y todavía en aquellos lugares en que su trabajo era innecesario porque se disponía de otros elementos a juicio de la dirección de la campaña, ya que en las localidades en que tal abstención podía causar algún daño no sólo era dejada sin efecto sino que la Falange oficialmente se transformó, como en Tarapacá, Antofagasta y Magallanes, en eje de la candidatura con espléndido resultado porque se trataba de las regiones en que tenía mayor influencia.

El resto del manifiesto está consagrado a rebatir punto por punto el discurso del Sr. Garretón que revelaría, a su juicio, el propósito de la juventud de desvincularse del Partido. Sostiene que otro candidato de la Derecha hubiera tenido menos apoyo electoral. Si la Derecha fuera "temerosa y caduca" lo sería también el Partido, al cual en forma tan distinta se calificaba en 1935, desconociendo ahora su obra y la vitalidad que les permitió recibir gustosos cargos de representación. "Han actuado con profunda ignorancia y estudiado intento de adulterar la verdad" y en momentos difíciles, "cuando se aquilata el valor de los sentimientos de adhesión, de unión y de fraternidad" y cuando se tenía el derecho de esperar "nobleza de ánimo y espíritu de concordia y disciplina de parte de todos los que no quieran, con motivo de la derrota reciente, eludir su cuota en los sacrificios ni buscar posiciones más cómodas que las que las circunstancias nos señalan" y "mientras las fuerzas heterogéneas de la izquierda deponen sus diferencias fundamentales".

No quedan allí las expresiones de inusitada violencia. Es necesario señalar a los que "infringen las declaraciones y promesas que hicieran al convocar a la juventud" de acuerdo con bases que unos pocos no pueden derogar.

La Junta finalmente afirma que no acoge la conclusión simplista e inconveniente de atentar contra la estructura de la institución; busca que se desarrolle no en el campo generalmente escabroso de la acción política, sino en el de la lucha por los ideales doctrinarios y su difusión en el territorio, o sea, que se le devuelva su sentido inicial "para que no siga convirtiéndose en una fuerza de lucha contra su propio partido y de ruptura de su unidad tradicional".

SERENIDAD JUVENIL.

Los dirigentes juveniles conocieron el manifiesto de la Junta y el llamado a reorganización con emocionada sorpresa. Nadie calculaba la posibilidad de tan precipitada y violenta determinación y menos que otros Manuel Garretón. Nadie estaba preparado para considerar en ese predicamento, que los dirigentes juveniles estaban lejos de soñar, el complejo asunto de sus relaciones con el Partido.

La posición diversa de ambas corrientes se manifestó el 24 de Noviembre.

Entrevistado por los periodistas el Sr. Walker declara que "no vacilará en llegar a los últimos extremos arrostrando todas las consecuencias que se puedan derivar de la enérgica actitud adoptada".

Manuel Garretón manifiesta oficialmente a nombre del Movimiento que dirigía: "No debemos ni aún para ejercitar una legítima defensa hacer nada que contribuya a dividir lo que debe estar unido. No hemos perdido la serenidad y medimos las responsabilidades. Por estas razones, la Falange Nacional hace el sacrificio de no dar fácil respues-

ta a cargos injustos que rechaza en su integridad y se abstiene de contestar el manifiesto de la Junta Ejecutiva del Partido Conservador".

Los presidentes provinciales fueron llamados rápidamente a Santiago para consultarles la situación antes de que se reuniera el Directorio General del Partido convocado para el 29 a fin de ratificar la decisión de la Junta Ejecutiva. El 27 de Noviembre, concentrados en Santiago, acordaron: "1.º—Adherir a las actuaciones del Presidente Garretón; 2.º—Insistir en su voluntad de no provocar la división de fuerzas que deben permanecer unidas; 3.º—Reafirmar su decidida e invariable voluntad de defender la integridad y la autonomía de la Falange Nacional; 4.º—Expresar su deseo, dentro de las ideas anteriormente expuestas, de ver reguladas en forma definitiva sus relaciones con el Partido Conservador".

Por otra parte, Bernardo Leighton, recurriendo al afectuoso respeto y a la profunda estimación personal que caracterizaba las relaciones que a él, como a los demás dirigentes falangistas, le ligaban con el Sr. Walker, le dirigió una comunicación cordial inspirada en tales sentimientos, publicada en "El Mercurio" y después en "Lircay".

Le recuerda la concordancia que hacía tiempo existía entre ambos para apreciar la necesidad de que en ese momento, o sea, pasadas ya las elecciones, se precisaran los vínculos del Partido y la Juventud. "Sigo pensando en la posibilidad de encontrar esa fórmula; sin embargo, el procedimiento escogido por la Junta Ejecutiva me parece poco conducente. En lugar de plantear el problema en un terreno privado, prefirió lanzar un manifiesto público.... ¿Para qué herir con injusticia los sentimientos si se quieren buscar soluciones de concordia?"

Evoca a continuación el disfavor en que se tenía al conservantismo cuando un pequeño grupo de jóvenes "empezó a difundir entre la juventud católica la idea de incorporarse al Partido Conservador sobre la base de mantener

dentro de sus cuadros la fisonomía específica de una organización juvenil".

La Falange no apoyó a Ross porque no estaba obligada según los estatutos a participar de esas campañas y no era el candidato expresión de sus aspiraciones. "No obstante, se dijo bien claro en "Lircay" y en instrucciones a los centros, que el voto se daría al candidato de la Derecha. La libertad de acción no se refirió, por consiguiente, al sufragio, sino al trabajo electoral, el que podrían desarrollar individualmente los miembros de la Falange en favor del candidato derechista".

Reconoce la importancia de los servicios hechos por el Partido a la Juventud pero sostiene que tampoco puede negar nadie el valor de los prestados por ella al Partido.

"Intereses superiores imponen el entendimiento armónico del Partido Conservador y de la Falange; falta solamente la fórmula adecuada que lo establezca y yo pienso que es fácil encontrarla buscándola con buena voluntad. Pero si en el Directorio General prima el criterio de que somos los falangistas un estorbo, entonces no habrá nada qué hacer"

LA PASION PREVALECE.

La sesión del 29 comenzó con la exposición del Presidente de la Falange, quien sostuvo que había discrepancia de procedimiento pero acuerdo en los principios fundamentales.

Luego de dejar la palabra se retiró de la sala con el fin de dar libertad al debate.

Don Tomás Cox Méndez propuso que se postergara por cuatro meses la decisión del Directorio sobre el manifiesto de la Junta.

Don Miguel Cruchaga se refirió a las experiencias de los partidos católicos de Bélgica, Alemania y otros países e hizo votos por la armonía.

Conviene advertir también que don Arturo Lyon Peña

en artículo publicado en "El Diario Ilustrado" el 28, hizo eco favorable a un comentario de Eduardo Frei aparecido en "El Imparcial", en el cual se refirió al buen resultado de la experiencia belga que salvaba lo esencial de la unión dentro de la autonomía de los grupos. El Sr. Lyon proponía una organización de tres conservadores y dos falangistas y expresaba que a su juicio nada se perdía con realizar cualquier ensayo antes de que se consumara la separación y no veía el apremio de que ésta se efectuara si los jóvenes sostenían su falta de deseo de separarse.

Pero se impuso por 121 votos contra 7 el acuerdo ratificatorio de la actuación de la Junta. Era el mismo Directorio General que por análoga votación había aprobado sin modificaciones las bases de la convención preparada para proclamar al Sr. Ross.

La Comisión Reorganizadora quedó compuesta por los señores Manuel Muñoz Cornejo, Fernando Aldunate, Carlos Rozas, Marcos Silva Bascuñán y Luis Felipe Letelier Ycaza.

A indicación de don Romualdo Silva Cortés quedó establecido que antes de que la Comisión iniciara sus labores, la Junta Ejecutiva haría un último llamado a la unión y a la disciplina.

Según lo explicó en carta aparecida al día siguiente, don Maximiano Errázuriz propuso que la Comisión examinara con los dirigentes juveniles si existía realmente alguna discrepancia en cuanto a programa o procedimiento para tratar de hallar un supremo terreno de entendimiento, porque si no la había quedaba demostrada la inconveniencia de la actitud de ellos y la Junta en caso de separatismo contaba con un argumento poderosísimo para convencer a los jóvenes de provincia de que se les estaba llevando por un camino errado. No quería con eso debilitar a la Junta "sino conseguir que ella saliera robustecida al fijar las verdaderas posiciones ante la opinión conservadora del país". "No hay que atribuir el rechazo de mi voto —agrega el Sr. Errázuriz— a intransigencia del Directorio General sino

al hecho de que el Presidente don Horacio Walker u otros dirigentes del Partido advirtieron que habían agotado todos los recursos para llegar a una solución de armonía con la juventud y que precisamente la Junta había acordado la reorganización de ese movimiento en vista de que aquélla exigía perentoriamente la concesión de la autonomía y no admitía otra solución". El Sr. Errázuriz termina expresando que en todo caso el acuerdo adoptado evidencia el deseo del Directorio de evitar la pérdida de elementos valiosísimos en una época difícil para el país.

VOLUNTAD DE VIVIR.

A nadie escapaba en el Directorio General que la aprobación del procedimiento de la Junta equivalía al portazo final y definitivo que se lanzaba a la pléyade juvenil que había ingresado al Partido a turbar su paz centenaria. Así lo estimaba en lo íntimo con extraña miopía la mayoría del máximo organismo conservador.

A las pocas horas de conocerse el acuerdo del Directorio, el Presidente de la Falange suscribía la siguiente declaración: "Frente a la reorganización de nuestro Movimiento acordada por la Junta Ejecutiva del Partido Conservador, pusimos todo lo que estaba de nuestra parte para evitar la ruptura y hallar una solución justa y estable.... Esto revela que no se ha querido resolver el conflicto con equidad y comprensión. La responsabilidad de los hechos que vendrán no nos cabe a nosotros. La Falange Nacional declara en forma terminante que no acepta la reorganización acordada y seguirá adelante en la tarea que desde su fundación se impuso. Durante tres años hemos interpretado el pensamiento de miles de chilenos que buscan un porvenir mejor para la patria. Proyectado ahora nuestro Movimiento en un plano de mayor amplitud, iniciamos una nueva etapa con fe y entusiasmo redoblados".

Conocida ya la reacción de la Falange, en declaración

de 30 de Noviembre, la Junta Ejecutiva dió a conocer el acuerdo del Directorio General.

Sostiene que durante los ocho días que mediaron entre éste y su manifiesto, varios dirigentes conservadores estudiaron con especial interés algún medio que hiciera innecesario llevar a la práctica la reorganización pero que se encontraron con que por una parte no querían la división pero por otra exigían la autonomía y ambos conceptos son contrapuestos. "La idea de partido implica, necesariamente, unión de individuos que persiguen unas mismas finalidades y dependen de una misma autoridad. El exigir autonomía para un grupo importa romper el vínculo de unión y sacudir todo sometimiento a una jerarquía, o sea, importa rechazar la idea misma de partido. De ahí que no se pueda citar el ejemplo de país alguno en que existan colectividades políticas que concedan independencia para obrar, sin limitaciones, a un sector de sus parlamentarios o de sus afiliados".

Al no aceptar la reorganización "la directiva de la Falange se coloca en franca rebeldía contra el Partido Conservador, que creó este organismo, lo cubrió con su prestigio, lo alentó con toda clase de medios y encomendó a algunos de sus miembros cargos de representación popular, que importan la manifestación de la más amplia confianza".

Se puso al partido en el pie forzado de la autonomía que hiere hasta el sentido común y a los pocos minutos de rechazada por el Directorio esta extraña exigencia sus autores se colocan al margen de la colectividad.

"Todos los que ingresaron con el ánimo de luchar por los ideales conservadores, dentro del Partido Conservador, deberán resolver ahora si aceptan que se les arrastre a una situación que se les prometió, al echarse las bases de la organización, no se produciría jamás. O sea, deberán decidir si rompen los lazos de la lealtad para con su Partido, a fin de lanzarse a la empresa de formar un partido político más".

SIETE DIPUTADOS.

La reacción de los diputados señores Ricardo Boizard, Pablo Larraín Tejada, Fernando Durán, Alberto Bahamonde, Manuel José Irarrázaval y Guillermo Echenique aparece de la carta que con fecha 30 de Noviembre de 1938 dirigieron al Presidente de la Falange, diputado don Manuel Garretón, en que le reiteran su adhesión y le ofrecen el apoyo de su inquebrantable disciplina.

La importancia de este documento con el cual quedaba asegurada la expresión política del nuevo partido merece su reproducción íntegra:

"Desde que la Falange Nacional inició sus actividades dentro del Partido Conservador, hemos creído que apoyar este movimiento era interpretar fielmente, no sólo la más pura doctrina del Partido, sino también la voluntad de sus autoridades máximas, que dieron vida a la Falange, la ayudaron a organizarse y la estimularon en su desarrollo".

"Muchas son las pruebas que obran en nuestro poder para afirmar que la autonomía de la Falange fué reconocida por la autoridad del Partido, y que sus declaraciones de independencia fueron aceptadas por la directiva; en consecuencia, apoyar a la Falange, como nosotros lo hemos hecho, y someternos a su autoridad, no es un acto de indisciplina ni de deslealtad. Es, por el contrario, el deseo de servir los ideales social-católicos, que sostenemos en un campo legítimo de vanguardia, en que la autonomía se ha considerado hasta hoy la condición necesaria de su existencia".

"Las elecciones parlamentarias se dieron en el momento preciso en que la Falange comenzaba a crecer y nosotros fuimos a las elecciones dentro de las listas conservadoras, pero con la promesa de servir todos los ideales, las actitudes y la política de la Falange. Esta promesa se formuló muchas veces por nosotros delante de los dirigentes del Partido, en cada una de las asambleas de proclamación, y nadie protestó de que así se hiciera. Por el contrario, la di-

rectiva del Partido y la prensa conservadora nos estimularon presentándonos como los servidores de una sana política de renovación".

"Desde hace algunos meses la Falange no ha variado en sus actitudes".

"Es el mismo movimiento patriótico, entusiasta, desinteresado y espiritualista, que los jefes conservadores conocieron. Ha usado la autonomía en la forma en que la prometió. Gracias a eso ha crecido y ha ido formando una verdadera conciencia nacional en torno de sus actitudes. Sin embargo, lo que ha variado es la actitud de la directiva conservadora para con ella. La directiva conservadora ha declarado guerra al movimiento que formó. Le ha querido negar su autonomía y los diputados falangistas nos encontramos en la alternativa de acatar el acuerdo último del directorio y ser desleales a la Falange o de mantener nuestra adhesión a la Falange y esperar que con el tiempo se nos haga justicia".

"Seguimos desde luego el segundo camino, reiteramos nuestra adhesión a la Falange, y no nos detiene para ello la consideración de haber ido en las listas del Partido Conservador porque creemos que la inconsecuencia de hoy no está de parte de nosotros sino de parte de aquellos que reniegan de una obra que formaron y que estimularon con entusiasmo".

"Por otro lado dentro de la Falange Nacional seguiremos siendo leales a la doctrina sustentada. Cumpliremos fielmente cada una de nuestras promesas y continuaremos luchando, como lo dice el Programa del Partido, por el mantenimiento y desarrollo del orden social cristiano".

GUMUCIO.

Hubo también otra reacción de gran importancia que acompañó a los falangistas: la de don Rafael Luis Gumucio.

Es indiscutible que los vínculos entre la Juventud y el Sr. Gumucio fueron siempre muy estrechos. Se decía que era el mentor del Movimiento y el propio Sr. Boizard el 31 de Agosto de 1938 lo proclamaba como guía y ejemplo inspirador de la acción política de la Falange.

Sin embargo, siempre nos ha parecido que se ha exagerado la influencia que el Sr. Gumucio ejerció y nos parece extremadamente superior la que esa pléyade juvenil alcanzó en el brillante politico que logró conquistar en un grado de pasión y de lealtad propio del vigor de su personalidad.

Para llegar a esta afirmación, basta poner de relieve la profunda modificación que la tendencia política y principalmente su pensamiento económico-social, experimentó al compenetrarse de las ansias y los sentimientos juveniles. El mismo Sr. Gumucio lo reconoció muchas veces con honda sinceridad. Antes de que esa evolución se produjera había sido dentro del Partido un auténtico individualista que miraba con la misma ironía que el Sr. Rodríguez de la Sotta a los reformadores sociales. El discurso del último en la Convención del Partido Conservador resulta menos duro en el afán burlesco que muchas producciones del talentoso polemista, por ejemplo, entre ellas, el artículo que bajo el título "Los integristas" publicara en Abril de 1935, o sea, tan sólo seis meses antes del establecimiento oficial del movimiento juvenil.

Explicando los motivos de su cambio ideológico anota francamente en sus apuntes íntimos: "También contribuyó a mi evolución en doctrinas sociales la influencia de los falangistas tan adictos a las ideas papales. Así como la antipatía a los antiguos demócratas cristianos me prevenía en contra de lo que predicaban, así también me inspiraba simpatía lo que sostenían los jóvenes falangistas en quienes veía honda sinceridad y pureza de mente y corazón".

El Sr. Gumucio era hombre de grandes amores y todos ellos lo inclinaron a confundirse con los jóvenes: amor a

su partido, amor al régimen democrático, amor a sus hijos, amor a la Iglesia.

Amor a su partido. Lo vió tremendamente deprimido y desprestigiado e incapaz de atraer a la juventud y como descubrió que se había levantado una generación compacta de extraordinario valer, concibió la justa ambición de conquistarla para su partido y trabajó en esta tarea largos años y para conseguirla tuvo que acercarse a sus líderes, comprender en lo íntimo su verdad y su sentimiento.

Amor al régimen democrático. Era su gran pasión política. Su carrera es una defensa permanente de la libertad ciudadana y un combate tenaz a toda opresión y dictadura. Y como vió que una juventud, que se había formado en la convicción del desastre que significa abandonar el riel constitucional, lo acompañaba en términos de ilimitada consecuencia en ese mismo ardor de fe republicana, se unió a ella en lo más profundo de la que creía su gran misión pública.

Amaba entrañablemente a sus hijos, entusiastas del ideal juvenil y grandes amigos de los jefes falangistas; comprobó de cerca así la sinceridad y la autenticidad de la bandera desplegada y se acostumbró a mirar en todos ellos a sus hijos, hijos de la carne e hijos del espíritu que se mezclaban en total indistinción y a los cuales abría las puertas de su casa, la sencillez de su mesa y hasta su pieza de enfermo.

Y sobre todo su amor a la Iglesia, el deseo de serle fiel, de prestarle sin reservas, con generosidad absoluta, el homenaje de su adhesión incondicional y de consagrarle en plenitud las claridades de su talento, las energías de su tenacidad indomable y las ternuras de su corazón privilegiado. Y por eso sintió en lo hondo que era su deber ayudar a quienes sentía inflamados de la misma fidelidad en la obediencia, de la misma inquietud por la verdad, de la misma disposición al sacrificio y al desprecio de las incomprensio-

nes y de los ataques que acompañan a quienes tratan de abrazarse a un ideal previendo y despreciando el torpe o malévolo juicio de los demás.

Cuando se recuerdan tales antecedentes puede apreciarse cuán de adentro ha de haberle brotado la comunicación que le dirigió a Manuel Garretón en cuanto conoció el acuerdo del Directorio y la decisión juvenil.

Dice así:

"Estimado amigo: Alfredo Mendizábal, tratando de la tragedia española, ha dicho: "No había grupos intermedios suficientemente poderosos para amortiguar el choque.... Habría sido necesario ser a la vez conservador y renovador, saber disociar las formas accidentales de los valores permanentes, orientarse hacia el progreso sin olvidar la tradición, renunciar al prejuicio de que todo lo nuevo es excelente y, a la vez, al prejuicio de que todo lo antiguo debe conservarse.... El día en que las clases medias o una parte importante de ellas, dirigidas por una élite intelectual dotada de vocación política, se organizaran y se erigieran en defensores de la libertad y del orden en oposición a las tendencias cerradas de otros grupos de derecha y a las tendencias demagógicas de los grupos de izquierdas, ese día se produciría la estabilidad y la consolidación".

"La Falange se propone poner en Chile lo que faltó en España".

"Siguiendo las doctrinas de la moderna filosofía social católica y las enseñanzas pontificias, persigue la transformación social y la instauración de un orden nuevo en que impere la justicia, en que se respeten los derechos y la dignidad de la persona humana y en que domine un sincero y hondo sentimiento fraternal para los que sufren el dolor y la miseria".

"Persigue, al mismo tiempo, con amplitud de espíritu, sin extremismos ni prejuicios, hacer una política nacional que, pacificando los espíritus, evite una catástrofe, y que, en vez de una lucha de odios contra odios, procure en lo po-

sible aunar a los chilenos en una empresa colectiva de engrandecimiento del país".

"La Falange, por su cuerpo de doctrinas, porque ha penetrado en la clase media, porque inspira confianza al pueblo, porque posee el secreto de una mística que arrastra y entusiasma y, sobre todo, porque se la sabe desinteresada y sincera, es, en realidad, la única entidad política con fuerza eficaz para detener el avance del comunismo".

"Ahora bien, tiene, pues, la Falange una altísima misión social y nacional, y no ha podido, por eso, acatar acuerdos que la dejaban en la imposibilidad de realizarla. Es lícito hacer el bien en día Sábado".

"La defensa de los intereses del país y de los intereses morales superiores señala a Uds. el deber de continuar la obra emprendida hace tres años, redoblando sacrificios, esfuerzos y entusiasmo".

"Mi concurso de poco vale porque ya sufro de las invalideces de la vejez; pero lo tienen Uds. todo entero".

"Le doy a la Falange mi adhesión y mis aplausos".

UNA VERSION INEDITA.

Por no haberse publicado y por su interés documental, no resistimos a la tentación de transcribir el apunte hecho por don Rafael Luis Gumucio con fecha 30 de Noviembre, acerca del desarrollo de los acontecimientos ya mencionados:

"El 22 de Noviembre anoté que ese día había creído encontrar en mis colegas conservadores del Senado algo indefinible que me pareció de poca cordialidad.

"Al día siguiente, al leer la prensa, me expliqué lo ocurrido: tenían resuelto proceder contra la Falange, y esa determinación, *in petto,* que no me comunicaban, es lo que los colocaba en situación embarazosa conmigo.

"La Junta Ejecutiva, en sesión de 22 de Noviembre, acordó la "reorganización" de la Falange y acordó, al mismo

tiempo, pedir al Directorio General, que ratificase esta resolución.

"Este acuerdo no fué sino la realización de lo que, desde hacía tiempo, muchos en el partido deseaban.

"El grupo ultrarreaccionario que se ha llamado Acción Política y que encabezan Lindor Pérez, Nicolás González Vial, Luis Navarro, los Larraín Cotapos, Elías Errázuriz, Olegario Ugarte, Carlos de Castro, Sergio Fernández, etc. lo deseaban por tendencia que, para darle un nombre, llamaré doctrinaria, doctrinaria del extremismo, de la cerrazón, de la intransigencia, del espíritu combativo a outrance y a tontas y a locas y de la resistencia a toda reforma social.

"Un grupito de pseudo-personajes, mediocres de cuarta clase, a quienes, por caridad, no quiero nombrar, lo deseaban por emulación: sumidos en su opacidad, no se conformaban con que brillara la *élite* de los falangistas.

"El grupo de los rossistas fanáticos, Joaquín Irarrázaval, Joaquín Prieto, Rafael Urrejola, etc. lo deseaban para castigar a los falangistas que habían cometido el sacrilegio, de no entusiasmarse por su fetiche.

"Horacio Walker los había contenido antes.

"Francisco Vives y yo fuimos a ver a Héctor Rodríguez: le manifestamos que la reorganización produciría la ruptura y que el Partido se iba a quedar sin juventud. Lo encontramos absolutamente cerrado. Consideraba que los falangistas eran marxistas; creía que convenía la separación; nos manifestó que, si algún día, los falangistas llegaran a dominar en el Partido, él se retiraría de las filas. Viéndolo en tal temperamento, le pedí que al menos, la separación se hiciera amistosamente y de común acuerdo. Quedó de hablar sobre esto último con Horacio Walker. Al día siguiente, Héctor vino a mi casa. Me dijo que Horacio no aceptaba la separación amistosa, pues el Partido no podía consentirla. Me dijo, por otra parte, que el Partido no le veía gravedad al asunto por estimar que el inmenso grue-

so de la juventud obedecería al Partido y sólo un grupo acompañaría a los dirigentes de la Falange.

"Este inmenso error de apreciación de los hechos, este triste desconocimiento de la realidad, hizo que Walker diera el mal paso y se empecinara en no volver atrás.

"El mismo día 29 de Noviembre en cuya tarde el Directorio General ratificó el acuerdo de "reorganización" hubo una gestión conciliatoria hecha por Tomás Cox y por el Doctor Cruz Coke. Horacio Walker le había manifestado a Cruz Coke que no proponían ni siquiera bases de posible avenimiento. Vino Cruz Coke a casa a contarme esto. Llamé por teléfono a Tomás Cox y a los dirigentes de la Falange y se estudiaron bases para proponérselas a Walker. Se escribieron las bases. La Falange no pedía autonomía absoluta sino condicionada con los siguientes puntos: 1.º—La designación de candidatos a senadores, diputados y municipales las haría el Partido por sus organismos y conforme a sus Estatutos; 2.º—Los parlamentarios falangistas obedecerían las órdenes que diera la Junta Ejecutiva por unanimidad; 3.º—Se celebraría el acuerdo de caballeros de que en la Junta hubiera dos miembros indicados por la Falange; y 4.º—Las asambleas comunales del Partido podrían ser disueltas, no por los Presidentes Provinciales sino por el Presidente del Partido.

"Cox y Cruz Coke le llevaron esas bases a Horacio Walker y le pidieron que se postergara la resolución del Directorio General.

"Horacio les contestó que ni siquiera tramitaría tales bases y que no se postergaría la resolución".

DOS CRITERIOS EN LA POLITICA DE LOS CATOLICOS.

Las páginas que preceden no constituyen obra imaginativa, sino síntesis documental que el hábito de conservar correspondencia y documentos ha hecho posible.

Aun cuando el autor no ha ocultado sus propias ideas,

ha querido ser objetivo e imparcial en la exhibición de los antecedentes acumulados, a fin de que sea el propio lector quien los juzgue en definitiva, de acuerdo con su propio criterio.

Ese mismo propósito le ha llevado a renunciar a la tentación de continuar el curso del relato y extenderlo a los últimos diez años en que el nuevo partido político ha sido factor, favorable o adverso, importante o despreciable, pero, en todo caso, factor indiscutible en la política nacional.

Colocar al día la narración significaría prolongar desmesuradamente las proporciones de esta obra y, principalmente, quitarle tal vez el carácter de mera contribución a nuestra historia cívica para darle tintes polémicos y de apreciación del momento partidista que están lejos de nuestro ánimo.

Pero diez años de distancia dan a los acontecimientos la perspectiva suficiente para mirarlos desde cierta altura, aún por quienes los vivieron con intensa emoción.

Estamos seguros, por ejemplo, de que esa personalidad vigorosa e íntegra, que es don Horacio Walker, releería quizás con sorpresa el juicio que estampara, refiriéndose a los falangistas, en la circular de 4 de Diciembre de 1938, "no se fueron por algo fundamental y grande, y al irse no se fueron con nobleza". Hoy estará en condiciones de formular una apreciación en todo caso más serena y posiblemente más justa. La lejanía permite ver con exactitud las causas de los sucesos, ponderar con más probabilidades de acierto el valor relativo de los hechos y comprender mejor los ajenos yerros y los propios.

Pues bien, nadie en los días que corren, a menos que continúe en el mismo grado de pasión de hace un decenio, podría formular con seriedad la opinión de que hubo por parte de la Falange simple encaprichamiento en algo secundario y falta de nobleza en los procedimientos.

Siempre la realidad escapa a esos juicios simplistas y duros.

tancia. Ningún falangista votó por el Sr. Aguirre Cerda; todos sufragaron por el Sr. Ross. Lo más grave que se imputó fué el voto en blanco, reparo circunscrito en verdad nominativamente respecto de uno solo de los políticos falangistas. El grueso de los componentes del movimiento juvenil puso decisión y entusiasmo en el apoyo al Sr. Ross y sus líderes encabezaron la campaña en diversas provincias.

En tales condiciones resulta desproporcionado atribuir a la contienda presidencial el fundamento básico de la escisión producida poco después de su desenlace.

Tampoco resulta causal suficiente la que se alegó de que el Partido no podía aceptar el reconocimiento de la autonomía que la Falange reclamaba. De tal autonomía había gozado ya en el hecho desde hacía tres años y con ella se quería significar, por parte del movimiento, el conjunto de libertades que le permitía realizar la labor para la cual se creara y que le habían sido indispensables para desarrollar con reconocido éxito su tarea. Tales libertades habían constituído la base del llamado que dicha juventud recibiera y del que ella a su vez extendiera de un extremo a otro del territorio; creyó haberlas dejado claramente establecidas en los documentos que se discutieran en la época de su organización; las reivindicó una y otra vez en ocasiones solemnes; y en conocimiento de ellas, el Partido guardó regocijado silencio ante sus triunfos y las rubricó con el testimonio elocuente del aplauso y del apoyo más decidido, mientras no chocara con el sector dispuesto a llevar al Sr. Ross a la presidencia y a desarrollar una acción política y parlamentaria en pugna con los ideales y criterios del movimiento juvenil. Y ante el tropiezo ya suscitado en la efervescencia electoral, los personeros responsables de la Falange se manifestaron en una y otra ocasión dispuestos a estudiar con tranquilidad una fórmula que reglamentara dicha autonomía, precisando sobre términos concretos los límites en que podía ser ejercitada, a fin de evitar futuros

conflictos, tal como lo manifestó, por última vez, según ya dijimos, Bernardo Leighton en la carta franca y amistosa que enviara al Sr. Walker. Sostener, así en principio, que la autonomía era incompatible con la existencia del Partido importaba encerrarse en el marco rígido de un concepto abstracto y no descender a la compleja realidad de la historia, de la vida y de la práctica jurídica, que habían hecho y hacían perfectamente posible encontrar modos de convivencia que definieran, a satisfacción de todas las tendencias, los vínculos que ligaban al Partido y a su juventud organizada.

Los editoriales del diario conservador explicaban en aquella época la conveniencia de la decisión del Directorio General por la necesidad de disciplinar las huestes en los momentos en que se preparaba para hacer la oposición al Frente Popular triunfante, la cual llevaba a eliminar el factor de perturbación que envolvía la diversidad de criterio manifestada en las filas. Parecía, no obstante, arriesgar demasiado, conseguir la disciplina a costa de provocar una división con peligro de debilitar en exceso el instrumento partidista, que debía desearse lo más poderoso y eficaz para combatir los excesos y errores de la combinación entronizada en el poder.

Bien se recordará, por otra parte, que espíritus superficiales, que en tales situaciones dominan los ambientes, explicaron la separación en el hastío de los dirigentes conservadores por las pretensiones de ambición personal achacada a los líderes juveniles.

Pero ningún observador perspicaz y clarividente se conformaría con tal apreciación. Es reducir en exceso el problema disminuirlo a esa pequeñez, que no pudo ser móvil de la actitud de la mayoría del Directorio.

Algunos de los políticos falangistas tenían por su origen y vínculos colectivos abiertas las puertas en caso de aspirar a la carrera pública y, al contrario, la dificultaban con una actitud disonante de su medio familiar y social.

Y aquellos que provenían de ambientes distintos, si deseaban puramente su figuración personal, camino contradictorio para alcanzar ese objetivo abrazaban, en momentos que todos esperaban el triunfo derechista, malquistándose con aquellos elementos cuya ayuda podía serles necesaria, cuando tantos elocuentes ejemplos podían encontrarse en la historia del conservantismo de individuos modestos que habían llegado a situaciones expectables inspirándose en los propósitos abrigados por quienes estaban en posibilidad de premiar sus entusiasmos partidistas.

Si no fueron los expuestos, que eran los generalmente reconocidos, los factores que en su esencia determinaron el rompimiento del Partido con la Falange, cabe analizar si la desavenencia resultó de una precipitación nacida del calor del momento u obedeció a razones hondas que la habrían acarreado más tarde o más temprano pero indefectiblemente.

Sin duda que el proceso, por lo menos en su fase aguda, fué extraordinariamente rápido e hizo difícil la actuación de los temperamentos conciliadores y ecuánimes que pudieron operar una pacificación de los ánimos encaminada a retardar el momento decisivo y a adoptar una resolución que reflejara tal vez de modo más sólido e indiscutible la opinión real de las fuerzas conservadoras diseminadas a lo largo del territorio.

En el plazo de una semana, en efecto, comenzó y terminó la ofensiva separatista. El Presidente que había encabezado al Partido en uno de los mayores desastres políticos de su historia, grande por el grado de error en la estimación del sentir del electorado y por la trascendencia de los temores que causaba, lanza un manifiesto en que descarga la responsabilidad en la juventud y cita al mismo directorio general, que ha compartido con él la orientación del conservantismo, para que apruebe su actuación, a siete días plazo, lo que hace por abrumadora mayoría, en votación análoga a la que le condujera siete meses antes a

lanzar la aventura rossista, desoyendo nuevamente las voces aisladas de comprensión y de concordia.

Ese acuerdo se tomó a plena conciencia de los resultados que le seguirían. Un movimiento que tenía en su esencia la personalidad que le daba la naturaleza misma de las cosas, no podía aceptar su destrucción, que tal importaba la reorganización que acordaba el directorio, en lugar de continuar y dar término a los esfuerzos dirigidos a esclarecer las relaciones mutuas. Era imposible esperar que la Falange renunciara a lo esencial del vínculo que la unía al Partido, que era la garantía de disponer de la libertad necesaria para rendir culto a los ideales que la inspiraban. Sobre tal libertad el Partido había llamado a su seno a una generación y, si ahora la coartaba, ello significaba que había dejado de considerar necesaria su ayuda y recuperaba así la juventud la independencia absoluta en la cual se encontraba antes de acudir a la voz de los talentosos jefes del conservantismo. Por lo demás, personeros autorizados del movimiento juvenil, oficial y privadamente, con energía y con tranquilidad, advirtieron de modo clarísimo las consecuencias que sobrevendrían. Y el Sr. Walker, que ya había dicho estar dispuesto a llegar hasta lo último, desilusionó a quienes abogaron por la armonía con el decidido parecer de que estaban agotadas todas las posibilidades de arreglo.

Por el lado juvenil, la sorpresa fué mucha y auténtica. En aquél entonces, sus conductores habían deslindado categóricamente la causa de la justicia social, por la que luchaban, con la de los intereses y posiciones cerradas de la extrema derecha materialista y liberal, y defendían, siempre dentro del marco de la derecha política, una postura valiente de avanzada social dirigida, no sólo a mantener todo aquello digno y necesario de conservar, sino que a reformar las instituciones y las costumbres en aquellos aspectos que importaban la consagración de errores manifiestos y de injusticias que debían desaparecer cuanto antes para destruir murallas torpemente levantadas con el pro-

pósito de detener el legítimo ascenso de muchos conciudadanos a situaciones y comodidades a que tenían derecho y a las que estaban llamados.

En tales premisas basaban los falangistas su convicción de que la derecha, en lugar de alimentar las pasiones que convertían al país en una arena de combate sin cuartel de odios de clases y de prebendas retenidas o envidiadas, estaba en la obligación de plantear la lucha política en términos más elevados a fin de que apareciera encaminada a buscar las grandes conveniencias nacionales y la satisfacción de las aspiraciones legítimas de todos los chilenos, lo cual requería generosidad y comprensión y el abandono de privilegios y de ventajas insostenibles ante las reivindicaciones razonables de los sectores que pugnaban por su mejoramiento.

La posibilidad de éxito de tal orientación sólo se encontraba, a juicio de la Falange, en el rechazo del liberalismo político y económico por parte de la derecha y en la entrega por ésta de la dirección de sus pretensiones legítimas al baluarte cristiano, único capaz de cimentar un orden colectivo que proporcione la paz en la justicia y en la caridad.

Ello explica la constante preocupación con que procuraba que se distinguiera la diversidad del campo de los intereses espirituales y sobrenaturales del catolicismo del de la lucha política, en la que nadie debe invocar el apoyo eclesiástico para dar solidez a las ventajas y conveniencias temporales y humanas, por legítimas y aceptables que le parezcan.

Pero lo anterior no conducía al conglomerado falangista a buscar en aquella época un entendimiento político con la izquierda, que la juzgaba dominada por el marxismo, y que, junto a críticas concordantes acerca del estado social-económico, propugnaba la lucha de clases, la destrucción violenta de la estabilidad cívica y colectiva, un materialismo más agudo y un alejamiento más pronunciado aun que

en la derecha de la fe y de la moral, cuya ausencia constituían las grandes causas de los desastres nacionales.

La separación se hizo, pues, por parte de la Falange, en circunstancias de que no la esperaba, ajena a todo compromiso político con el Frente Popular que acababa de triunfar, cuando se movía con lealtad dentro de la derecha política. Todos los pasos que dió en cuanto quedó constituída como organismo independiente vinieron en verdad a subrayar su absoluta libertad de cualquier otro lazo que no fuera el que la estrechaba con su propio ideario y su manera de concebirlo.

En este último terreno, se hallaban las discrepancias que le dieron sentido propio dentro del Partido Conservador y en el que cabe estudiar las razones profundas que la llevaron a chocar con él hasta producirse la crisis de 1938.

Ellas provinieron de la convivencia de dos escuelas en el seno del conservantismo que han luchado dentro del mismo por varios decenios: el liberalismo económico y el catolicismo social.

El individualismo liberal y capitalista penetró a fondo en muchas de las mentalidades directivas del conservantismo y a él se han abrazado con una tenacidad, una solidez dialéctica, una convicción hondísima. Se trata de una construcción acabada, que ha tenido como cultores a los talentos superiores que fundaron la economía política y que prestó incalculables y positivos servicios al desarrollo industrial de la humanidad. No es raro, por lo tanto, que el pensamiento oficial del catolicismo, que se le opone sustancialmente, haya resbalado casi sin dejar rastros sobre todos quienes sueñan con la armonía espontánea que genera la libre iniciativa y la desgracia que en sí significa toda intervención estatal.

Para los católicos que suscriben este ideario, el orden social imperante es justo en lo sustancial y es la caridad evangélica la llamada a suavizar las aristas duras de una conformación querida por Dios sin perjuicio de aceptar

a regañadientes algunas reformas secundarias y de aplaudir, a lo más, los entusiasmos justicieros de ciertos patrones que libremente se inclinan a perseguir el mejoramiento de las personas que por cualquier causa quedan bajo su responsabilidad.

Este criterio deja a sus sostenedores, a quienes Dios ha favorecido con mayor o menor abundancia de los bienes esenciales, en una posición cómoda y tranquila, con la conciencia serena y sin inquietud, convencidos de la existencia inevitable de las clases sociales, de los ricos y de los pobres, sujetos los primeros a sufrimientos morales incalculables que los desposeídos no son capaces de apreciar, fortalecidos los pobres con la esperanza de que en el más allá van a ser compensados sus dolores y privaciones de este mundo.

Pero frente a esa ideología, que genera las consecuencias lógicas en el orden político y económico, el catolicismo social plantea la cuestión en términos diferentes que generan honda inquietud y ansias incontenibles de acción rápida y progresista.

Según esta escuela, dejada como ha sido el campo económico a la acción preponderante del esfuerzo egoísta, en virtud de los postulados del liberalismo capitalista, que ha exagerado la función individual del dominio, la autonomía de la voluntad como base del contrato, el movimiento del mercado y la competencia como criterio de salarios, precios y utilidades, etc., ha resultado una estructura social injusta y dañina que vino a enriquecer en exceso a pocos y a privar a la inmensa mayoría de los elementos más esenciales para el desarrollo vital.

Es, por lo tanto, el fundamento mismo del orden económico el que debe ser sustancialmente retocado, porque, si es cierto que son inevitables las clases sociales, que brotan de la diversidad de los oficios, y siempre habrá pobres y ricos, para cumplir las exigencias de la naturaleza, no es menos efectivo que los bienes han sido creados para satis-

facción de los requerimientos de los hombres todos, llamados a un mínimum de comodidades, de manera que no hay paz ni tranquilidad posibles mientras las estructuras sociales no faciliten esa accesión de todos a la porción inferior aceptable. Y mientras haya no sólo algunos hombres sino multitudes inmensas que carezcan de esa porción, la caridad no es suficiente sino que son los imperativos de la justicia los que, con la santa violencia de la virtud que envuelve y de las necesidades que lo exigen, deben ponerse en acción, a través de reformas sabias y prontas, para remediar las dolencias colectivas.

A la luz de esta distinta proyección, quienes han recibido favores y bienes no tienen derecho a cruzarse de brazos o a contentarse con las ayudas que les inspire un corazón generoso o, en el mejor de los casos, a discurrir paliativos intrascendentes, sino que están obligados a trabajar por las modificaciones profundas de las instituciones que proporcionen los medios que hagan posible a una inmensidad de nuestros semejantes disfrutar de las ventajas del progreso y de la cultura, a las cuales tienen derecho, tal como lo tendrían quienes las gozan si la voluntad superior hubiera dispuesto colocarlos en el estado de quienes, careciendo de ellas, aspiran con toda razón a disfrutarlas.

El día en que el hombre común, o sea, todos y cualquiera de nuestros semejantes se encuentren en posibilidad de obtener con su esfuerzo legítimo todo aquello que es esencial para llevar una vida honesta y digna, no se habrá producido un levantamiento perjudicial, sino que se habrá logrado un gran ideal cristiano y humano por el cual mientras tanto todos debemos trabajar.

Permanecer satisfechos en el goce de lo que nos ha sido dado, sin ninguna inquietud ante la privación que sufren quienes de ello carecen, y mirando al contrario con recelo a aquellos que, al golpe de imperativos íntimos y gozando también como ellos de lo necesario, consagran, sin embargo, sus mejores energías a la búsqueda de soluciones de

justicia colectiva, no cumplen satisfactoriamente sus deberes, con mayor razón si a estos últimos son abrumados de improperios, llamándolos para empezar de ilusos y siguiendo en rápida escala los adjetivos incomprensivos e hirientes que son ya clásicos.

Por lo demás, tal lucha ideológica agudizada entre nosotros por razones históricas y por el individualismo atávico de la ascendencia española, fué universal en los países cristianos, en todos los cuales se pudo observar la fuerte resistencia que el pensamiento liberal opuso a la implantación de los imperativos de la moral y de la justicia colectivas enérgicamente propugnados por los Romanos Pontífices.

"Era un estado de cosas al cual con facilidad se avenían quienes, abundando en riquezas, lo creían producido por leyes económicas necesarias —dice Pío XI—; de ahí que todo el cuidado para aliviar esas miserias lo encomendaran tan sólo a la caridad, como si la caridad debiera encubrir la violación de la justicia, que los legisladores humanos no sólo toleraban sino aun a veces sancionaban". Y los católicos "que no podían persuadirse en manera alguna que tan grande y tan inícua distribución de los bienes temporales pudiera en realidad ajustarse a los consejos del Creador Sapientísimo... "por la debilidad de la mente humana, aún en los mejores, sucedió que unas veces fueran rechazados como peligrosos innovadores, otras encontraran obstáculos en sus mismas filas, en los defensores de pareceres contrarios...." Y de allí provino que ante la encíclica Rerum Novarum "algunos, aún católicos, recibiesen con recelo y algunos hasta con ofensa le doctrina de León XIII, tan noble y profunda, y para los oídos profanos totalmente nueva. Los ídolos del liberalismo, atacados por ella sin temor, se venían a tierra, no se hacía caso de prejuicios inveterados, era un cambio de cosas que no se esperaba; de suerte que los aferrados en demasía a lo antiguo se desdeñaron de aprender esta nueva filosofía social, y los de

espíritu apocado temieron subir hasta aquellas cumbres. Tampoco faltaron quienes admiraron aquella claridad, pero la juzgaron como un ensueño de perfección, deseable más que realizable".

En tal choque de escuelas ha sido corriente que quienes siguen de corazón colocando su fe en la construcción espontánea de la libertad no sólo la defiendan con vigor, sino que procuren desfigurar el sentido de las afirmaciones que, tratando de ajustarse a los documentos de autoridad, formulan los discípulos del social catolicismo y traten igualmente de convencer a éstos de que incurren en graves errores y aún en los mismos que están combatiendo.

Tal sucede por ejemplo en el falso planteamiento de que hay un dilema ineludible: O capitalismo o colectivismo. Si la Iglesia repugna este último, resultaría para ellos imposible ser buen católico y anticapitalista.

Es evidente que para deshacer dicha disyuntiva se requiere precisar los términos y en especial el concepto de capitalismo que no envuelve únicamente el reconocimiento del capital y sus derechos legítimos a que deberá darse cabida en cualquiera organización productiva.

Este vocablo significa, según el diccionario de la Real Academia, (edición 1939), "régimen económico fundado en el predominio del capital como elemento de producción y creador de riqueza" y, de acuerdo con la encíclica Quadragesimo Anno, que acabamos de citar, "régimen capitalista es aquella manera de proceder en el mundo económico por la cual unos ponen el capital y otros ponen el trabajo".

Ese es uno de los regímenes que pueden caracterizar el mecanismo económico, pero es posible que existan muchos otros, como sería el que consagrara el predominio del trabajo humano o el que se cimentaran en la colocación simultánea por los mismos hombres del capital y del trabajo.

La Iglesia, independiente de toda estructura humana, política, social, científica, literaria, lo es del mismo modo de

justicia colectiva, no cumplen satisfactoriamente sus deberes, con mayor razón si a estos últimos son abrumados de improperios, llamándolos para empezar de ilusos y siguiendo en rápida escala los adjetivos incomprensivos e hirientes que son ya clásicos.

Por lo demás, tal lucha ideológica agudizada entre nosotros por razones históricas y por el individualismo atávico de la ascendencia española, fué universal en los países cristianos, en todos los cuales se pudo observar la fuerte resistencia que el pensamiento liberal opuso a la implantación de los imperativos de la moral y de la justicia colectivas enérgicamente propugnados por los Romanos Pontífices.

"Era un estado de cosas al cual con facilidad se avenían quienes, abundando en riquezas, lo creían producido por leyes económicas necesarias —dice Pío XI—; de ahí que todo el cuidado para aliviar esas miserias lo encomendaran tan sólo a la caridad, como si la caridad debiera encubrir la violación de la justicia, que los legisladores humanos no sólo toleraban sino aun a veces sancionaban". Y los católicos "que no podían persuadirse en manera alguna que tan grande y tan inícua distribución de los bienes temporales pudiera en realidad ajustarse a los consejos del Creador Sapientísimo... "por la debilidad de la mente humana, aún en los mejores, sucedió que unas veces fueran rechazados como peligrosos innovadores, otras encontraran obstáculos en sus mismas filas, en los defensores de pareceres contrarios...." Y de allí provino que ante la encíclica Rerum Novarum "algunos, aún católicos, recibiesen con recelo y algunos hasta con ofensa le doctrina de León XIII, tan noble y profunda, y para los oídos profanos totalmente nueva. Los ídolos del liberalismo, atacados por ella sin temor, se venían a tierra, no se hacía caso de prejuicios inveterados, era un cambio de cosas que no se esperaba; de suerte que los aferrados en demasía a lo antiguo se desdeñaron de aprender esta nueva filosofía social, y los de

espíritu apocado temieron subir hasta aquellas cumbres. Tampoco faltaron quienes admiraron aquella claridad, pero la juzgaron como un ensueño de perfección, deseable más que realizable".

En tal choque de escuelas ha sido corriente que quienes siguen de corazón colocando su fe en la construcción espontánea de la libertad no sólo la defiendan con vigor, sino que procuren desfigurar el sentido de las afirmaciones que, tratando de ajustarse a los documentos de autoridad, formulan los discípulos del social catolicismo y traten igualmente de convencer a éstos de que incurren en graves errores y aún en los mismos que están combatiendo.

Tal sucede por ejemplo en el falso planteamiento de que hay un dilema ineludible: O capitalismo o colectivismo. Si la Iglesia repugna este último, resultaría para ellos imposible ser buen católico y anticapitalista.

Es evidente que para deshacer dicha disyuntiva se requiere precisar los términos y en especial el concepto de capitalismo que no envuelve únicamente el reconocimiento del capital y sus derechos legítimos a que deberá darse cabida en cualquiera organización productiva.

Este vocablo significa, según el diccionario de la Real Academia, (edición 1939), "régimen económico fundado en el predominio del capital como elemento de producción y creador de riqueza" y, de acuerdo con la encíclica Quadragesimo Anno, que acabamos de citar, "régimen capitalista es aquella manera de proceder en el mundo económico por la cual unos ponen el capital y otros ponen el trabajo".

Ese es uno de los regímenes que pueden caracterizar el mecanismo económico, pero es posible que existan muchos otros, como sería el que consagrara el predominio del trabajo humano o el que se cimentaran en la colocación simultánea por los mismos hombres del capital y del trabajo.

La Iglesia, independiente de toda estructura humana, política, social, científica, literaria, lo es del mismo modo de

todo régimen económico, y aceptará cualquiera de éstos que se conforme con la justicia.

Por ese motivo la Iglesia no es ni capitalista ni anticapitalista, ni pide la continuación de este régimen, ni se compromete a recomendar su sustitución por ningún otro.

Pero los católicos, por su parte, son libres para propugnar uno u otro siempre que cumpla los requisitos esenciales de la moral individual y colectiva.

Lo anterior explica que, frente a la expresión errónea e injusta del capitalismo que el mundo vivía, "León XIII puso todo empeño en *ajustar* esa organización económica *a las normas de la justicia;* de donde se deduce que no puede condenarse por sí misma. Y en realidad no es *por su naturaleza viciosa;* pero viola el recto orden de la justicia, cuando el capital esclaviza a los obreros o a la clase proletaria con tal fin y tal forma, que los negocios y por tanto todo el capital sirvan a su voluntad y a su utilidad, despreciando la dignidad humana de los obreros, la índole social de la economía, y la misma justicia social y bien común".

Es evidente, en consecuencia, que un régimen capitalista que satisfaga todas las exigencias requeridas, o sea, en que el capital no sirva a su propia voluntad y utilidad y que aprecie la dignidad humana, la índole social de la economía, la justicia social y el bien común, resulta aceptable ante la Iglesia, pero no el sistema individualista y liberal que ya ha condenado y que se cimenta en la total independencia de la voluntad en la persecución del propio interés, en la exageración de los derechos del individuo, en la postergación del beneficio colectivo, en el atropello a la equitativa distribución entre las clases y los hombres de los bienes y de las cargas. Porque en verdad este régimen acarreó la "prepotencia económica despótica en manos de muy pocos". "Esta acumulación de poder y de recursos, *nota casi originaria de la economía modernísima,* es el fruto que naturalmente produjo la libertad infinita de los competidores, que sólo dejó supervivientes a los más podero-

sos, que es a menudo lo mismo que decir los que luchan más violentamente, los que menos cuidan de su conciencia. A su vez esta concentración de riquezas y de fuerzas produce tres clases de conflictos: la lucha primero se encamina a alcanzar ese potentado económico; luego se inicia una fiera batalla a fin de obtener el predominio sobre el poder público, y consiguientemente de poder abusar de sus fuerzas e influencia en los conflictos económicos; finalmente se entabla el combate en el campo internacional, en el que luchan los Estados pretendiendo usar de su fuerza y poder político para favorecer las utilidades económicas de sus respectivos súbditos, o por el contrario haciendo que las fuerzas y el poder económico sean las que resuelvan las controversias políticas originadas entre las naciones". (Quadragesimo Anno).

Son, pues, dichos errores y abusos del capitalismo, en la inspiración individualista y liberal que el mundo ha practicado, los que la Iglesia rechaza, pero el catolicismo ni defiende ni ataca en sí dicho sistema sino que pide que se ajuste a la ordenación racional. Los católicos son libres, en su calidad de fieles, de sostener dicho régimen depurado de sus falsedades y vicios o de buscar la implantación de uno diverso que, cumpliendo los requerimientos de la justicia, consagre, tal vez de mejor manera, el bienestar de los hombres.

A los católicos, en su calidad de discípulos de la Iglesia, no se les puede plantear dilema alguno en el orden de los sistemas económicos, tal como no se les ha podido ni se les podrá forzar, en ese carácter, a escoger entre tal o cuál escuela política, internacional, monetaria, etc.

Pero ellos deben luchar por la extirpación de las injusticias del presente y, si estiman preferibles, por la implantación de nuevas fórmulas de mejoramiento colectivo y, si es equivocado encontrar la justicia en todo lo nuevo por el hecho de serlo, no lo es menos perseguir, en nombre de

la conservación de lo existente, los nobles impulsos de renovación y perfeccionamiento.

En este sentido, estimamos que el proceso que se recuerda en estas páginas es un episodio más en la larga lucha sostenida dentro del catolicismo entre los partidarios del liberalismo económico y los que, siguiendo el pensamiento filosófico cristiano y las instrucciones de la máxima autoridad en materia de moral, se afanan por hallar, junto a los paliativos de la caridad entendida en su significado estricto, las soluciones de fondo que inspira la justicia colectiva, que importa realizar en su verdadera proyección la caridad amplia y completa, el mandato divino de amor entre los hombres por causa del común Redentor que a todos vino a elevar hacia su Gloria.

Para llegar a tal conclusión basta recordar la infinidad de hombres y grupos que antes y después que aquellos a que hemos aludido, se vieron perseguidos por motivos idénticos y que, tal como ellos, fueron motejados también de ilusos, herejes, comunistas y demagogos, muchas veces, por cierto, sin intención dañina, pero con grave perjuicio de los ideales superiores que unos y otros han pretendido servir.

Después de apoyarnos siempre en citas emanadas del mismo período a que este trozo de historia se refiere, se nos podrá permitir, para terminar, invocar un testimonio más reciente, la pastoral del Emmo. Cardenal Arzobispo de París, Emmanuel Suhard, fechada el 11 de Febrero de 1947.

"Acá también el tradicionalismo excesivo olvida uno de los puntos del problema y por ahí llega a la misma contradicción que el modernismo: este último hacía una norma de todo valor actual; aquél hace, de las formas de ayer, el ideal del presente. Grave error del que doblemente habrán de cuidarse los católicos; primero, porque tal actitud de negativa desconfianza frente a legítimas transformaciones, frena la marcha hacia adelante de la Iglesia, retarda su penetración en el mundo, y corre el riesgo de proporcio-

nar al término medio un pretexto para la inacción; pero sobre todo porque ese hábito de la sospecha, si llegara a revestir una forma sistemática, no sería cristiano; a una falta de caridad intelectual, añadiría un sutil peligro de libre examen. Porque, ¿no hay acaso en eso de adelantarse a las apreciaciones de la jerarquía y aún de criticarla por las iniciativas que ella autoriza, en aquello "de apelar del Papa al Concilio", un traspaso de competencias, del que lo menos que puede decirse es que se halla fuera del orden?"

"Nuestra respuesta —dice en otro pasaje el eminente prelado— no pretende resolverlo todo. De esta crisis, diremos solamente que en cuanto atestigua una división de los católicos es un mal y debe cesar. Si se prolongaran las excomuniones recíprocas entre hermanos en Jesucristo constituirían un escándalo y un estorbo para el avance. Por la medida en que estos empeños simétricos atestiguan un amor apasionado de la Iglesia son una prueba de su vitalidad, el signo de una crisis de crecimiento. Ese pulular de ideas e iniciativas es mucho más tranquilizador que una situación estancada. Quisiéramos a un mismo tiempo calmar la angustia que discernimos en muchos católicos frente a los tiempos venideros, y turbar la engañosa quietud en que se hunde un número demasiado grande de nuestros fieles. A unos y otros quisiéramos mostrar que la única explicación de la crisis presente y el único criterio de certidumbre y de acción para el cristiano de hoy reside en la naturaleza profunda de la Iglesia, tal cual nos la revelan su dogma y su historia".

Santiago, Octubre 2 de 1948.

INDICE

	Pág.
Un ambiente universitario	7
Caída de un régimen	10
Candidatura que se impone	11
Desorientación política	12
Trayectoria del conservantismo	14
Reparos formulados por una generación	18
En busca de una juventud	21
Manifiesta discrepancia doctrinaria	23
La candidatura Rodríguez de la Sotta	28
Disfavor nacional y mundial de los partidos democráticos	33
Análisis de una respuesta cardenalicia	37
Se lanza un movimiento juvenil	40
Base esencial de su organización y eficacia	45
Perfiles de su selección directiva	52
Bosquejo de su ideario	54
La elección de 1937	58
Cruz Coke y Leighton	60
El panorama mundial	64
La evolución del catolicismo francés	66
La revolución española	69
El atractivo de Maritain	71
Sus opiniones políticas	80
El período ordinario de 1937	82
La convención juvenil de Octubre 1937	85
Otra convención que le sigue	88
Los enemigos de fuera	90
El nacismo	91

Pág.

La quina..... 92
Tierras magallánicas..... 97
Disciplina parlamentaria..... 98
La candidatura Ross..... 101
La renuncia de Leighton..... 105
Las bases de la convención..... 107
Una insinuación acogida..... 109
Ross proclamado..... 111
Un callejón sin salida..... 113
La libertad de acción..... 119
Polémicas y reacciones..... 120
21 de Mayo de 1938..... 122
Concepto de autonomía..... 123
Un acuerdo de reorganización..... 128
La razón se impone..... 130
Una comisión que no funciona..... 132
El juicio de la izquierda..... 134
El 5 de Septiembre..... 136
Ross..... 137
La desmoralización del fracaso..... 139
Dos líderes se enfrentan..... 140
Violencia inusitada..... 146
Serenidad juvenil..... 149
La pasión prevalece..... 151
Voluntad de vivir..... 153
Siete diputados..... 155
Gumucio..... 156
Una versión inédita..... 160
Dos criterios en la política de los Católicos..... 162

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN SANTIAGO DE CHILE EL DÍA 22 DE FEBRERO DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y NUEVE, EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE IMPRENTA UNIVERSITARIA, CALLE ESTADO N.° 63, SANTIAGO DE CHILE.

F3095 .S54 1949
Una experiencia social cristiana
Princeton Theological Seminary–Speer Library
1 1012 00206 2752